

Vega Manhattan

¡No lo hagas!

*La organizadora
de bodas*



¡No lo hagas!

La organizadora de bodas

Vega Manhattan

¡No lo hagas! La organizadora de bodas.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Febrero, 2020.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 1



—¡Joder!

Se me encogió el corazón con el grito de Tim y del bote que di, la mitad del muesly, con la leche incluida, fue a parar a mi ropa.

—A la mierda —gruñí cuando vi todo el pijama manchado.

—¡¿Pretendes matarme del susto?! —exclamó.

Desvié mi mirada de “voy a matar a alguien” hasta él. Estaba parado en el salón, con una mano en el pecho en una postura dramática y con la cara descompuesta. Pues sí que lo había asustado, ¿pero se podía tener más morro?

—¡¿Yo?! —incredulidad no era lo único que mi voz denotaba, me estaba comenzando a enfadar— ¡Pero mira lo que has hecho!

—Ah, no, cariño, yo no hice nada. Que tú tengas inicio de Parkinson no es mi problema, más bien son tus genes —fue hasta la cocina y siguió hablando a gritos—. ¡Casi me da un infarto por su culpa y se indigna ella! ¡Habrased visto!

Refunfuñé por lo bajo, era mejor dejarlo por imposible porque sabía que, con Tim, perdería cualquier discusión. No porque él siempre tuviera la razón, sino porque mi paciencia era diminuta y siempre conseguía sacarme de mis casillas. Para un mal rato, lo mejor era seguirle la corriente y ya.

Cogí la servilleta que me trajo y limpié el desastre como pude. Se sentó a mi lado en el sofá, su taza de café negro y solo en las manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—No sé... ¿Será porque es mi casa?

Puso los ojos en blanco por el tono sarcástico de mi voz. Si no estaba de muy buen humor por

la mala noche que había pasado, menos aún después del estropicio.

—Me refiero a sentada en ese sofá...

—Desayunar —lo interrumpí.

—Tan temprano... —continuó, ignorándome.

Me metí otra cucharada en la boca, puse cara de asco y le mantuve la mirada mientras él esperaba, pacientemente a que...

—¿Qué? —resoplé.

—Son las cinco de la mañana, tú te levantas con el tiempo justo para vestirte, si no te acuestas vestida porque no te sueles enterar de la alarma y sales a toda leche de casa para no llegar tarde a ninguna de tus citas.

—Pues hoy me desperté antes, incluso, de que sonara el despertador. ¿No puede una levantarse a desayunar en su sofá sin que parezca algo extraordinario?

—Oh, claro que sí —sonrió—. Y es lo más normal del mundo para cualquiera.

—Pero no siendo tú.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo está el muesly? —preguntó de repente y yo sabía adónde quería llegar.

—Está bueno... —elevó las cejas y yo suspiré, para qué intentaba engañarlo. Mi cara de asco no era algo que pudiese ocultar— Está mustio —reconocí.

—¿Será porque lo compraste hace meses y debe estar caducado porque nunca desayunas en casa?

—Pues hoy sí —otra cucharada a la boca y joder, qué malo estaba.

—Pues nada, cuando quieras hablarlo... —se apoyó en el sofá y siguió bebiendo su café. No quería hablar de ello, no quería hacerlo porque me iba a poner más nerviosa aún — Aunque bueno, tampoco es que tengamos mucho de lo que hablar a estas alturas.

—Mira, es lo único con sentido que has dicho esta mañana.

—No has conseguido dormir esta noche —continuó, ignorándome de nuevo—. Lo sé por las ojeras que me traes —resoplé, ya iba a desquiciarme—. ¿Vuelve el insomnio?

—Una noche sin poder dormir bien no es sinónimo de insomnio.

—Con tus antecedentes, es el inicio.

Hacía mucho tiempo que no se me hacía la noche tan larga y que me costaba conciliar el sueño. Habían pasado años desde aquello y yo había conseguido... No olvidarlo, siempre me dolería, pero sí mantenerlo en un estado de vigilia en mi mente. Parecía ser que la ansiedad por los recuerdos habían despertado de nuevo.

—Estoy demasiado estresada.

—Y volvemos a casa... —dijo mirándome comprensivamente.

Suspiré, siempre me pasaba lo mismo, volvían los recuerdos y mi mente no dejaba de darles vueltas, así que me costaba descansar. Pero estaba segura que esa vez solo era algo puntual. Hacía muchos años de eso.

—Un par de días y podré descansar.

—Sí. En nada nos vamos de vacaciones —sonrió, emocionado.

Había pasado los últimos meses con frases como “Trabajas demasiado, Paige”.

“Necesitas unas vacaciones, Paige y yo también”.

“O nos las tomamos ya los dos o a mí también me va a dar algo, Paige...”

Las tendría pronto, iba a tomarme, nada menos, que un mes libre. Me parecía hasta exagerado. Pero antes de eso, tenía una boda que terminar.

El día que decidí convertirme en organizadora de bodas, juré que llegaría a ser una de las mejores. Lo logré, porque a cabezota no me ganaba nadie.

Miento, Tim sí, pero solo él.

No solo logré lo que me proponía, sino mucho más. Podía sentirme bastante orgullosa por haberlo conseguido. Feliz y agotada, porque el volumen de trabajo se había cuatriplicado en el último año.

Apenas me daba tiempo a respirar, pero aunque yo solía ser selectiva con mis clientes y podía permitirme el lujo de elegir, a muchos no podía decirles que no. O bien por quiénes eran o bien por quiénes les recomendaban mis servicios.

Y en un trabajo como el mío, que a quien querían era a mí, tampoco es que pudiera delegar demasiado en nadie. Pero no me iba a quejar, trabajaba en lo que me gustaba.

Años atrás, no podía imaginarme que terminaría dedicándome a algo así, pero un varapalo del destino me llevó hasta ello. Quizás, esos dicen que todo en la vida pasa por algo, tienen razón.

—No me creo que haya accedido a una vacaciones tan largas —reí.

—Las necesitamos. Los dos —sí, él también, trabajaba mucho y muy duro.

Aun viviendo juntos, a veces ni nos veíamos por las horas extras que echábamos.

Me había costado decir que sí a la propuesta de Tim. Tenía muchos clientes esperando que organizase sus bodas, pero entendí que necesitaba un descanso. E iba a tomármelo.

La mayoría de ellos iban a esperar a que volviese, no querían a nadie que no fuera yo. Mi agenda para septiembre estaba completamente repleta, querría tirarme de los pelos. Pero ahora no era momento de pensar en eso, sino de celebrar el último enlace y de tomarme un respiro.

—¿Cómo fue la última prueba del peinado?

Tim era mi peluquero y estilista de confianza. Nos conocíamos desde pequeños y él siempre había tenido el sueño de convertirse en un famoso estilista. Así que un día, después de entender que nada nos retenía en Montgomery, decidimos arriesgarnos, coger nuestros pocos ahorros que habíamos ganado trabajando de camareros en la cafetería del pueblo y cumplir el famoso “sueño americano”.

Lo que venía siendo a la mierda los estudios universitarios, vamos a intentar hacernos ricos.

Bonito sueño, sí...

De sueño tuvo poco en un principio, más que nada fue una pesadilla.

Después de aguantar las lágrimas de nuestras madres porque sus polluelos volaban del nido (mi madre dijo, literalmente, que habíamos perdido la cabeza o que nos habíamos golpeado con algo y nos había dejado medio agilipollados), con una simple maleta de cabina y unos pocos dólares en el bolsillo porque ese empleo tampoco es que diera para mucho, decidimos irnos a la aventura. Total, si algo salía mal, siempre podíamos volver a casa.

Y tuvimos ganas de hacerlo muchas veces...

El primero en sentirlo fue Tim cuando puso un pie en el viejo y sucio “apartamento”, por definirlo de alguna manera ya que eso era más bien una caja de cerillas, que alquilamos en el barrio chino de la ciudad. No os quiero ni contar lo que encontramos ahí dentro...

Con fuerza de voluntad y, sobre todo con cabezonería de no dar nuestro brazo a torcer y

sabiendo que todos los inicios son malos, y rezando para que mejorase todo en algún momento, nos quedamos. Y fue la mejor decisión que pudimos tomar.

Los dos habíamos logrado convertirnos en mucho más de lo que podíamos imaginar. Lo recordaba cada noche, cuando llegaba a nuestro apartamento en una exclusiva zona de Manhattan. No había que olvidar nunca de dónde venía uno y había que valorar todo lo que se tenía. Y, sobre todo, trabajar duro para seguir manteniéndolo.

No éramos ricos, para nada. Pero vivíamos bien.

Así que además de ser amigos desde la infancia y compañeros de piso ahora que habíamos pasado los treinta, también trabajábamos juntos. A mis novias las quería en las mejores manos para el día más importante de sus vidas y ese era Tim.

Alguna que otra prefería gente de su confianza, pero la mayoría se dejaban asesorar por mí. Y siempre terminaban felices con los resultados, que era lo que yo quería.

—Quedó muy contenta. Estaba nerviosa, como toda novia que tiene la fecha de su boda a la vuelta de la esquina.

Siempre las acompañaba a cada prueba, siempre estaba pendiente a todo, pero el día anterior tuve que solucionar un par de detalles en el lugar donde se celebraría el convite y no pude acompañarla.

—Le quedan pocas horas —sonreí.

—¿Solucionaste el pequeño inconveniente del menú?

—Sí —suspiré, aliviada—. Me tocó hacer decenas de llamadas, pero lo conseguí —a última hora, el restaurante había tenido problemas con algún distribuidor y querían cambiar un par de platos del menú de bodas. No iba a permitirlo, se serviría lo pactado, a esas alturas no podía ponerme, de nuevo, a darles a probar a los novios nada. Así que tuve que pedir unos cuantos favores, pero finalmente lo conseguí—. En dos días se celebrará la boda de sus sueños.

—Otro triunfo más para Paige Baker.

—No lo dudes —sonreí.

Otra boda más que sería un éxito, porque yo no iba a permitir un error. La gente me pagaba para ello. Me pagaban para relajarse y para que me estresase yo. Y pagaban caro. Por eso mismo no me permitía ni el más mínimo fallo.

—A ver si después de esta, cuando nos montemos en el avión para volver a casa, logras desconectar. Esas ojeras no se quitan solas.

—La palabra desconectar no está en mi diccionario —reí por cómo me miró—. Tranquilo, después de esta boda intentaré olvidarme de todo hasta septiembre.

—¿De verdad?

—Lo intentaré —repetí—. Pero no prometo nada.

Tim puso los ojos en blanco y me hizo reír de nuevo. Me acerqué y le di un sonoro y largo beso en la mejilla.

—¿Y eso? —preguntó extrañado.

—Lo dices como si nunca lo hiciera.

—Recién despierta no, tienes un humor de los mil demonios, a veces incluso me da miedo darte los buenos días por si muerdes —lo decía tan serio que si no llego a conocerlo tan bien, lo creo. Pero sabía que estaba bromeando.

—Bueno, pues hoy ya se me pasó —sonreí—. Así que gracias por la charla, voy a darme una ducha y a comprobar que todo está listo para mañana.

—Espera —me agarró del brazo cuando me levanté—. ¿De verdad estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí —sonreí—. Solo fue una noche larga, Tim. Pero todo vuelve a quedar atrás.

Me miró durante unos segundos a los ojos, escudriñando mi cara. Soltó mi mano y suspiró, me creía. O, mejor dicho, lo dejaría pasar.

—Está bien, vamos a dejarlo como un episodio puntual, pero si vuelve a ocurrir hablaremos de ello. No dejaré que vuelvas a obsesionarte con lo que no fue, ¿de acuerdo? Y me encargaré de hacerte disfrutar estas vacaciones.

—Hace mucho tiempo que dejé de obsesionarme con ello —mentía, los dos lo sabíamos, pero dolía menos así.

Había tenido otros sueños antes y se habían roto de un momento a otro. Sin explicaciones, años después seguía sin saber por qué. Pero... No estaba para mí y con ese mantra que me repetía una y otra vez, había conseguido aplacar el dolor.

—Pues vamos a comernos el mundo, nena. Ya que a los hombres no —suspiró dramáticamente.

Solté una carcajada.

—No sé cómo puedes tener tanto morro. Te comes todo lo que se mueve. No creo que haya un tío en Manhattan que no hayas probado —reí mientras me dirigía a la ducha.

—Los heteros —suspiró, siguiéndome para ir a su dormitorio—. Pero alguno caerá, te lo digo yo.

—¡No lo dudo! —entré en el baño riendo y negando con la cabeza. Nunca cambiaría...

Tim era un guaperas, con ese pelo rubio que ya lo había querido yo para mí, un cuerpo alto, delgado, bien formado en su delgadez y un rostro perfecto donde destacaban unos ojos verdes impresionantes, era el gay más sexy de la ciudad.

No solo por su físico, que hacía babear a hombres y a mujeres. Sino por su carisma. Y por esa eterna sonrisa que siempre lucía y esa seguridad en sí mismo que lo hacía caminar derrochando pasión por la vida.

Pero eso era solo apariencia. Dentro de él, como dentro de mí, escondíamos una gran inseguridad. Aunque sabíamos guardarla bien y no proyectarla.

Y en el fondo, por más picaflor que pudiera ser, Tim era un romántico. Anhelaba un amor para toda la vida, alguien con quien poder compartirlo todo. Lo bueno y lo malo.

Era un soñador. Como lo había sido yo años atrás.

Pero eso quedó allí, en el pasado. Me dedicaba a convertir en realidad los sueños románticos de mis clientes y paliaba, de alguna manera, el dolor de saber que el mío nunca se hizo realidad.

Capítulo 2



Llegué a casa, ya había amanecido. La celebración se había alargado, la gente se divertía tanto que no pude echarlos de allí ni con agua caliente. Estaba agotada, pero había sido otro éxito.

Me miré en el espejo de la entrada y resoplé. Dios santo...

Mi pelo, ya de por sí rebelde, se veía más rizado de lo normal. Deshice lo que quedaba de recogido y lo dejé caer. Me llegaba ya por la mitad de la espalda, tenía que cortármelo...

—¡Joder!

Otra vez Tim, la mano en el pecho, el rostro desencajado. Puse los ojos en blanco, ¿pero qué le pasaba a ese hombre?

—Buenos días a ti también.

—¿Quieres hacer el maldito favor de ¡hacer ruido!? Canas me van a salir por tu culpa si no me da un jodido infarto antes.

—Es la costumbre de ser silenciosa para no despertarte, ¿cómo iba a saber yo que ya te habías levantado? Y, por cierto, canas tienes ya.

Dejé el bolso en la mesa del salón y fui a preparar café mientras él corría a mirarse en el espejo, haciéndome reír. Necesitaba una taza. O tres. El vuelo salía en unas tres horas y no teníamos demasiado tiempo. Yo ni siquiera había preparado la maleta.

Lo único que me apetecía en ese momento era dejarme caer en mi cama sin ni siquiera quitarme la ropa y dormir hasta el día siguiente.

Pero no iba a ser así...

Ni siquiera había podido volver antes para descansar, al menos, un par de horas antes de marcharnos. Ya aprovecharía para dormir en el avión.

—Aún no tengo del todo preparada la maleta, me levanté antes.

—Yo aún no la saqué del armario...

—Pues ya tardas. Y de verdad te juro que prefiero que me despiertes con ruido a que me asustes así —suspiró. Cogió un par de tazas donde servir el café que estaba preparando—. Y no tengo una maldita cana —bufó.

—Porque te las tiñes.

—Graciosa... ¿Qué horas son estas de llegar?

—No querían irse —resoplé—. Te juro que estoy muerta, pero ha sido la boda que más he disfrutado en todos estos años.

—Me alegro entonces. Trae —me quitó la jarra y rellenó más las dos tazas—. Con las ojeras de oso panda que tienes vas a necesitar cafeína en vena para permanecer despierta antes de ponerte a roncar en el avión.

—Yo no ronco —me quejé.

—Que no te escuches no significa que no lo hagas. Un mes, no me puedo creer que nos vayamos un mes —dijo emocionado.

—Yo tampoco.

—Tengo pensados algunos sitios para viajar. Porque al final ¿cuánto estaremos en casa? ¿Una semana? Dos como mucho, ¿no?

Tim y yo habíamos decidido pasar algo de tiempo con la familia y una vez allí, escogeríamos el destino para pasar el resto de nuestras vacaciones. Un mes tenía que darnos para todo, así que por una vez, no tenía ganas de tenerlo todo controlado, improvisaríamos sobre la marcha y elegiríamos destino.

Una necesitaba un poco de emoción y hacer las cosas en el último momento, ya volvería a convertirme en la obsesa y perfecta planificadora de mi tiempo cuando regresase al trabajo.

—Lo que aguantemos —reí al imaginarnos desquiciados.

Adorábamos a nuestras familias, pero nuestras madres, muy buenas amigas además, tenían un máster en sacarnos de quicio. Así que preferíamos hacer visitas cortas cuando el trabajo nos lo permitía, había pasado un tiempo ya desde la última vez, y salir corriendo lo más rápido posible.

—Es decir, dos días —resopló.

—O menos... —dije divertida.

—¿Quieres que te ayude con el equipaje? El mío está casi listo, no tardaré mucho, una ducha, arreglarme y...

—Es decir, llegaremos tarde —me levanté, como permaneciera mucho más tiempo sentada me quedaría dormida.

Tim levantó la cabeza en un gesto altanero.

—Te recuerdo que tú tienes que lavarte hasta el pelo, que lo traes que parece estropajo. A ver a quién va a tener que esperar...

Toqué mi pelo con las manos y puse una mueca de asco.

—Te va a tocar trabajar estas vacaciones —le dije.

—Como si no lo hubiese imaginado... —puso los ojos en blanco— Llevo un neceser solo para ti.

—Si es que por eso te adoro —le di un abrazo.

—Quita —se deshizo de mí—, no me toques hasta que te quites el olor a fritura, a alcohol y tengas el pelo como la seda.

Solté una carcajada por lo dramático que había sonado, sabía que intentaba hacerme olvidar el cansancio.

La ducha tuve que tomarla con el agua más fría de lo normal, lo que fuese para mantenerme despierta hasta que embarcásemos. Desde ese momento, podría cerrar los ojos y descansar las casi tres horas que duraba el vuelo.

Con ropa cómoda, preparé la maleta y salimos de casa con dirección al aeropuerto, un poco más tarde de lo que pensábamos. Como siempre... Nos teníamos que estresar por algo.

El taxi nos dejó en la puerta y caminamos rápidamente para pasar el control de seguridad y poder embarcar a tiempo. Cuando me dejé caer en el asiento del avión, dejé escapar un sonoro suspiro.

—Un poco más y no llegamos —Tim estaba con la lengua afuera también.

—Pero lo hicimos —miré a mi izquierda y sonreí—. Y con la que nos queda allí, no habría estado tan mal perder el vuelo —bromeé.

—Yo espero que esta vez no nos hayan preparado otra fiesta de bienvenida en el aeropuerto. Qué vergüenza pasé —gimió, aún tenía pesadillas con eso.

Comencé a reírme mientras recordaba la bochornosa bienvenida de la bien anterior. Casi las dos familias al completo y cuando digo al completo me refiero a tíos y primos de segundo y tercer grado que no habíamos visto en nuestra vida, allí. Y no, no es una exageración...

—Aún hay gente a la que no logro reconocer.

—Ni lo harás nunca, esos no eran familia ni nada, te sigo diciendo que les pagaron.

La carcajada resonó en el interior del avión.

—¿De verdad lo sigues creyendo? —pregunté.

—Y tanto... —afirmó con la cabeza, muy seriamente— Tu madre y la mía son capaces de eso y de más. Créeme, esos eran pobres tontos que cogieron por allí, unos dólares y nos montaron la bienvenida con pancartas que querían. Las pobres siguen creyendo que tenemos quince años —resopló.

—No tiene que haber sido fácil para ellos. Sus hijos marchándose lejos, sin saber cómo les iría, con una mano delante y otra detrás, como decía mi abuela —sonreí con tristeza—. Y nosotros somos unos desagradecidos y buscamos mil excusas para no ir.

Tim me miró unos segundos, también serio. Levantó una mano y me dio unas palmaditas en la mía, echándose, a la vez, un poco para atrás, alejándose de mí.

—Creo que la falta de sueño ya te está afectando...

Reí, era incorregible. A él también le había costado, como a mí, por más que quisiéramos hacer nuestra vida, el separarse de su familia. Sabía que prefería no hablar de ello porque le entristecía. Lo respetaba y le seguía las bromas.

Cerré los ojos y suspiré, iba a tardar muy poco en dormirme. Noté cómo Tim me agarraba la mano, entrelazándola con la suya.

—Yo también los echo de menos —susurró.

Le dí un apretón, yo lo sabía, no necesitaba decírmelo. Me moví un poco y apoyé la cabeza en su hombro. Él se acomodó también y suspiramos.

En pocas horas volvíamos a casa. Porque aquel lugar siempre sería nuestro hogar. Allí estaban nuestros seres queridos, nuestros recuerdos de una infancia perfecta y, cómo no, también lugares y momentos que no nos resultaban tan agradables, pero seguían formando parte de nuestras vidas.

Por unos días, volvíamos al pasado, regresábamos a casa y disfrutaríamos de todo y de todos como siempre hacíamos.

Volveríamos a reencontrarnos con nuestros “yo” del pasado.

Daba un poco de vértigo, para qué negarlo. Sobre todo a mí, porque sabía que una vez que pusiera un pie en Montgomery, iban a asaltarme decenas de recuerdos.

Fuera a donde fuese, mi mente los evocaría. Los lugares a los que solía ir antes de que me rompiera en mil pedazos.

Las veces anteriores no había sido sencillo. Pensaba que una vez que me marchase de allí, lo superaría mejor, pero no fue así. Terminé herida, lastimada. Mi corazón se había roto y le costaría sanar.

Aún con los años que hacía desde aquello, no se había curado del todo. ¿Significaba eso que siempre estaría así?

A veces pensaba que era imposible, que con las pequeñas tiritas que le había puesto con el paso del tiempo, se recuperaría. Pero en el fondo, aunque no lo quisiese reconocer, sabía que no era así.

Aquello me había marcado y tal vez por ello seguía mi vida sola, confiarle de nuevo mi corazón a alguien no entraba en mis planes. ¿Para qué? La gente no tenía consideración con los sentimientos de los demás y yo prefería esconderme tras mi coraza, protegiéndome para no sufrir otra vez. Era mejor eso que mostrarme al mundo y dejar mi órgano más vital en manos de alguien que pudiera llegar a pisotearlo alguna vez.

Puede parecer tonto, pero...

—No pienses tanto —susurró Tim.

Abrí los ojos un poco y lo miré. Estaba agotada, pero con mi mente activa era incapaz de conciliar el sueño.

—¿Crees que...? —me callé, era una pregunta estúpida. ¿Qué demonios iba a saber él?

—¿Si creo que estará allí? —ni siquiera hacía falta que afirmara con la cabeza, Tim me conocía mejor que nadie— ¿Qué importa, Paige? Eso ocurrió hace años y aunque sé que te sigue doliendo, es hora de que de verdad cierres ese capítulo.

—Lo hice.

—No, cariño, no lo hiciste —la comprensión en su voz—. Lo mismo lo único que necesitas es encontrarte con él.

—No sabría cómo actuar.

—Pues natural, como eres tú. No le armarías ninguna escena y a lo mejor serviría para darte cuenta de que puedes haber magnificado el dolor por lo que ocurrió.

—¿Me estás llamando exagerada? —pregunté molesta.

—Para nada, cariño. Solo te digo que hace muchos años de aquello, que te lo has guardado dentro porque sufriste y de que, quizás, si lo tienes delante, el rencor que aún le guardas no es tan exagerado como crees. Quizás hasta te das cuenta de que ya no sientes nada por él, solo indiferencia. Y el pasado queda atrás.

—¿De verdad crees eso?

Tim puso cara de “no me lo creo ni yo, pero a ver si consigo que lo creas tú.”

—No —dijo, sincero—. No creo que hayas dejado de guardarle rencor por la sencilla razón de que siempre seguirás queriéndolo.

—No digas tonterías, Tim.

—No son tonterías.

—El amor es algo que hay que cuidar todos los días, sino muere. Tampoco es que lo odie, pero sí lo culpo porque me hizo daño. Y sin explicaciones.

—El amor, cuando nace, ya no muere —se encogió de hombros—. Sabes que pienso así. Y no es malo. Puede convertirse en otra clase de cariño, amistad, no sé... Pero sentimientos siempre quedan. Los rescoldos siguen crepitando aun cuando el fuego ya no es tal.

—Eres un romántico —bufé—. Por mi salud mental espero que no esté tampoco esta vez —como nunca había estado las veces que había vuelto a casa desde que me marché.

—Por tu salud mental cierra los ojos, cierra el pico y deja de darle vueltas a esa cabecita loca.

—Aja...

—Las cosas no se imaginan, Paige. Es perder tiempo y energía. ¿De qué sirve imaginar posibles conversaciones o maneras de actuar ficticias si, a la hora de la verdad, jamás seguimos el guion?

—Eso es verdad...

—Por eso mismo, no pienses tanto y deja que la vida actúe como crea conveniente. Por algo ocurren las cosas.

—¿Desde cuándo eres tan filosófico? —pregunté, extrañada.

Tim bufó antes de responderme.

—Desde que intento que te calles y te duermas, pero ni eso te aburre, ¿eh?

Me reí, el pobre sonaba desesperado.

—Está bien, ya no hablaré más en todo el vuelo.

—Perfecto.

—Pero...

—Ya decía yo —me interrumpió.

—Te equivocas en algo.

—¿Solo en algo? Voy avanzando —se mofó.

—No necesito encontrarme con él. Lo último que necesito en la vida es volver a verlo.

—Aja...

Me volví a acomodar y cerré los ojos de nuevo. Tim podía tener la filosofía de vida que quisiera, podía ser todo lo romántico que le fuera posible. Porque la única realidad en todo eso era que lo que menos me ayudaría a superar lo que pasó era volver a verlo.

Y la vida no iba a gastarme semejante broma pesada. Tenía que confiar en ello.

Capítulo 3



Bajamos del avión, recogimos el equipaje y fuimos hacia la salida. Tuve que pararme a mitad de camino porque Tim se quedaba rezagado. Tan atrasado iba que justo antes de salir por la puerta para los viajeros, me tuve que parar, girarme y esperar a que el hombre con pasitos de tortuga llegase casi hasta mí.

—¿Necesitas café?

—No —negó—. Necesito saber que, por Dios, no están ahí liando una bienvenida de las tuyas.

—Pues a mí me haría ilusión —reí.

—Claramente, no eres un ejemplo para nadie —se mofó.

Solté una carcajada y le hice señas para que se moviese, pero nada, no había manera de que lo hiciera.

—¿Te piensas quedar ahí?

Bufó y puso los ojos en blanco.

—¿Puedes, por favor, asomarte antes?

—Oh, está bien —cuando se ponía así, mejor hacerlo a su manera.

Me acerqué a las puertas automáticas, que se abrían y se cerraban cada vez que alguien salía y asomé la cabeza. Eché un vistazo y sonreí cuando vi a la gente abrazarse a sus seres queridos. Algunos con flores, otros con gritos de alegría...

Fruñí el ceño tras barrer el lugar con la mirada. Me giré y miré a Tim, dejaba caer su peso de un pie a otro, desesperado.

—¿Y bien? ¿Están ahí, verdad? ¿Qué es esta vez? ¿Mariachis? ¿Un grupo de cantantes de góspel?

Volví a mirar fuera y volví a posar los ojos sobre mi amigo. Esa vez ya no tenía el ceño fruncido, ya era uniceja.

—No hay nadie.

—¿Cómo no va a haber nadie? —preguntó, incrédulo.

—Quiero decir que no hay nadie esperándonos.

—Me estás mintiendo para que no me asuste, ¿verdad?

—No. Te juro que no nos espera nadie.

—¿Cómo no nos va a esperar nadie?! —hizo aspavientos con las manos, agarró de nuevo su maleta y salió. Lo seguí y nos paramos de nuevo un poco más adelante— Joder, pues no vino nadie.

—Extraño, ¿verdad?

—¿Les dijiste bien la hora? Porque yo a mi madre se lo repetí como quinientas veces.

—Lo mismo que yo —me encogí de hombros. Cogí el móvil que aún tenía en modo avión y lo activé. Tenía un mensaje de mi madre—. Dice que no les dio tiempo a llegar, que nos espera en casa, tus padres están también allí.

—Oh... —la decepción en su voz— A mí también me dice lo mismo —miraba su móvil— Pues mejor así, que ya somos mayorcitos —refunfuñó y comenzó a caminar hasta la salida del aeropuerto, enfadado.

—Pues no parece que te haya sentado muy bien, ¿eh? Tenías ganas de una fiesta, ¿verdad?

—¿Yo? Nunca. Qué poco me conoces...

—Nada —reí.

Se había desilusionado, porque por mucho que intentase negarlo, él disfrutaba con ese tipo de locuras que organizaban nuestras madres. Como lo hacían nuestros padres aunque lo desmintiesen.

Nos montamos en un taxi y no tardamos demasiado en llegar a casa de mis padres. Vivían en una zona residencial de casitas victorianas fuera de la ciudad. Yo había crecido ahí, todos mis recuerdos estaban en ese lugar.

Mis padres trabajaba en la oficina de correos, desde hacía muchos años era el director. Tenía un buen trabajo y le quedaría una buena jubilación.

Mi madre era empresaria. Se había hecho cargo del negocio familiar que ahora regentaba ella sola. Una panadería pastelería muy conocida en la zona. Siempre le había ido bien, pero en los últimos años el negocio había aumentado convirtiéndose, también, en cafetería. Había trabajado muchas horas para convertirlo en un lugar conocido y demandado y había tenido sus frutos.

Desde hacía unos meses había dejado de trabajar, al menos de cara al público. Tenía gente contratada y ella se dedicaba a estar tras la trastienda: pedidos, organización, papeleo, facturas... También le había ido bien en la vida, no podía quejarse.

De ella aprendí lo que era luchar por un negocio que se quiere crear y mantener. Los dos me habían enseñado bien a trabajar duro por aquello que quisiese.

Los adoraba, mis padres eran bellísimas personas. Nunca quisieron tener más hijos. Como mi madre siempre decía, conmigo había tenido suficiente y ya había cumplido con la sociedad.

Me hubiese gustado compartir con algún hermano, pero... Para eso tenía a Tim.

Los padres de Tim eran vecinos de toda la vida. Su madre trabajaba con la mía y siempre habían sido como hermanas. Era la mano derecha de mi madre. El padre de Tim era mecánico, tenía un taller que aunque a veces, como cualquier negocio, había pasado por etapas difíciles, siempre les había dado para que a su hijo no le faltase de nada.

Tim y yo crecimos juntos, para mí era el hermano que nunca tuve. Él era solo un año mayor, pero fue suficiente para que siempre adoptase ese rol de hermano mayor protector que tanto me desquiciaba pero, que a la vez, tanto me gustaba.

Tim había estado en silencio todo el camino, además, de un “ujum”, un “aja” refunfuñado y unos cuantos carraspeos, no dijo ni una sola palabra. Y yo me estuve debatiendo entre la ansiedad que empezaba a sufrir al darme cuenta de dónde estaba y entre reírme por el enfado tonto de mi amigo.

Con las maletas agarradas, caminamos hasta la puerta de mi casa.

—Al menos podían tener la consideración de esperarnos en la puerta, ¿no crees? —protestó.

—Pues sí —me reí—. Muy normal no es.

Abrí la puerta, entramos en la casa y... Silencio absoluto. ¿En serio?

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya hemos llegado! —exclamé.

Nada. Absolutamente nada. ¿Pues no me había dicho que nos esperaban allí?

—No me da buena espina nada de esto.

—A mí tampoco —estuve de acuerdo con él.

Caminé hasta el salón, con Tim a mi lado y solo al entrar y escuchar los gritos de ¡Bienvenidos! que casi nos provocan un infarto a ambos, entendí lo que habían hecho.

—¡Cariño! —el grito de mi madre casi me revienta el tímpano— ¡Por fin en casa!

Me dio un abrazo y ya comenzaron las lágrimas. Besos, el estudio de mi cuerpo palmo por palmo para ver si estaba bien y lo típico que suele hacer una madre medio loca como la mía cuando lleva tiempo sin verme.

Mi madre seguía como siempre, era solo un poco más baja que yo, pero no demasiado. Aun así agradecí que la genética me diera unos centímetros de más, un metro sesenta y siete no estaba nada mal. Ni alta ni bajita, normal...

En lo demás también me parecía a ella. De mi padre solo tenía el carácter. Los ojos negros y los rasgos latinos los había heredado de mi madre. Eso y su voluptuoso pecho, una tortura para mí...

Cuántas veces, siendo una niña, había deseado ser más alta, más rubia, más como mi padre. Algo que superé, no me cambiaría por nadie, estaba orgullosa de mi cuerpo.

—Mamá, no hacía falta... —la casa llena de carteles de bienvenida. Estaba adornado como para una fiesta adolescente, con eso os lo digo todo.

—Claro que sí —me cortó—. Demasiado que no hemos ido al aeropuerto, pero algo teníamos que hacer —su ceño fruncido haciéndome reír—. Estás preciosa, cariño —dijo emocionada.

—Hermosa... —mi padre cogió mi mano y tiró de mí— Deja de acapararla —protestó antes de abrazarme.

Era una bienvenida bonita y con mis nervios a flor de piel, ya iban a hacerme llorar.

Tim estaba igual, abrazado a sus padres y haciéndose el duro, pero yo sabía que en cualquier momento se le escaparía alguna que otra lágrima.

Esos momentos eran emocionantes. No importaba cuánto tiempo hubiese pasado desde la última vez que nos vimos, los reencuentros con mis padres siempre eran emotivos.

Pero no solo estaban llenos de lágrimas, también de risas. Nos sentamos a la mesa de la cocina, habían preparado una comilona para un regimiento. Yo no tenía ganas de nada, solo de darme una ducha rápida y dejarme caer en la cama.

Pero sabía que eso no sería posible.

—¿Tenéis hambre? —preguntó mi madre— Porque Karen y yo hemos cocinado como para un mes —rio.

—Comida casera —gimió Tim, haciéndolos reír.

—Y postre de chocolate —la madre de mi mejor amigo me guiñó un ojo.

Desde que era pequeña, cada vez que hacía pastel de chocolate o me llamaba para comerlo allí o me mandaba un pedazo con Tim. Y nunca había vuelto a probar uno igual. Cada vez que volvía a casa, me lo tenía preparado.

—Que me perdone la dieta porque eso no me lo pierdo —ya se me estaba haciendo la boca agua.

Me quedaba ahí como un par de horas con ellos antes de que mi amigo y su familia se marchasen a casa. Miré a Tim, también con el rostro cansado, pero con una enorme sonrisa de felicidad en su cara.

Había sido una bienvenida en familia realmente perfecta.

Aquella ciudad provocaba en mí sentimientos contradictorios. La vuelta a mi hogar, con mi familia, los bonitos recuerdos de mi infancia. Eso era hermoso.

El lado más feo...

Los tristes recuerdos de lo que no pudo ser que, a veces, eclipsaban todo lo bueno, que era mucho más.

Pero esa vez no lo estaba llevando demasiado mal. Sentía un poco de ansiedad si pensaba en ello y los recuerdos volverían a mí en algunos lugares específicos, pero quizás Tim tenía razón.

Los años habían pasado, mi corazón, tal vez, había sanado o, sencillamente y aunque me costara aceptarlo, yo había magnificado el dolor que sentía.

O, tal vez, era un cúmulo de todo.

Estaría unos días allí e intentaría disfrutarlos y dejar, de una vez por todas, el pasado atrás. Algo como aquello no podía condicionarme toda la vida.

Las cosas ocurrían, la gente sufría por amor y no por ello tenían que amargarse toda su existencia, ¿no?

Me quedaban por delante unos días con mi familia e iba a vivirlos al máximo.

Cuando Tim y sus padres se marcharon, fui hasta mi habitación. Estaba exactamente igual que

siempre. Mi madre no había tocado nunca nada. Tal como la dejé el día que me marché, la seguía conservando con el paso de los años.

Y cada vez que volvía a entrar allí, volvía a sentirme como esa chica que era entonces.

—Cariño... Aún no me creo que te tenga aquí —mi madre cogió mi mano y me miró, emocionada.

—Mujer, lo dices como si no la viésemos nunca —resopló mi padre.

—Hacía ya un año que no y fuimos nosotras a verla. Lleva mucho sin venir a casa —debatíó ella.

Era cierto.

Y cuando no por el trabajo, era porque ponía excusas. Me costaba. Era estúpido, pero me costaba luchar contra el pasado.

—El trabajo me absorbe —me solté de su agarre y me senté en la cama—. Estoy agotada —suspiré mientras me tumbaba.

—Ahora deja el trabajo en Nueva York, aquí vienes a relajarte y a disfrutar —mi madre me dio un beso en la frente y mi padre sonrió.

Era evidente que para ellos no crecía, aunque ya hubiese pasado los treinta. Siempre sería su niña pequeña.

—Descansa, cariño. Tenemos muchos días por delante —mi padre me guiñó un ojo antes de salir del dormitorio.

Mi madre me echó una colcha por encima y cerró la puerta después de que me diesen las buenas noches. A veces necesitaba momentos así. De sentirme querida, arropada, en familia.

La vida lejos no estaba mal, me gustaba mi vida. Adoraba mi trabajo. Me gustaba la mujer en que me había convertido. Pero se echaban de menos esos momentos familiares, ¿para qué negarlo?

Al día siguiente, cuando ya hubiese dormido lo suficiente, volvería a recorrer esas calles por donde había crecido. Volvería a ver a la gente que conocía de toda la vida.

Volvería a sentirme la Paige de siempre.

Iba a disfrutar esos momentos antes de volver a la gran ciudad y convertirme, de nuevo, en la estresante y exitosa organizadora de bodas.

Iba a intentar, por una vez, disfrutar de todo eso sin tener que mirar atrás.

El pasado debía quedar allí, bien lejos. Ya no existía.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Capítulo 4



Los siguientes dos días los pasé con mis padres. Mi padre había pedido unos días libres, lo que restaba de semana, para pasarlos conmigo y mi madre podía dejar el negocio en buenas manos, así que disfrutamos de un buen tiempo juntos.

Charlas, comidas, risas y, cómo no, alguna que otra lágrima cuando mi madre sacaba el álbum familiar, cosa que hacía siempre que me tenía por allí y se ponía en plan melancólica. Y yo era de lágrima fácil, lo cual era un problema.

Esa mañana habíamos visitado un mercadillo en las afueras de la ciudad y estaba anocheciendo cuando escuché al loco de mi amigo entrar por la puerta.

Tim nunca llamaba, él entraba como si fuese su casa.

—¡Paige! ¡¿Dónde estás?!

—¡En el salón! —gritó mi madre desde la cocina.

—Su madre ya lo ha sacado de sus casillas —dije mirando a mi padre, sentado a mi lado en el sofá, viendo la televisión.

—Mucho ha aguantado —dijo entre risas, negando con la cabeza.

Tim entró como si fuese un torbellino. Lo extraño es que no hubiese aparecido con las maletas dispuesto a volver a Manhattan. Quería mucho a sus padres, pero tenía la paciencia del tamaño de un guisante.

—Paige... —me observó con el ceño fruncido al entrar en el salón— ¿Qué demonios haces en pijama? Perdón, Richard, no te había visto —miró, avergonzado, a mi padre—. Buenas tardes.

—¿Tu madre ya está haciendo de las suyas? —le preguntó mi padre.

—Sí —resopló y se dejó caer en el sillón, frente a nosotros—. No me ha dejado respirar, un poco más y ni ducharme solo me deja. Si es por ella, se sienta allí mientras habla y habla sin parar —dijo sin respirar—. De verdad, no sé a quién sale esa mujer, que habla y parece que le han dado cuerda —lo miré con las cejas enarcadas. No sabía a quién se parecía ella, pero sí que él era el

vivo retrato de su madre—. Y, para colmo, me ha aparecido con un delantal a jugo con el suyo ¡para que la ayude a hacer la cena!

—Horror —reí, mi comentario irónico.

Tim volvió a mirarme y de muy mala manera.

—Te he preguntado que qué haces en pijama.

—¿Estar cómoda?

—¿Vamos a salir en pijama?

—¿Vamos a salir? —pregunté yo, no tenía ganas de moverme de allí.

—Claro que vamos a salir y no vamos a volver hasta el amanecer.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo necesito, obvio —como si eso lo explicase todo.

—Tim, relájate.

—Para ti es fácil decirlo —refunfuñó—. Vete vistiendo, necesito que me dé el aire.

—No pienso mover el culo del sofá —le advertí.

—Cariño, te vendrá bien también —intervino mi padre.

—Papá, no empieces.

Siempre apoyaba a Tim, de una manera o de otra terminaba dándole la razón y terminaba fastidiándome yo.

—¿Piensas pasarte todas las vacaciones encerrada en casa?

—Vine para estar con vosotros, papá —le recordé.

—También vinimos para evadirnos un poco y te juro que como no me dé el aire hoy, me va a dar algo al corazón.

—No seas dramas —resoplé mirando a Tim.

—Te lo digo en serio, Paige. Necesito una copa.

Lo que siguió a esa frase fue un cate de mi madre en la cabeza de Tim.

—Esa lengua, señorito —le riñó como si fuese un adolescente.

—Vamos, Linda —lo miró con ojos de cordero degollado—. Convince a tu hija para que se arregle y salgamos un rato.

—No seas pesado —resoplé.

—Deberías salir, cariño —dijo mi madre para mi sorpresa—. Te vendrá bien. Tu padre y yo cenaremos y nos acostaremos pronto, ¿qué vas a hacer aquí?

—¿Descansar? —la ironía en mi voz.

—Descansar está sobrevalorado —suspiró Tim.

Puse los ojos en blanco, ya iban a liarne entre todos.

—Está bien —suspiré, claudicando—. Pero...

—Un pero tenía que haber —Tim quería matarme.

—Después de cenar, no voy a perderme las albóndigas de mi madre.

Me encantaban y podía comerlas a diario. No me las llevaba en un tupper porque no podía, que si no...

—Vale. Pero cenamos y nos vamos.

—¿Cenamos? —elevé mis cejas.

—Y seguramente duerma aquí también, necesito aire, mucho aire —dijo en plan dramático, haciéndonos reír a todos.

—Voy a darme una ducha y a arreglarme, no tardo.

—Tú ven conmigo —le dijo mi madre a Tim— y me ayudas con la cena.

—Por supuesto —dijo él, feliz.

A mi madre ni le rechistaba y yo estaba segura de que la suya tampoco le habría dicho mucho más que una frase de ese estilo, pero así era Tim. Tenía paciencia con todo el mundo menos con su madre, era algo que le ocurría de siempre.

Yo tenía la hipótesis de que como eran iguales, verse reflejado en ella lo ponía en ese estado.

Me di una ducha rápida y me puse unos jeans ajustados, una camisa de tirantes blanca, las sandalias, un poco de maquillaje y lista para aguantar a mi amigo esa noche.

Cuando bajé a la cocina, ya estaba la mesa preparada. Todos sentados, esperándome. Tomé asiento y fui rápidamente a servirme las albóndigas. Joder, olían divinamente.

—Hay mucha gente que me pide tu número, Paige —dijo mi madre cuando empezamos a comer.

—Mamá, organizar bodas aquí no está en mis planes.

—Lo sé, cariño, pero ¿por qué no probar? Aquí te iría tan bien o incluso mejor que en Nueva York. La competencia es menor —ahí estaba su análisis de negocio.

—Porque tengo mi vida allí.

Miré a Tim, ambos sabíamos que iba a intentar convencerme para organizar bodas en Montgomery. Eso me llevaría, con el paso del tiempo, a tener que vivir entre las dos ciudades. Es decir, casi volvería a casa.

—Lo entiendo...

Miré a mi madre extrañada. Me metí una albóndiga en la boca, apenas podía masticarla y me quedé ahí, esperando a que dijese algo más. Pero no lo hacía.

—¿Ha dicho que lo entiende? —miré a mi padre y hablé cuando tragué.

—Tu madre va madurando —rio, llevándose una mala mirada por parte de ella.

—Ah... —incluso me había sentido un poco decepcionada porque no hubiese seguido insistiendo.

¿Ya me daba, por fin, por perdida?

—Pero... —suspiró ella.

—Si ya sabía yo que no podía ser tan fácil... —suspiré.

—Necesito que me hagas un favor —continuó ella.

—Miedo me da —rio Tim.

—Normal —resopló mi padre.

—¿Qué favor? —pregunté yo, suspicazmente.

—Tengo una amiga que tiene un problema y sé que tú puedes ayudarla.

—¿Cómo podría yo ayudar a tu amiga, mamá? —no entendió la ironía que llevaba implícita mi pregunta al parecer.

—Una buena amiga que después de mucha negrura en su vida, vuelve a ver un poquito de luz.

—Qué drama es eso —rio Tim, ganándose otra colleja de mi madre—. Auch —se quejó.

—Bueno, pues que se aferre a ese poquito de luz y mejore —sonreí.

—No, cariño, es que tú puedes terminar de poner luz en su vida.

—Mamá, no voy a tener citas con ningún hijo de ninguna amiga, te lo advierto. Una vez y no más.

—La pobre aún tiene pesadillas —confirmó Tim.

Pesadillas no, pero más de una vez me acordaba del pobre chico virgen con el que quisieron emparejarme.

No sabría decir quién lo pasó peor ese día...

—No, no es sobre eso —rio ella, avergonzada.

—Menos mal —suspiré, qué alivio.

—Pero sí es un favor un poco especial.

—Dime ya, mamá. A ver por qué le estás dando tantas vueltas. Ni que te fuera a morder.

—No me extrañaría —susurró.

Elevé las cejas, si yo era un encanto con todos.

—Mamá...

—Pero mantén la mente abierta, ¿vale?

—Que no las piernas —bromeó Tim, otra colleja de mi madre.

—Te escucho —qué paciencia.

—Cariño... Sé que estás de vacaciones y sé que lo que te voy a pedir puede no solo estresarte, también romper vuestros planes. Pero te prometo que no te lo pediría de no ser necesario.

—¿Me vas a pedir que trabaje en mis vacaciones? —suficiente, lo había entendido. La incredulidad en mi voz.

—Podría decirse así, sí... —carraspeó segundos después.

—Ni de coña —dije rápidamente.

—Espera, Paige, al menos déjala explicarse.

—¿Y tú por qué la ayudas? —miré a Tim.

—Porque parece preocupada por su amiga y te está pidiendo un favor. No creo que le resulte fácil hacerlo cuando es la primera que quiere que descanses.

—Buena manera de verlo... —mi padre hablaba poco, pero cuando lo hacía más le valía quedarse en silencio.

Apoyé la espalda en la silla y los miré a todos. Mi padre comía como si nada. Mi madre hacía como la que comía, pero me miraba de hito en hito, estaba nerviosa. Y Tim... Bueno, ese era el único que me miraba a los ojos completamente tranquilo.

—Sabes que si trabajo yo, también vas a trabajar tú —le recordé.

—Lo suponía, sí...

—¿Y te da igual?

—Pues sí, así paso menos tiempo en casa —egoísta...

—¿Y dónde queda eso de que necesito un descanso? Porque te has pasado meses molestándome hasta conseguir que cogiese vacaciones. ¿Y ahora te da igual que me ponga a trabajar?

—Es un favor a tu madre, no es lo mismo.

No, no era lo mismo, era aún peor. Era un compromiso y de los gordos.

—Mamá, no es que no quiera ayudarte, es que una boda no se organiza en dos días. Y yo tengo un tiempo limitado aquí —le recordé.

—En dos días no, pero vamos a estar de vacaciones un mes.

—¿En serio me estás diciendo tú eso? —no me lo podía creer— ¿Vas a aguantar a tu madre un mes? ¿Qué es lo que no me queréis decir? Porque me juego el cuello a que sabes algo y que me lo estás ocultando.

—¿Qué voy a saber yo? Es solo que mírala —señaló a mi madre y la miré—. Ni siquiera la dejas explicarse.

Porque sabía que si lo hacía, me haría chantaje emocional y terminaría consiguiendo lo que quería.

—Está bien —resoplé—. A ver, mamá, cuéntame.

—Es una gran amiga —dijo con cautela—. Lo ha pasado muy mal los últimos años y ahora parece que vuelve a sonreír. Su hijo se casa, tiene fecha para dentro de dos semanas y ella quiere que seas tú quien organice todo.

—¿Que organice la boda en dos semanas? —pregunté con la boca abierta.

—Dos semanas en casa, sí —mi padre...

—¿Y por qué tengo que ser yo? Mamá, en Montgomery hay más organizadoras de bodas, estoy segura de que todas son muy buenas y...

—Ninguna de ellas es la mejor —me miró fijamente—. Te quiere a ti, los novios quieren a la mejor, o sea, tú. Y yo quiero que seas tú quien organice esa boda.

—No lo entiendo...

—Tampoco tienes por qué hacerlo. Porque ella quiere y ya.

—Richard... —resopló mi madre.

—Es la verdad —mi padre se encogió de hombros.

—Nunca te he pedido un favor de esta clase —continuó mi madre y rectificó al ver mi cara de incredulidad—. Bueno, te he insistido, pero como favor, no te lo he pedido —ahí tenía razón, la verdad—. Además, te prometo que jamás volveré a pedírtelo. Ni volveré a insistir con que trabajes aquí, lo juro.

—Mamá... —iba a empezar con el chantaje emocional.

—No te lo pediría si no supiera que tienes que hacerlo tú, Paige.

—Qué bonito —suspiró Tim—. Como su hija, nadie...

Lo que faltaba, el dramas emocional.

—No sé por qué insistes tanto, ¿por qué no me explicas?

—Me harías feliz —me miró con lágrimas en los ojos y no estaba exagerando. ¿O sí?

Eso era puro chantaje emocional completo. Desde luego, sabía bien cómo hacer que hiciera lo que quería. Sabía que me costaba decirle que no.

—Es más dramática que tú y mira que creía que eso era imposible —dije mirando a Tim.

—A mí me parece encantadora —la miró y sonrió—. No te preocupes, Linda, tu hija va a organizar esa boda.

—Ah, ¿sí? —mis cejas enarcadas.

—Pues sí —dijo él tranquilamente.

—¿De verdad? —mi madre me miró, feliz— ¿Me prometes que lo harás?

Tenía tres pares de ojos sobre mí. Todos pendientes. Si es que ya sabía yo que me iban a liar de alguna manera.

—¿Y esas ganas de irnos de viaje, Tim?

—Nos quedarían casi dos semanas—sonrió.

Lo iba a matar. Los iba a matar a todos. Porque sabía que no podría librarme de esa.

No tenía ni idea de qué iba todo eso, solo que me iba a pasar dos semanas más estresada de lo que solía estar normalmente.

Mi madre me miraba con ojos de cordero degollado y yo sabía que había ganado la batalla.

—Está bien, lo haré —claudiqué, aún en contra de lo que me decía mi intuición.

—¿De verdad?

—Sí...

—Prométemelo —insistió mi madre.

Qué manía con las promesas, yo no solía romperlas.

—Te lo juro —con los dedos dibujé una cruz en el corazón y ella suspiró de alivio.

—Gracias, cariño. Sé que no te vas a arrepentir de ello.

—Esperemos que no...

—¿Y puedo saber quién es el novio? ¿De qué amiga se trata?

—No —dijo rápidamente, encendiendo mis alarmas—. No porque prefiera venir él a hablar contigo. Ya sabes, temas económicos y demás.

—¿También tengo que hacerle un descuento? —sarcástica...

—No, cariño. Cobra tu trabajo. Ellos pueden permitírselo.

—No todo iba a ser malo, les metes un plus por el escaso tiempo que tienes para prepararlo todo —dijo mi padre.

—El problema no es solo es escaso tiempo, el problema es que si fuera en Nueva York, tengo contactos, aquí...

—Lograrás hacerlo —sonrió Tim—. Además, yo te ayudaré en lo que haga falta, no lo harás sola.

Estaba claro que no iba a poder quitarme ese compromiso con mi madre de encima.

—Está bien. Veremos cómo sale... Necesito hablar con ellos ya, mamá.

—Ahora hago una llamada. ¿Te parece bien que vengán mañana?

—Cuanto antes, mejor.

—De mejor nada, sobre el mediodía que nos dé tiempo a dormir la mona —rio Tim.

Lo que yo tenía que aguantar...

—Al mediodía estará bien, después de comer. Aquí en casa mejor.

—Gracias —sonrió mi madre, feliz—. Va a ser la boda de tu vida.

A ver, tanto como eso...

Lo haría lo mejor que pudiera con los medios que contase, que eran pocos. Me tocaría hacer una decena de llamadas, mínimo.

La boda de mi vida no, pero un dolor de cabeza sí.

Miré la sonrisa nerviosa en la cara de todos y sentí algo extraño. Sabía que había algo que no me estaban contando, ¿pero qué?

Nada podía ser tan grave como que pasase parte de mis vacaciones organizando una boda. Adiós a mi ansiado relax. La mitad de mis vacaciones pasaban a convertirse en trabajo. Tenía que ponerme las pilas para conseguirlo.

¿En qué lío me había metido? ¿Por qué no le había dicho que no y ya?

A la mierda el descanso...

¿Se podía tener más mala suerte en la vida?

Capítulo 5



La respuesta a esa pregunta era sí, sí se podía tener más mala suerte en la vida. Y mucha más...

Desde el momento en que acepté hacerle ese favor a mi madre, no sé si los astros se habían alineado para fastidiarme o es que, de alguna manera, me intentaban decir que iba, por alguna extraña razón, directa al fracaso.

¿En qué sentido?

Pues a saber. Pero todo fue el colmo de la mala suerte.

Tim y yo salimos de copas. Aquello seguía igual. Los mismos pubs, mucha gente conocida que seguía moviéndose por esos lugares. Muchos recuerdos en mi mente también...

Había salido algo enfadada por la encerrona con la dichosa boda, pero después de un par de copas y de las payasadas de Tim para que lo perdonase por haberse puesto de parte de mi madre, empecé a divertirme.

Hasta que el desastre llegó...

Y si estáis comiendo, mejor no sigáis leyendo esto...

Cuatro copas me había tomado, tampoco era demasiado, solía tolerar más sin llegar a emborracharme. Además, como había comido un rato antes, solo me había achispado un poco.

Estaba en la pista de baile divirtiéndome cuando me pareció ver a alguien que no quería ver. No podía ser él, ¿verdad?

El corazón comenzó a latirme aceleradamente y noté el estómago raro. Hacía ruidos, lo sé porque podía oírlos perfectamente en mis tímpanos. Podía oír todo ahí, cómo cantaban mis intestinos y cómo bombeaba mi corazón.

Me estaba mareando...

Las tripas revueltas y una sensación muy extraña. Tuve que salir casi corriendo hacia la calle,

no me dio tiempo a salir por la puerta del pub cuando me tropecé con alguien y a la mierda, le vomité en los zapatos.

—Joder... —las risas de Tim a mi espalda.

Levanté la cabeza cuando pude, avergonzada. El hombre que tenía en frente quería matarme, de eso no me cabía la menor duda, con su mirada lo decía todo.

—Lo... —no pude seguir.

Y no pude porque volví a vaciarle el contenido de mi estómago, que con todo lo que había echado antes no sabía cómo podía tener más dentro, en su ropa. Lo bañé en vómito, literalmente.

—Ay que me da —las carcajadas de Tim se escuchaban por encima de la música y no estoy exagerando.

—... siento —terminé de decir.

—Me cago en la puta —gruñó el hombre.

—A ver, puta no es —gruñó mi defensor hermano postizo, que parecía que necesitaba algo así para dejar las malditas risas y recordar que yo seguía ahí, pasándolo mal.

—No quiso decir... —pero Tim ya no me escuchó.

Era una expresión, no es que el hombre me estuviese insultando. Pero a Tim ya le daba como un poco igual, ya había estampado su puño en la cara del hombre.

Lo que faltaba, que se liasen los dos a golpes...

Y eso fue lo que sucedió. Tim lleno de vómito también y yo, por intentar separarlos, igual.

Así que terminamos en mi casa después de que nos echaran a todos de allí, apestando. Él con la cara algo magullada y yo con un cabreo de mil demonios.

La noche había sido una mierda.

Y al día siguiente supe que las cosas solo iban a ir a peor...

—Oh, joder, cómo duele —Tim entró en la cocina con mi albornoz puesto.

No tenía ropa allí, así que cuando se duchó, se acostó con eso puesto. O eso esperaba...

Me había levantado no hacía mucho, mi madre me despertó porque los novios no tardarían demasiado en llegar y yo necesitaba varios cafés, si mi estómago me lo permitía, para poder

despertarme.

—Ya mandé a Richard por ropa —rio mi madre al verlo—. Anda, siéntate, te preparo un café.

—Gracias —dijo mientras se sentaba.

—Ya me contó Paige... —terminó soltando una carcajada y Tim y yo gemimos, nos dolía la cabeza— Ya no estáis para ciertos trotes.

¿Pero qué...? Miré a mi amigo, los dos alucinando por el comentario.

—Me sentaron mal las albóndigas, fue eso —me defendí.

—Las albóndigas, sí —rio mi madre. Le puso la taza de café por delante a Tim y nos miró, divertida—. En fin... —era su manera de dar el tema por concluido— Me ha avisado mi amiga de que su hijo ya está en camino. ¿Quieres que papá y yo estemos aquí?

—No hace falta, mamá —negué—. Te prometí que voy a ayudarte en esto, pero prefiero hacer las cosas a mi manera.

—Vale... Pero Paige, por favor, recuerda que no se rompen las promesas.

Fruncí el ceño, nunca lo había hecho. Las promesas y los juramentos eran sagrados para mí.

—Mamá, aún estás a tiempo de decirme qué es lo que me ocultas...

—Nada —dijo rápidamente—. Lo vas a hacer y es lo que importa, ¿verdad?

—Supongo que sí... —pero ya tenía la mosca detrás de la oreja.

Con cada comentario de ese tipo me hacía pensar que no me iba a gustar nada quiénes iban a aparecer por esa puerta. Eso o algo relacionado con la boda. Lo descubriría pronto.

—Bueno —carraspeó—. Entonces voy a ver si tu padre viene ya, dejo la ropa de Tim y aprovecho para ir al mercado.

Asentí con la cabeza y miré a Tim cuando mi madre se marchó.

—¿De verdad no tienes idea de qué es lo que teme?

—Que no la organices.

—Lo prometí, sabe que no rompería una promesa nunca.

—Lo sabe, pero...

—Pero si teme es porque algo me oculta.

—Lo sabremos pronto —carraspeó él—. Yo mejor me voy vistiendo. No vaya a ser que ese hombre me vea así y termine con sus planes de boda al enamorarse —bromeó.

—Pues no me vendría mal, ¿eh? Pena por la novia, pero enamóralo si quieres —reí.

—Como si eso fuera posible —susurró.

—¿Sabes quién es? —la suspicacia en mi voz después de haberle entendido ese comentario.

—¿Eh? —se estaba haciendo el tonto, lo conocía bien. Joder, me la habían jugado y yo no era capaz de entender cómo ni por qué— ¡Sí, Linda, ya voy! —gritó— Ya está mi ropa ahí, no tardo —salió rápidamente de la cocina y yo dejé caer la cabeza sobre la mesa.

No tenía más dudas, todos me ocultaban algo y por algo había insistido mi madre en que prometiese ayudarla.

¿El qué? No tenía ni idea. Es que no se me pasaba nada por la mente. Yo me había ido hacía muchos años de allí, no tenía problemas con nadie. Ni viviendo allí los había tenido.

Conocía a mucha gente. Con algunos me había llevado mejor, con otros peor. A algunos volvía a verlos cada vez que regresaba a casa, a otros no y perdimos el contacto... Lo normal que vive una persona en mi situación.

Y quitando a ese hombre de mi pasado que no quería ni recordar en ese momento, pues no había nadie más que me preocupase.

Así que ¿qué podía ser? ¿Tal vez el problema era la novia? Pues tampoco tenía mala relación con ninguna mujer. Ni con ninguna familia...

Por más vueltas que le diera a la cabeza, no se me ocurría nada.

A lo mejor todo eran sensaciones mías y ellos solo estaban nerviosos por saber que me habían fastidiado las vacaciones. Debía de ser eso, porque nada más tenía sentido para mí.

Me preparé otra taza de café, parecía que a mi estómago no le había sentado nada mal la otra y fui al salón, me senté en el sofá a esperar a mi cliente.

Dos semanas para organizar una boda...

Esperaba que, al menos, el lugar donde se iba a officiar la ceremonia y el salón para la celebración ya los hubiesen elegido, porque si no iba a volverme loca.

Invitaciones, flores, regalos para los invitados, organizar las mesas del convite, las alianzas, la música, el menú, el viaje de novios...

La lista podía ser interminable si quería.

La gente no podía imaginarse todo lo que conllevaba una boda. Era un desgaste físico y emocional y no solo para mí, también para los novios aunque yo realizase casi todo el trabajo. A ellos ya les estresaba que yo les pusiera tres pasteles diferentes para probar, se les hacía un mundo. Para yo llegar a esos tres, había tenido que descartar otros treinta, así que...

Y como eso, todo.

Pero era un trabajo que me gustaba. La felicidad en sus rostros el día de su enlace, cómo disfrutaban... Era el mayor premio para mí.

Eso y la pasta que me llevaba, evidentemente.

Yo no había vivido todo aquello, por más que lo hubiese soñado, pero cada vez que concluía alguno de mis proyectos y veía la alegría en sus rostros, me curaba un poquito yo también. Me sentía parte de ello, como si cada una de sus bodas fuese, también, un poco mía.

Joder, Paige. No te pongas sentimental, me reprimé.

Yo no iba a casarme, eso lo sabía. Mi misión en la vida era otra, organizar las bodas de los demás. Era lo que yo había elegido.

Había terminado de tomarme el café cuando sonó el timbre de la puerta principal. Pues había llegado el momento de encontrarme con mis próximos clientes.

Me miré al espejo de la entrada antes de abrir, menos mal que el maquillaje hacía milagros porque no me había despertado, precisamente, con muy buena cara. Aunque al menos, mis ojeras de oso panda habían mejorado un poco en los últimos días. Algo es algo...

Puse la mano en el manillar de la puerta, cogí aire, preparé la mejor sonrisa que podía y abrí.

Y me quedé completamente sin aire...

No sabía a quiénes esperarme tras esa puerta, pero, desde luego, no era a quien tenía delante. Nunca pude imaginarme que tendría que vivir esa situación.

No sabía si gritar por la impresión, si cerrarle la puerta en las narices, salir corriendo y encerrarme en mi dormitorio. No sabía cómo actuar, no me había preparado para una cosa así.

Estaba delante de mí, con las manos en los bolsillos de su vaquero y mirándome fijamente. Podía haberlo reconocido entre una multitud aunque hubiesen pasado treinta años más.

Sus ojos grises fijos en los míos, su expresión cautelosa y yo...

Yo iba a desmayarme allí mismo.

No podía moverme, apenas podía respirar, cuanto más pensar. Era como si estuviese viendo a un fantasma. Pero era real, ¿verdad?

Sin poder evitarlo, lo miré de arriba abajo. No había cambiado demasiado, la edad solo había mejorado su aspecto.

Seguía tan alto como siempre, su físico parecía igual de cuidado. Nunca había sido un chico musculado, pero sí en forma.

Su pelo más largo que antaño, aún mojado, se habría duchado hacía poco. Y sus ojos... ¿Cuántas veces había recordado esos fascinantes ojos?

—Paige...

Su voz sonó ronca, más de lo que recordaba. Me estaba hablando, sí era real.

—Yo... —tragué saliva. Me apoyé, disimuladamente, en el marco de la puerta para evitar que las rodillas me fallasen— Eres tú —susurré.

Me miró unos segundos y asintió con la cabeza.

Tenía delante de mí al hombre que me había destrozado el corazón.

Tenía frente a mí al inolvidable Zachary Allen.

Capítulo 6



Era evidente que sí, sí se podía tener mucha mala suerte. Porque no tenía otra manera de describir lo que estaba viviendo en ese momento.

Mi mayor miedo era encontrarme con él y, al parecer, no tenía más remedio que enfrentarme a ello.

La vida tenía que estar pasándose muy bien, si existía un ser superior debía de estar descojonándose de la risa.

¿Qué demonios estaba haciendo ese hombre allí?

—¿Cómo est...?

Levanté la mano, interrumpiéndolo y negué con la cabeza.

—No sé qué haces aquí, lo mismo te has equivocado de casa, tus padres viven mucho más abajo.

Agradecí el poder sonar segura, por dentro temblaba como un flan. Tenía ganas de llorar, pero no lo haría. No me vería de esa manera.

—Paige... —suspiró.

—Estoy ocupada, Zach. Espero visita. Y no tengo ganas de verte. Así que si no te importa... —iba a cerrar la puerta, pero su mano lo impidió.

—Espera, Paige.

¿Que esperase a qué?

No sabía para qué estaba allí, pero tampoco quería oírlo. ¿Era para disculparse? ¿Para qué, por Dios? Fuera lo que fuese, no iba a escucharlo. No porque me hacía daño volver a verlo.

En esos pocos segundos había vuelto a revivir todo lo que ocurrió años atrás. Y seguía doliendo igual, incluso más que antes.

—Vete —empujé un poco, pero él aguantó bien.

—Es a mí a quien estás esperando.

Joder, tenía que estar bromeando. Yo estaba esperando a una pareja de novios, no al tío más cobarde que había conocido en mi vida.

—Créeme, eres la última persona a la que espero, Zach —dije con rabia.

Él me miró unos segundos y soltó un pesado suspiro.

—Yo soy el novio, Paige. Es mi boda la que vas a organizar.

Sentí como si me hubiesen dado una patada en el estómago. Me quedé sin aire y con los ojos abiertos de par en par. No solo tenía que enfrentarme al hecho de tenerlo frente a mí, sino que...

—¿De qué demonios estás hablando? —exploté.

—Esperas a un novio, ¿verdad? Un novio al que organizarle la boda —Dios mío...— Soy yo.

No podía ser cierto. Sencillamente no podía serlo. Mi mente era un caos en ese momento, no sabría explicar la cantidad de pensamientos que pasaban por ella.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

No, quise decirle.

La promesa, Paige.

Maldita fuera mi mente, mi madre por hacerme prometer algo así y... ¡Joder! ¿Cómo podía haberme hecho eso?

Ella sabía lo que había sufrido cuando Zach se marchó. ¿Y a ella no se le ocurría hacer otra cosa que chantajearme emocionalmente para que yo accediese a preparar la boda del hombre que me había roto en mil pedazos? ¿Pero qué sentido tenía eso? ¿Mi madre me odiaba?

¿Y Tim sabía algo de eso? Porque si era así, también me había traicionado.

Me pasé las manos por el pelo, desesperada. No sabía qué era lo que pretendía mi madre, pero lo averiguaría. Por eso había salido corriendo la muy cobarde cuando le dije que prefería estar sola con mis clientes.

El hombre que me había dañado era ahora, al parecer, mi cliente. Dios no tenía que estar descojonándose ya, si no que debía de estar revolcándose por el suelo por la bromita pesada.

Me di por vencida, todo eso me estaba superando.

—Pasa —dije después de moverme y abrir la puerta del todo.

La cerré y apoyé mis manos en ella mientras cogía aire, intentando relajarme. Cuando me sentí con fuerzas, me giré y lo encaré.

—Te hice daño —me miró y sonó arrepentido.

Solté una risa irónica. Claro que me lo hizo, ¿es que acaso lo había dudado alguna vez?

—No voy a hablar de eso —caminé hasta el salón, él siguiéndome—. Así que el gran favor que me pidió mi madre... No me lo puedo creer.

—Fui yo quien insistió. Ella no tiene la culpa de nada.

—Como si eso cambiase algo...

—No la culpes, Paige.

Claro que no, toda la culpa la tenía él. Por marcharse, por abandonarme sin explicaciones. Por romper mis sueños.

Por dejarme el corazón hecho trizas.

—Eres tú quien se casa...

—Sí —dijo con firmeza.

—Joder... ¿Cómo se te ocurre querer que yo, precisamente yo, prepare tu boda, Zach? ¿Quieres reírte de mí otra vez? ¿Es eso?

—No —dijo inmediatamente.

Me crucé de brazos, temblaba por la rabia y por el revuelo de emociones que no podía controlar.

— Dime, por favor, que te estás burlando de mí. Dime que todo esto es porque queréis gastarme alguna broma macabra.

—No, Paige.

—Dime que es una broma de mal gusto, por favor —casi le rogué, insistiendo en lo mismo.

Y odiaba hacerlo, pero es que no tenía ningún sentido. Prefería quedar como una idiota porque me viese afectada antes de que en algún momento saliera una cámara oculta por algún lado o, peor aún, que todo eso fuese real.

Él permanecía mirándome, con las manos de nuevo en sus bolsillos, negando con la cabeza.

Estaba diciendo la verdad y yo estaba alucinando.

Me dejé caer en uno de los sillones, me pasé las manos por la cara y solté el aire lentamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con lentitud.

De perdidos al río, pensé. Le hice un gesto con la mano y tomó asiento.

—No me gusta nada tenerte aquí.

—Lo sé —suspiró— Tengo muchas cosas que decirte, Paige —negué con la cabeza, no quería oír nada. Ninguna explicación, porque ni siquiera sabía si lo creería—. Pero respeto que no quieras escucharme. Estás en todo tu derecho después de lo que hice.

¿Qué pretendía? ¿Que le agradeciera su “consideración”? Qué cinismo...

—Gracias —dije con ironía.

—Tampoco lo estoy haciendo bien ahora y lo sé.

—Lo sabes y no te importa.

—Me importa, créeme que me importa. Más de lo que imaginas.

—Déjame dudarlo.

Nunca le había importado cómo me sentía yo, me lo había demostrado años atrás.

—Pensé que, quizás, podíamos dejar el pasado enterrado. Hace muchos años desde que me marché, había pensado en una tregua.

—¿No crees que es mucho pedir?

—Tengo que intentarlo.

—Porque quieres que organice tu boda.

No sabía cómo estaba siendo capaz de no llorar. Porque tenía ganas y muchas...

Ni siquiera había tenido la decencia de darme la cara con una explicación. Había venido porque le interesaba algo. Le interesaba la organizadora de bodas.

Me había convertido en eso después de que se marchara. Él había sido, sin darse cuenta, el culpable de esa obsesión que me fijé. Y ahora volvía para algo así.

—Sí —dijo con sinceridad.

—¿Por qué yo? Hay miles en todo el país, Zach.

—Eres la mejor.

—Voy a matar a mi madre —bufé.

Una sonrisa ladeada se formó en sus labios, esos que yo había besado muchas veces. ¿Seguirían sabiendo igual?

Joder, Paige, deja de pensar como idiota, me regañé mentalmente.

Pero es que estaba guapísimo, los años le habían sentado muy bien.

—No solo lo dice tu madre. Te he seguido la pista, sé que eres la mejor.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Una manera de expiar la culpa?

—Supongo que sí —reconoció, avergonzado—. Me gustaba ver que estabas bien y que seguías adelante. Te has convertido en una eminencia en tu profesión.

—Tal vez tenga hasta que agradecerte eso —el sarcasmo saliendo de mis labios—. Así que te casas.

—Sí.

Y yo no tendría más remedio que organizar esa maldita boda.

Y no porque no pudiera romper esa promesa, porque tenía razones válidas para hacerlo. Pero mi orgullo no me lo permitía.

Tal vez era una prueba para mí. Quizás, después de verlo en el altar con otra podría, por fin, olvidarme de él y borrarlo de mi memoria.

Pero el precio a pagar para una posible sanación iba a ser elevado. Podía terminar más destrozada aún en el proceso.

Me había roto el corazón, pero no destrozaría mi orgullo. Era, ya, una cuestión personal. Era mi ego.

—Bien... Quiera o no, le hice una promesa a mi madre y eso es sagrado para mí —era una puya y vi que se dio cuenta, sus ojos mostraron dolor. Lo merecía, él no había cumplido las tuyas —. Me guste más o menos esto, lo haré. Si aceptas y puedes pagar lo que valgo, por supuesto.

—Lo que pidas —dijo con seguridad.

—Sí que te tiene que tener loco esa mujer cuando acudes a mí y, además, sin límite de dinero —él enarcó las cejas y yo resoplé por haberlo dicho, tenía que guardarme esos comentarios para mí.

—No vas a asustarme con el dinero, Paige. Pagaré lo que vales, más, incluso, si es necesario. Pero mi boda tiene que ser la mejor y, para ello, tienes que organizarla tú.

Ojalá hubiera pensado eso conmigo... Pero no, se marchó y me destrozó. Pisoteó mi corazón como si no le importase.

Era eso, nunca le importé en ese sentido. Tenía que verlo ya, era simple. Y tenía que ver todo esto como una terapia para mí. Cuando tuviera puesto el anillo en el dedo, sí que tenía que borrarlo de mi mente.

Quizás por no saber de él, si estaba con alguien o no, había alimentado tontas e inútiles esperanzas en mi corazón. Y por eso nunca podía quitarlo de mi mente. Por eso decía Tim que siempre lo querría.

Pues no, eso se iba a acabar aunque muriese en el intento.

—Muy bien... Si no hay más remedio...

—Parece que no —sonrió.

Qué era lo que le estaba divirtiendo era algo que no podía entender. Pero yo iba a sonreír también mientras imaginaba que cogía el atizador de la chimenea que tenía cerca y se lo estampaba en la cabeza.

Terminaría con todo eso en milésimas de segundos.

Dejando los pensamientos homicidas que la rabia me provocaba, intenté actuar, en la medida de lo posible, como la profesional que era.

Era la única manera que tenía de permanecer cuerda las próximas semanas.

—¿Y la novia?

—¿La novia? —pestañeó de repente.

—Tendrás que casarte con alguien, digo yo. ¿O es novio?

—No, no. Soy hetero, pensé que lo sabías.

—Pensaba conocerte, pero los dos sabemos que no era así —de nuevo el dolor en sus ojos, su mandíbula apretada. Y yo sintiéndome bien, fuerte, por no ponerme a llorar y por ser una verdadera profesional—. Dejando eso atrás ya, ¿dónde está ella? Tengo que conocerla.

—Esto... No está.

Enarqué las cejas. ¿Qué significaba que no estaba?

—¿Y dónde está?

—En París.

—En París... —esa vez fui yo la que pestañeó— No entiendo nada... ¿Cuándo es la boda?

—Quedan trece días.

—¿Y qué demonios hace la novia lejos?

—Es modelo, tenía compromisos.

—Entiendo... —joder, modelo y todo... Aunque claro, mirándolo a él, ¿cómo no? Yo fui la estúpida que creyó una vez que de verdad podía quedarse con alguien como yo— ¿Y cuándo viene?

—Ahí tenemos un problema —fruncí el ceño. En realidad teníamos muchos—. Llegará la noche antes de la boda.

Pestañeé de nuevo varias veces y no pude evitar soltar una carcajada. Una y otra y eso era un no parar. Me tuve que limpiar las lágrimas y apoyar una mano en el estómago para aliviar el dolor. Pero es que no podía dejar de reír.

—Bueno, después de esto, me queda claro que te estás quedando conmigo. He caído, ¡podéis salir todos! —me limpié los ojos, madre mía... Él apoyó su espalda en el sofá y me miró tranquilamente— Lo estás diciendo en serio —no me lo podía creer.

—Por desgracia sí —su voz sonó segura—. Seré yo quien se encargue de todo. Es decir, lo harás tú, pero solo estaré yo para cualquier cosa.

Eso no iba a ayudarme mucho, porque al menos, estando la novia, podría ingeniármelas para no verlo a él más de lo necesario. Tenía que conocer sus horarios, así que me sería fácil hacer de las mías.

Pero ni eso podía. Todo, absolutamente todo, sería con él. Era evidente que la mala suerte podía aumentar aún más.

—¿Y la opinión de ella?

—Le iré comentando todo e iremos eligiendo.

Eso sí que no me había pasado nunca. Y tenía que ser con él, cómo no...

—A ver si yo me entero... Te casas en menos de dos semanas, tengo una boda que organizar que necesitaría, por lo menos, cinco veces más de tiempo que con el que se cuenta y, para colmo, ¿resulta que la novia no llegará hasta la noche antes de la boda?

—Resumido es así, sí —asintió con la cabeza.

Solté otra carcajada, todo aquello era surrealista.

—Pensé que nunca diría esto. Pero Zach, esta vez te has superado —me limpié las lágrimas de los ojos.

—¿Me vas a ayudar o no, Paige?

—No —me puse seria—. No te voy a ayudar.

—Pero...

—Voy a trabajar para ti porque me la habéis jugado. Sabíais de más cómo atarme —apreté los dientes—. Lo haré, cumpliré mi promesa y organizaré tu boda porque es mi trabajo. Pero no te ayudaré en nada —me levanté.

—Entiendo... —se levantó a la vez— ¿Entonces cómo...?

—¿Tenéis alguna Iglesia...?

—No hay nada elegido —me interrumpió—. Ni siquiera si será por lo religioso o no.

—Joder —me apreté el puente de la nariz y fui hasta la puerta principal—. Ahora necesito descansar porque me duele la cabeza. Mañana nos vemos a primera hora en la cafetería de mi madre. Intenta hablar con ella y me llevas alguna idea de algo, por Dios —abrí la puerta para que se marchase.

—Está bien —salió y fui a cerrar la puerta—. Paige...

¿Y ahora qué?, pensé.

—Dime...

—Gracias.

¿Gracias? ¡¿Gracias?! ¡Y una mierda gracias!

Cerré sin decirle nada. Apoyé mi espalda en la puerta y vi a Tim. De pie, en las escaleras de la casa. Me dejé caer hasta el suelo. Y entonces, solo entonces, permití que todo saliera fuera.

Solo en ese momento me permití llorar.

Capítulo 7



—Cariño... —Tim me abrazó y se mantuvo en silencio a mi lado— Por favor, respira.

Eso era lo que quería, respirar sin que me doliese el pecho. Pero no era fácil. Todo lo que había retenido esos minutos que se me habían hecho eternos salió, sin control alguno, a la superficie.

Eran años con el temor de encontrármelo. Había llegado ese momento y, como si eso no fuese suficiente, mi madre me la había jugado.

—Paige, por favor...

—Su boda, Tim. Es su boda la que tengo que organizar —tartamudeaba, sentía el corazón encogido.

—Lo sé, lo escuché —me soltó y me obligó a levantarme—. Ven, te preparo una tila.

—No quiero...

—Te vendrá bien —insistió—. Y de paso me preparo otra para mí porque me va a dar el soponcio del año —resopló.

Me senté a la mesa de la cocina y lloré. Continué llorando incluso cuando Tim tomó asiento con las tilas preparadas.

—Bebe —ordenó.

Lo hice, pero eso no iba a paliar el dolor que sentía en mi corazón.

—¿Cómo ha podido mi madre hacerme algo así? —pregunté cuando logré calmarme.

Me limpié la cara y cogí aire, llenando mis pulmones.

—No lo sé, cariño. Sus razones tendrá.

—¿Sus razones? Me dejó tirada como si fuese una colilla. Ella me escuchó llorar noches y noches. ¿Y ahora me obliga, porque es lo que ha hecho, a organizarle la boda? ¡¿Pero dónde se ha visto eso?! —exclamé, perdiendo la paciencia.

Tim se mantuvo en silencio, sin decir nada. Me mantenía la mirada, la compasión en sus ojos y odiaba eso. Odiaba que me mirase así. No tenía que sentir lástima por mí.

—¿Por qué no dijiste que no? Y no me vengas con que no puedes romper una promesa, porque en esto está más que justificado y lo sabes. Pero le dijiste que sí...

—Lo prometí.

—Vamos, Paige. Que soy yo, no un desconocido y menos aún un imbécil. No me vengas con cuentos. Era muy fácil. No —vocalizó exageradamente—. O mejor un “te va a organizar la boda Rita la cantaora”. O mucho mejor aún... “Te va a preparar la boda tu gran p... madre” — él dijo la palabra completa, por supuesto...— Te conozco y has dicho que sí por algo. A mí no me puedes engañar.

—Tal vez porque soy gilipollas.

—Bueno, no voy a discutir eso —puse los ojos en blanco ante ese comentario y él sonrió—. Pero solo pueden existir dos razones.

—No es por querer estar cerca de él, tenlo por seguro —porque en esa había pensado.

—Entonces es por demostrarte a ti misma y a él que tienes aquello superado y que te importa una mierda.

—Sabe que aún me duele, sabe que me hizo daño y hoy tuvo la prueba, además. Porque joder, no pude contenerme del todo.

—No serías humana si lo hubieses hecho —dijo comprensivo—. Dime, entonces, la verdadera razón.

Tragué saliva, no hacía falta que lo dijera.

—La verdad es que no lo sé... Pensé que, quizás... El día que esté sobre ese altar...

—Podrás olvidarte de él. Podrás, por fin, dar carpetazo a todo esto y dejar el pasado atrás.

—Soy estúpida, lo sé —resoplé.

—En realidad no —se encogió de hombros—. Te dije, porque lo pienso así, que las cosas no se superan hasta que no las enfrentas. Y con esta ocurre lo mismo.

—No sé si seré capaz de organizar esa boda, Tim.

—Sí lo harás.

—El precio a pagar puede ser demasiado alto —podría destrozarme por completo.

—O no. Quizás es tu liberación. Tal vez así comienzas a vivir de una vez y dejas el pasado donde corresponde.

—Diciéndolo así, no suena tan estúpido.

—Por algo has dicho que sí, cariño. Pero aún puedes decir que no.

—No lo haré. Terminaré con esto y volveré a mi vida.

—Te apoyaré sea cual sea la decisión que tomes.

—Lo sé y gracias —sonreí—. ¿Sabes que me dijo que ha estado pendiente a mí? No se puede ser más cínico que ese hombre —dije con rabia.

—Lo has estado tú, lo reconozcas o no, aun siendo la parte dañada. No conocemos sus razones, así que... ¿Por qué no iba a estar preocupado por ti?

—Vamos, Tim. No se preocupó antes de marcharse así. Además, ni siquiera quiero hablar ya de eso, no quiero oír sus explicaciones. Solo quiero que todo esto pase rápido e irme de aquí.

Escuché cómo se abría y se cerraba la puerta principal. Me quedé mirando a la puerta de la cocina, esperando a que mi madre apareciera.

Lo hizo, pero poco a poco. Más bien solo pude vislumbrar una parte de su rostro.

—Mamá...

Escuché un carraspeo cuando su rostro desapareció y empezó a mostrarse lentamente.

—Yo mejor cojo una cerveza y me voy —mi padre entró rápidamente, abrió el frigorífico, cogió el botellín y salió, casi corriendo, para el salón.

No hacía falta mucho más para saber que él conocía todo lo que mi madre había organizado.

—Cariño... —carraspeó mi madre.

—¿Tienes un problema de garganta, mamá? Quizás un resfriado, una faringitis, ¿algo más grave como un castigo divino por ¡traicionar a tu hija!?

—¿Traicionarte? No, cariño —se acercó rápidamente a mí, pero puse la mano para que no se acercase—. Yo no...

—No puedo creerme que después de todo lo que pasó, seas precisamente tú quien me haya hecho esta jugarreta. Pensé que lo odiabas, mamá.

—Paige... —la advertencia en la voz de Tim— Te estás pasando.

—¿De verdad lo crees? Creo que me estoy quedando hasta corta.

—Cariño, a lo mejor ahora no entiendes lo que estoy haciendo, pero te prometo que...

—Mejor no usemos la palabra promesa, tuve suficiente.

—Créeme, mi niña, estoy segura de que todo esto te ayudará.

—Mamá, no sé por qué haces todo esto, no tengo ni idea y la verdad es que ahora mismo tampoco me interesa demasiado conocer tus singulares razones, pero sí sé una cosa y no me equivoco. Si querías ayudarme, esta no era la mejor manera de hacerlo.

—En realidad eso aún no lo sabemos —intervino Tim.

—¿Estás con ella en esto?

—Estoy con las dos, Paige. Sobre todo siempre contigo y lo sabes. Pero no por ello voy a decirte lo que quieres escuchar.

Oh, sabía demasiado bien eso.

—Yo no puedo con todo esto —me levanté de la silla, Tim me cogió del brazo para pararme.

—Grita si quieres. Lloro si lo necesitas. Estaremos aquí, contigo. Pero no te vas a encerrar en la habitación cual niña pequeña a llorar sola.

—¿Por qué no me dejáis todos en paz?

—Porque no necesitas eso —suspiró mi amigo.

—Lo que no necesitaba era verlo, mucho menos ¡preparar esa maldita boda con otra! —grité.

—Lo siento, Paige —mi madre con lágrimas en los ojos—. Todo es mi culpa, lo hice mal. No quiero verte mal, así que olvida esa estúpida promesa. Olvida lo que te pedí. Yo les explicaré. Pero no quiero verte así.

—Haberlo pensado antes, mamá.

—Cariño...

—No —no quería que me abrazara en ese momento—. Lo voy a hacer.

—Pero...

—Ya no tiene nada que ver con esa promesa, ya es cosa mía. Voy a demostraros a todos lo que necesitáis.

—¿Y qué es eso, según tú? —resopló Tim.

¿Acaso no era evidente?

—Que el recuerdo de Zachary Allen no maneja mi vida.

Me marché de allí, subí las escaleras y me encerré en el dormitorio. Pero no iba a hacer lo que Tim pensaba, no iba a ponerme a llorar. Como bien había dicho, ya era una cuestión de orgullo.

Había tenido la poca vergüenza de buscarme para que organizara su boda con otra. Pues muy bien, eso era precisamente lo que iba a hacer.

Y le demostraría, además, que su recuerdo estaba olvidado y enterrado.

Estaba completamente segura de que después de que Zach se casase, yo podría, por fin, sacarlo de mi mente y de ese pequeño pedacito de corazón que seguía siendo, aún después de tantos años, suyo.

Capítulo 8



Me había levantado esa mañana bastante temprano, apenas había amanecido. No había dormido demasiado la noche anterior y, al parecer, mi madre tampoco.

Cuando entré en la cocina, dispuesta a prepararme una taza de café, ella ya estaba sentada allí.

—Buenos días —dijo suavemente—. Te escuché y te lo serví —señaló la taza frente a la suya.

—Gracias —dije secamente.

Me senté y le di un sorbo. Miré por la ventana, todo comenzaba a iluminarse con los aún débiles rayos de sol.

—Yo tampoco podía dormir —la ignoré, no tenía ganas de discutir. Me mantuve en silencio y ella lo hizo también, hasta que el ambiente se empezó a sentir tenso—. ¿Sigues enfadada conmigo?

—No estoy enfadada, mamá. Solo no quiero hablar más de ello.

—No sé cómo pedirte perdón, Paige —dijo con tristeza—. Pensé que...

Era evidente que no iba a dejar el tema a un lado.

—Quizás algún día entienda tus razones —la interrumpí—. Ahora te aseguro que sigo sin hacerlo. Ya no importa, lo voy a hacer.

—¿Estás segura?

—Sí. Es la mejor manera de dejar el pasado atrás —intentaba autoconvencerme de ello—. Solo dime una cosa, ¿me recomendaste tú?

—No —negó con rapidez—. Ellos te querían a ti, ellos te buscaron —asentí con la cabeza, aliviada en parte—. Estoy muy orgullosa de ti, de todo lo que has logrado. De la mujer en la que te has convertido.

—Mamá...

—Es la verdad. Tal vez no te lo diga lo suficiente, pero eres mi gran orgullo. Para mí siempre serás la mejor en todo. Y sé que vas a hacer de esa boda el mejor trabajo de toda tu vida.

—Confías mucho en mí al parecer. Y yo que tenía idea de destrozarle el momento —bromeé.

Era cierto que se me había pasado por la cabeza, sería la venganza perfecta. Servida en un plato muy frío.

—Tú no harías eso —sonrió mi madre—. Como sé que después de esto, tu vida cambiará.

A saber qué cambio esperaba ella...

—Es una boda más. Un cliente más. Mientras más normalicemos las cosas, mejor.

La puerta de la cocina que daba al jardín se abrió y entró Tim, con el pelo aún revuelto y bostezando.

—Vi la luz encendida. Tampoco podía dormir —explicó tras observarnos a las dos—. ¿Dónde está el cuarto en discordia?

—Si te refieres a Richard, roncando plácidamente —resopló mi madre—. A ese nada le quita el sueño.

—Ya podría haberme parecido a él en eso —me quejé.

Lo que daría por no desvelarme una noche más. Pagaría porque las preocupaciones saliesen de mi mente, al menos, el tiempo necesario para dejarme descansar en paz.

—¿Y tú por qué no puedes dormir? —le pregunté.

—Estaba preocupado por ti —se sentó a mi lado y me cogió la mano.

—Estoy bien —le aseguré—. Nada que no se cure en dos semanas —un poco de humor negro no venía mal.

—¿Entonces seguirás adelante?

—Por supuesto, mi trabajo está al margen de mi vida personal.

—Estoy orgulloso de ti —sonrió Tim.

Puse los ojos en blanco, él también no.

—Hace años que me daño con este tema, no hay nada por lo que enorgullecerse —bostecé—. Creo que me voy a dormir un poco más antes de irme a trabajar —puse una mueca de disgusto.

—¿Te acompaño?

—No, Tim, gracias. Pero sí puedes ayudarme cuando vuelva con algunas ideas anotadas.

—Cuenta con ello.

—¿Y yo cómo puedo ayudar? —preguntó mi madre.

Me acerqué a ella y le di un beso y un abrazo.

—No haciendo locuras, mamá. Porque a veces dan ganas de estrangularte.

—Lo sé, tu padre me lo dice mucho —suspiró con pesar, habiéndonos reír a Tim y a mí.

Con locuras o sin ellas, la quería. No hacía todo bien, era humana e imperfecta, pero sabía que nunca tenía la intención de dañar a nadie, mucho menos a mí.

Le di un beso a Tim y subí. Me vendría bien descansar un poco antes de encontrarme de nuevo, cara a cara, con Zachary Allen.

Capítulo 9



Llegué a la cafetería de mi madre temprano, me sorprendió encontrarme a Zach ya allí. Estaba sentado en una mesa en el fondo, mirando, ensimismado, su taza de café.

Me acerqué intentando aparentar tranquilidad, aunque por dentro me sentía de todas las maneras menos relajada.

Levantó la mirada, como si hubiese notado mi presencia. Una bonita sonrisa se dibujó en sus labios y fue como evocar momentos del pasado, cuando me sonreía al verme aparecer. Sentí un pinchazo en el corazón, aún seguían doliendo los recuerdos. Tenía que olvidar todo aquello. Era una mujer adulta, podía hacerlo.

—Buenos días —su barba incipiente dándole un toque más masculino.

—Buenos días —me senté frente a él, mi madre ya venía, corriendo, con mi café. Sin decir una palabra, se marchó.

Agradecí que no se hubiese puesto a charlar, habría empeorado mi estado nervioso.

—Estás... —me observó unos instantes, como acariciando mi rostro— Realmente estás preciosa, Paige.

—No sigas por ahí —no porque me dolía. Él me abandonó, él se iba a casar con otra.

—Lo siento, no quise...

—¿Hablaste con tu novia?

—Sí. No tenemos claro nada, nos gustaría tener un poco de información sobre todo antes de elegir.

—Va a ser más complicado así y no es que tengamos mucho tiempo —suspiré.

—Sé que todo esto va a ser un dolor de cabeza para ti, pero también sé de lo que eres capaz.

—¿Te despertaste con ganas de adularme?

—No —rio—. Es la verdad. Te conozco, Paige. Siempre das lo mejor y consigues lo mejor.

—No siempre —a él no...

Sé que entendió mi comentario y me recriminé por ello. Me costaba no tirar, de vez en cuando, alguna puya, pero tenía que controlarlo. Íbamos a pasar mucho tiempo juntos durante el próximo mes y yo no estaba dispuesta a amargarme la existencia. La Paige amargada tenía que desaparecer, porque esa no era yo.

—¿Qué harías tú?

La pregunta me cogió por sorpresa, como el pastel de chocolate blanco que mi madre trajo para compartir.

—Hacía años que no lo comía —sonreí al ver el dulce.

—No es malo volver a las viejas costumbres —sonrió, avergonzado.

—Zach...

—Una tregua, Paige. Después de la boda puedes odiarme todo lo que quieras, pero dame esta tregua. No quiero estar cerca de ti y que nos sintamos mal.

Yo tampoco quería ni necesitaba eso.

—Está bien —acepté.

Era un poco egoísta por su parte, porque todo era para conseguir lo que quería. Pero también lo necesitaba yo, así que iba a ceder.

—¿A qué esperas para atacar? —rio.

Siempre era la primera que cogía un pedazo de pastel y esa vez no era diferente. Me lo metí en la boca y gemí, poniendo los ojos en blanco. Dios, eso estaba de muerte.

Cuando volví a mirarlo, sus ojos sobre mí. Demasiado serio, apretando la mandíbula. ¿Qué era lo que le había molestado?

—¿Está bueno? —preguntó con la voz ronca.

—Más bueno que nunca —sonreí avergonzada.

Cogió un pedazo y lo metió en su boca y yo tuve que cerrar las piernas con fuerzas. No podía mirarlo así, mi mente no debía de pensar en eso. Entre él y yo no volvería a ocurrir de nuevo.

Un par de carraspeos e intenté centrarme.

—¿Qué harías tú? —repitió, cortando la tensión que se había creado entre nosotros.

—¿Sobre qué exactamente?

—Sobre la boda.

—¿Sobre tu boda? —asintió con la cabeza— No podría decirte, Zach. A ti te conozco un poco —porque después de lo que ocurrió me di cuenta que no tanto como creía—, pero a ella no. Cuéntame cómo es. Dónde nació. Dónde se crio. Sobre su familia. Qué le gusta... Cómo se llama, eso lo primero.

—Samantha, se llama Samantha —nombre de modelo, obviamente.

—Sam entonces. Cuéntame sobre ella. ¿Alguna foto para que pueda ponerle cara?

—Eh... Sí —cogió su móvil y me mostró a una belleza rubia impresionante.

Como para no ser modelo... Era la mujer que todas queríamos ser de pequeñas antes de que entendiéramos que todas somos especiales siendo diferentes.

—Vaya... Es realmente preciosa —y no sabía si eso era bueno o no.

—Sí —sonrió.

—Cuéntame sobre ella un poco... —seguro que también era perfecta en otros aspectos...

—Sam es... Especial. Es una gran mujer. Luchadora, simpática, lo da todo por los demás aunque ella termine sin nada —se le iluminaban los ojos al hablar de ella, era verdad que la quería y eso dolía mucho—. Siento que la conozco de siempre, ¿sabes? Como si fuese mi destino.

—¿Qué hay sobre su familia? —menos mal que no me tembló la voz.

—Es hija única, muy buena relación con sus padres aunque a veces la sacan de quicio —sonrió—. No viven cerca, así que no se ven demasiado, pero la relación es muy buena.

—¿Americana?

—Sí. Tiene carácter y un humor un tanto negro —enarcó las cejas, como si le recordase a mí—. Lo ha pasado mal, tuvo una decepción amorosa que la marcó y ahora, aunque tiene miedo a sufrir, se va a arriesgar.

—Contigo.

—Sí.

Era irónico que el hombre que me había destrozado el corazón a mí fuese quien curaba el de otra mujer rota.

—¿Qué le gusta?

—Su trabajo, le apasiona —*como a todas las modelos, pensé*—. Es exigente, sobre todo consigo misma. Pero en su vida personal deja de ser esa mujer y se convierte en alguien diferente.

—¿En qué sentido?

—Solo ahí, con los suyos, se permite mostrarse vulnerable.

Eso me sonaba mucho, a mí me ocurría lo mismo.

—Creo que eso nos pasa a todos, con los demás solemos usar una máscara que nos oculta. Así evitamos terminar heridos.

—Sí, sois el claro ejemplo de que sí —dijo leyéndome la mente.

Con él no había tenido nunca que usar esa máscara hasta ahora, era lo triste de todo aquello.

—¿Y no sabes qué le gustaría? ¿Con qué tipo de boda sueña?

—Con algo sencillo y familiar. Tiene que ser especial. Ella lo es —aseguró.

Sí, para él sí. Se notaba que esa mujer significaba mucho para él.

Y cómo dolía eso...

—Nos quedan menos de dos semanas, Zach, voy a tener que trabajar a contrarreloj —resoplé—. Mañana te veré y te traeré algunas propuestas. Lo primero es elegir dónde se realizará la ceremonia y dónde el convite. Y a partir de ahí, volverme loca —puse los ojos en blanco—. Por cierto, ¿su familia asistirá? ¿Y qué hay sobre el vestido de novia?

—Lo tiene, lo trae ella.

—Menos mal, algo es algo. ¿Tú ya lo tienes?

—No, pero iré en estos días.

—Perfecto. ¿Muchos invitados por su parte?

—Pocos, llegarán con ella. Sus padres y algunos amigos íntimos, nada más. Tengo todo anotado.

—Por esa parte no vamos a necesitar las invitaciones, un alivio. ¿La luna de miel?

—La atrasaremos un poco, temas de trabajo.

—Otro dolor de cabeza menos. De todas formas, hay muchas cosas que hacer.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Ir conmigo dónde?

—A lo que sea que tengas que mirar. Me gustaría estar en todo el proceso.

—¿No tienes que trabajar? —no sabía nada sobre él.

—No, estoy de vacaciones.

—Ah... —suspiré, una cosa era pasar mucho tiempo con él y otra todo el tiempo de esas dos semanas, porque sería así si quería estar presente en todo— No sé si...

—Me portaré bien, lo prometo —hizo la señal de la cruz en su corazón, como si las promesas que me hiciera me las pudiese creer, había roto más de una—. Me quedaré en un segundo plano, no te molestaré mientras haces tu trabajo.

—Pero...

—Es mi boda, Paige. Quiero estar en todo.

No era la primera persona que quería hacerlo y más de uno me había sacado de mis casillas, pero eran gajes del oficio.

—Vale, pero no te conviertas en un grano en el culo.

—Eso no lo puedo prometer, sabes que soy algo neurótico —rio.

—¿Solo algo? —puse los ojos en blanco.

Zach era un controlador de primera, le gustaba tenerlo todo bien atado.

—Los años me han relajado —sonrió—. Pero prometo que no seré un grano doloroso.

Estaba ahí, frente a mí, con ese porte magnífico. Una camisa negra abierta por arriba, su pelo ondulado revuelto y esos ojos grises mirándome fijamente...

Iba a ser más que un grano doloroso. Se iba a convertir en un quiste.

—Vamos, Paige. Después de todo esto podrás pegarme si quieres, pero permíteme ayudarte. Organicemos la boda juntos.

—¿Quieres sacarme de mis casillas pronto y que te deje tirado con la boda sin preparar o simplemente pretendes volverme loca? —resoplé.

Zach soltó una carcajada y yo no tuve más remedio que sonreír al verlo tan relajado conmigo.

—Me aburro, no sé estar sin hacer nada —eso lo sabía muy bien, era un culo inquieto—. Ni siquiera notarás que estoy, de verdad.

Eso sí que era complicado. Él nunca sería invisible para mí.

—Está bien, pero deja al controlador en casa.

—Ni cuenta te darás de que estoy —repitió, seguro—. ¿Por dónde empezamos?

Ya estaba feliz y animado y yo era gilipollas. En vez de mantenerlo alejado, aceptaba tenerlo más cerca. ¿Me estaba poniendo a prueba a mí misma o qué demonios pasaba conmigo?

—Pues primero tendría que estudiar qué hay en la ciudad, tendría que hacer algunas llamadas, concertar algunas citas... Es trabajo de chinos.

—No estás sola, somos dos, lo haremos más rápido.

—En realidad somos tres.

—¿Tres? —frunció el ceño.

—Tim —resoplé—. También se aburre.

Zach rio a carcajadas, haciéndome reír a mí también.

—¿Cómo está ese loco?

—Igual, no cambia...

—Tengo ganas de verlo.

—Pues pongámonos en marcha.

—No —fui a levantarme, pero me quedé quieta al escuchar su rotunda negativa—. No sin

terminar esto —señaló el pastel.

—No seré yo quien cometa ese crimen —me metí otro pedazo en la boca y disfruté del dulce ignorando lo nerviosa que me ponía la mirada de Zach mientras lo hacía.

Momentos después, con el estómago a punto de explotar, me despedí de mi madre y caminando, Zach y yo fuimos hasta mi casa.

—Nunca pensé que te convertirías en organizadora de bodas —dijo mientras caminábamos.

—Supongo que nadie, todos creían que terminaría la carrera y que ejercería como enfermera. Sorpresas que da la vida.

—Era tu destino.

—Tal vez... ¿A qué te dedicas tú? ¿Terminaste los estudios?

—Sí, me costó un par de años más de lo esperado, pero acabé. He estado como interino en distintos hospitales del país, pero después de la boda, si todo sale bien, me trasladaré a Nueva York —joder, menos mal que la ciudad era grande y no tenía por qué encontrármelo. Lo mío era el colmo de la mala suerte—. Me han ofrecido una plaza como director del servicio de cardiología en el Presbyterian y creo que voy a aceptarla.

—¿Aún no lo hiciste?

—No, tengo margen para ello y prefiero que pase toda esta locura antes.

—Oh... Debes de ser bueno para un puesto así.

—Soy como tú, Paige. El mejor —me guiñó un ojo—. He trabajado duro para ello y lo he conseguido.

—Sam se muda contigo, supongo.

—No.

—¿No?

—Ella ya vive allí.

—Ah, bueno, me habías asustado. No funcionan los matrimonios a distancia.

—Haré todo lo que sea necesario para que mi matrimonio dure para siempre. Haré lo que sea por verla feliz.

Me quedé en silencio, agradeciendo que casi hubiésemos llegado. No iba a negar que Zach era un buen hombre, pero no lo fue conmigo. Al menos lo sería con alguien más.

Abrí la puerta de la casa y recé para que esa locura no me hiciera perder la cabeza.

—Pues empecemos a buscar la boda perfecta para que la hagas feliz —lo invité a entrar y me olvidé, en ese momento, del inmenso dolor que sentía en mi pecho.

Capítulo 10



—¡Joder!

El impropio grito por Tim cuando fui a cerrar la puerta me hizo dar un bote.

—¿Se puede saber por qué gritas así? —exclamé tras abrir la puerta del todo.

—Casi me rompes la mano, ¿te parece poco? —entró en casa— A ver cómo lo hacemos si estropeas estas maravillas —mover sus dedos exageradamente delante de mi cara—. Oh —miró a Zach, me miró a mí y volvió a mirarlo a él—. A la última persona que esperaba ver aquí es a ti.

Una enorme y preciosa sonrisa en la cara de Zach.

—Tim... —se acercó a él sin dejar de sonreír— Veo que sigues siendo el mismo dramas de siempre —rio.

—Tú sigues siendo un capullo, así que todo está igual.

Zach soltó una carcajada y los dos se abrazaron. Habían sido, desde siempre, muy buenos amigos. Los tres habíamos estado juntos desde pequeños. Los padres de Zach se habían mudado a Montgomery cuando estudiábamos en primaria y desde ese momento nos convertimos en inseparables. Zach había encajado muy bien con nosotros.

Mientras Tim era el hermano protector, Zach era quien me sacaba de mis casillas. Alguna que otra vez habían usado los puños entre ellos por mi culpa, pero nada grave. Y con el paso de los años, la cosa cambió. Porque Zach se convirtió en mucho más.

—Tenía ganas de verte.

—Yo a ti también, Zach. Aunque sigo teniendo más de asesinarte —resopló.

—Tranquilo, después de la boda los dos tenéis permiso para hacerlo.

—Me acabas de alegrar el día —rio—. ¿Qué haces aquí? —le había pasado el brazo a Zach por el hombro y caminaban hacia el salón.

—Le hice la pelota a Paige para que me dejase estar presente en toda la organización de la boda —se sentaron y Tim me miró fijamente.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Y ha aceptado —miró a Zach, refiriéndose a mí— así, sin más? —volvió a mirarme— Si quieres golpear algo, aún estás a tiempo.

Puse los ojos en blanco y me dejé caer en el sillón que había frente a ellos.

—Aquí el novio ni siquiera sabe si quiere una boda por lo civil o por lo religioso. Y con el poco tiempo que tenemos, todo ayuda es buena —suspiré.

—¿Y la novia?

—Mejor ni preguntes —sonreí a Tim.

—Ya te contaré con unas cervezas —rio Zach.

—Eso seguro, me tienes que poner al día. ¿Entonces por dónde empezamos?

—Por el principio, Tim.

—¿Y cuál es ese, Paige? Porque te recuerdo que nunca me has dejado meter las narices en tu trabajo.

—Ni te dejaré nunca más, esto porque es una emergencia —le aseguré.

—Veo que las cosas entre vosotros no cambian —la diversión en la voz de Zach.

—En realidad van a peor, créeme —resoplé.

—A peor porque mientras más se acerca a la menopausia, más insoportable estás. Cosas de hormonas, ya sabes.

Yo lo miré con ganas de asesinarlo, Zach moría de la risa.

—Había echado de menos esto.

—Supongo que todos —Tim me miró y sonrió con tristeza.

Negué con la cabeza, no era momento para ponernos tristes.

—Vamos a ello que se nos echa el tiempo encima.

—Dinos, ¿qué hacemos? —preguntó Zach, serio.

—Tim, busca todas las iglesias de la ciudad. Zach, ponte a mirar todos los sitios donde pueda celebrarse el banquete. Hacedme capturas de pantalla para enseñármelos mientras yo voy por algo para beber.

—A sus órdenes —dijeron a la vez, haciéndome sonreír.

Era como si hubiésemos viajado años atrás, sin que nada hubiese ocurrido entre Zach y yo. Pero solo era eso, una ilusión, la realidad era otra.

Ese hombre no era el mismo del que me enamoré, no era el mismo que me abandonó. Era otro muy distinto, enamorado de alguien a quien quería hacer feliz. Y me necesitaba a mí para preparar el día más importante de su vida.

Surrealista pero cierto.

Con una jarra de té helado y unos vasos en la mano, llegué al salón. Los dejé en la mesa y me senté frente a ellos.

—¿Qué tenemos?

—Aún poco, Paige, pero en un momento te tendré todo preparado.

Nos centramos tanto en el trabajo que el tiempo se nos pasó volando. Todos pendiente a los móviles, yo con la tablet también. Conecté todo a la impresora de mi padre y comencé a imprimir cada lugar que habían encontrado.

Un par de horas después, teníamos decenas de fotos sobre la mesa. La cara de Zach era un poema.

—¿No te gusta ninguno?

—No sé, Paige. Es un poco como... ¿Demasiado? ¿Cómo demonios eres capaz de trabajar y no volverte loca?

—Porque está loca de nacimiento, más loca no sé si sería posible ya —rió Tim.

—Pero si solo estamos empezando, agóbiate cuando empecemos con los detalles. Es tu momento para salir corriendo y dejarlo todo en mis manos.

—No —negó Zach inmediatamente—. Quiero hacerlo contigo. Con vosotros —rectificó rápidamente.

—Bueno, entonces céntrate y deja la ansiedad. Aquí he separado los lugares por montones:

iglesias, por lo civil. Este tercer montón son lugares al aire libre que he buscado yo donde se puede celebrar los dos tipos de ceremonia.

—Eso me suena más interesante —sonrió él.

—Sí, personalmente es lo que más me gusta.

—Si ella se casara, seguro que lo haría así —confirmó Tim.

—Pero no es mi boda —le recordé— Solo lo busqué porque es otra opción.

—Una opción bastante interesante —Zach cogió los montones y comenzó a mirar foto por foto. Tim y yo nos tomamos un respiro y lo observamos mientras su rostro cambiaba. Lo mismo fruncía los labios con disgusto que negaba rápidamente con la cabeza desechando otro lugar, que lo mismo se mordía el labio, pensativo. Ese lugar le había llamado la atención, seguro—. Este para iglesia, este para lo civil.

Los cogí y los observé. Muy él...

—Pero me interesa este montón —señaló el de los lugares al aire libre.

—Sería un poco más sencillo por la fecha, pero que eso no te condicione.

Cogió el montón y esparció los folios por la mesa. Se le habían iluminado los ojos al mirarlo, no lo conocía tan mal. En eso seguíamos siendo parecidos.

—¿Cuál elegirías tú, Paige? —preguntó como si nada.

—¿Yo? Ninguno. No hasta verlos. Solo estando allí puedes sentir si ese lugar es el idóneo o no para ti.

Levantó la mirada y la fijó en mí.

—¿Y a qué esperamos?

Su voz había sonado ronca, no era cosa mía, ¿verdad? Sentí como si insinuase...

El carraspeo de Tim rompió el momento.

—Pues con la hora que es, a comer.

—Ya comeremos algo fuera —le replicó Zach.

—Eso vosotros, porque mi madre ha hecho, otra vez, mi plato favorito y no voy a poder escaquearme —resopló.

Y conociéndola, sabía que era así.

—¿Podemos ir nosotros? —me preguntó Zach.

—Y debemos. No podemos perder más tiempo —me levanté y cogí todos los folios, venían conmigo—. Dime que tienes coche para poder movernos.

—Voy por él, no tardo. Te espero fuera. Tim —le dio unas palmadas en el hombro—, nos vemos más tarde.

—No la estreses mucho —le advirtió.

—Lo intentaré —rio el otro y me miró—. Cinco minutos —dijo antes de marcharse.

Me quedé mirando por donde había salido y suspiré.

—Paige...

—Estoy bien —dije rápidamente—. De verdad que lo estoy. Me está costando menos de lo que me imaginaba. Tal vez lo tengo más superado de lo que creía.

Tim me observó, no me creía. Pero era cierto. Aunque me costase en algunos momentos, en general no lo estaba pasando tan mal como pensé que ocurriría.

—Me alegro si es así, pero a la mínima...

—Te lo cuento —sonreí.

Preparé mi bolso y salí de casa. Tim se marchaba cuando Zach apareció con un flamante Mercedes negro de alta gama.

—Dime que es alquilado —me senté con miedo de no arañarlo.

—Es alquilado —rio—. Tranquila, puedes ser todo lo patosa que quieras.

—No soy patosa, son las cosas que siempre están en medio.

—Será —seguía riendo—. Pero no te dejaría ser tan libre en mi Aston Martin —no podía ser, ¿tenía ese coche?— ¿Adónde vamos? —sonrió.

—Tú conduce que ahora te indico —suspiré, se tenía que estar riendo de mí.

Comencé a mirar los folios para preparar, mentalmente, una guía turística.

Teníamos muchos lugares que ver y el día era corto, así que no podíamos perder demasiado tiempo.

—Creo que primero deberíamos visitar la iglesia y el juzgado que elegiste. Después de eso, podemos centrarnos en lo demás.

—Perfecto. ¿Y si comemos antes?

—No, señor. Comeremos mientras.

—¿Mientras? ¿Qué quiere decir mientras?

—Espera y verás —sonreí—. Hacia la iglesia.

—Como ordenes —dijo divertido.

Ahora sí que empezaba la organización de la boda.

—¿Así que de esto se trataba el comer mientras?

Habíamos llegado a un lago precioso con una extensa zona verde que me había llamado mucho la atención. Ya habíamos visitado la iglesia, el juzgado desde fuera que quedó descartado antes de que bajásemos del coche y un par de sitios más.

Donde estábamos no era por él, era por mí. Me había enamorado de ese lugar y quería conocerlo. Quería saber si sentiría que era el idóneo estando allí. El idóneo para mis sueños, solo para eso, porque nunca sería real.

Compramos, por el camino, un par de bocadillos y nos lo comimos apoyados en el coche, mirando ese precioso lugar.

—Cuando tienes un trabajo como el mío, tienes que comer en cualquier lado. No está tan mal, ¿no?

—No me voy a quejar, yo he tenido que comer hasta en un quirófano —rio.

—Pero conseguiste estudiar lo que querías.

—Sí, con mucho esfuerzo pero sí.

—En la vida no se consigue nada si no se pone toda la intención.

—Sobre todo cuando es algo que deseas con todas tus fuerzas, tienes que trabajar más duro aún.

—Sí —sonreí. Me agaché y me senté en el suelo, Zach hizo lo mismo y nos mantuvimos un rato en silencio.

—Este lugar es precioso, Paige.

—Sí, bueno —sonreí avergonzada—. Quizás nadie lo elegiría para una boda, pero... Si eligiese yo, sería este lugar —casi susurré—. Perdona, no tenía que haber dicho eso.

—Di siempre lo que sientes, Paige. Además, confío en tu criterio.

—Pero será tu boda —le recordé—. ¿Qué piensas cuando miras allí? —señalé al lago— ¿Qué sientes?

—Paz —dijo rápidamente—. Me imagino una carpa justo allí —señaló con la mano y sonreí, había imaginado lo mismo.

—De flores rojas y blancas —dejé a mi imaginación volar, como si me viese allí—. Una boda perfecta en un ambiente familiar, como querías. Un violinista tocando música de fondo y la novia saliendo de esa cabaña para dar el “Sí, quiero” al hombre de su vida —reí y negué con la cabeza—. Eso es lo que me evoca a mí.

—¿Te casarías ahí?

Solté una carcajada nerviosa.

—Yo no me casaré nunca, Zach. Lo he decidido así.

—¿Una organizadora de bodas que no cree en las bodas?

—Una organizadora de bodas que no cree en el amor —le aclaré.

Me levanté de un salto y me acerqué al lago.

—¿Tanto daño te hice, Paige? —susurró tras de mí.

—Eso ya no importa —me giré y lo miré, sonriendo—. No se lo hagas a la mujer con la que vas a compartir tu vida.

—No lo haré —juró.

—Pues con eso queda todo atrás —terminé el bocata—. ¿Miramos un par de ellos más antes de que anochezca?

—Sí —sonrió—. Y mañana te diré con cual nos quedamos.

—Perfecto. Pues arreando que es gerundio, no podemos andar de cháchara con todo lo que hay que hacer.

—Siempre serás un culo inquieto —rio.

—Ah, no. Te aseguro que si no fuera por mi trabajo, no me movía en días del sofá. La edad empieza a hacer mella —reí.

Entramos en el coche y arrancó.

—La edad solo ha mejorado lo que ya creía perfecto —me miró intensamente y yo debí de ponerme del color de la grana al juzgar por cómo me ardían las mejillas.

Desvió la mirada y nos pusimos en marcha. Me temblaban un poco las manos, así que me crucé de brazos. Una simple frase tonta de ese hombre y me ponía nerviosa. ¿Cómo podía afectarme tantos años después? ¿Cómo con lo que me hizo?

Zach estuvo, en todo momento, pendiente a todo. A cada detalle, interesado en conocer sobre cada sitio. Los hombres solían agobiarse con los preparativos del enlace, pero él parecía disfrutar. Ya se desquiciaría con el paso de los días.

Aparcó delante de mi casa y lo miré cuando resopló.

—¿Agobiado?

—No, nervioso. Espero acertar con la decisión.

—La tomarás con ella, será fácil.

—Si es con ella, más de lo que crees —patada agonizante en mi estómago—. ¿Mañana qué hacemos?

—Pues cuando me digas dónde, nos encargaremos de buscar dónde celebrar el enlace. Y a partir de ahí... Menú, flores, música...

—Joder, ¿nos va a dar tiempo a todo? —preguntó preocupado.

—Para eso me contrataste —le recordé—. Te espero mañana.

—Paige, espera... —me cogió del brazo antes de que abriese la puerta— Gracias.

—Solo hago mi trabajo, Zach —le recordé, tensa por cómo me estaba mirando.

Tenían que ser imaginaciones mías, no podía haber anhelo en esa mirada. Sería agradecimiento y yo, que era imbécil, lo confundí.

—Aun así, gracias por lo que estás haciendo. Será un día muy importante para mí.

Asentí con la cabeza y salí del coche.

—Y para mí —suspiré cuando cerré la puerta.

Tenía ya ganas de verlo en ese altar, jurando amor eterno y fidelidad para así poder, por fin, darle carpetazo a nuestro pasado. Solo eso podría ayudarme a guardar su recuerdo, de una vez por todas, bajo llave.

Capítulo 11



—Buenos días, Paige.

Levanté la mirada de los folios que tenía delante cuando me interrumpió la voz cantarina de Zach. Mi madre acababa de salir para el trabajo, así que le habría abierto ella la puerta.

Estaba más guapo que el día anterior, si es que eso era posible. Con su vaquero roto y una camiseta de los Rolling Stones, ese pelo rebelde despeinado y recién afeitado...

Joder, normal que la modelo se casase con él. Si ese hombre estaba para comérselo a bocados.

Siempre había sido guapo y sexy, pero eso ya era otro nivel.

Me regañé a mí misma por pensar en él de esa manera. Era mi cliente. Ni siquiera era ya mi amigo. Era un futuro novio, a ver si me lo metía ya en la cabeza.

—Sí que parecen que son buenos —soné más brusca de lo que quise, enfadada conmigo misma.

—Pues sí —seguía feliz, ignorando mi repentino mal humor—, ya hemos decidido dónde celebraremos la boda. La verdad es que no nos ha costado mucho —se sentó frente a mí y sonrió—. Y estoy feliz.

—Se nota —no pude evitar sonreír al verlo tan contento. Por más daño que me hiciera en el pasado, no podía desearle ningún mal—. ¿Y dónde será la boda?

—En el lago, por supuesto.

—Por supuesto.

No sé cómo no gemí. El destino con sus bromas, ¿por qué tenía que elegir, precisamente, mi lugar favorito? No habíamos estado ahí para eso, pero ¿cómo se lo iba a explicar? ¿Cómo le iba a decir que mientras preparaba su boda visitaba lugares para una imaginaria mía?

No tenía ningún sentido.

—¿No te parece bien?

—¿Eh? No, no, yo no dije eso. Ya sabes que me encanta ese lugar.

—Sí. Es que mientras lo ibas describiendo, lo iba imaginando. Fue... Extraño.

—Eso es lo que siento cada vez que organizo una boda —así que podía entenderlo muy bien —. No me puedo ni imaginar cómo os sentís los que vais a casaros —reí, nerviosa.

—Con miedo —dijo seriamente.

—¿Miedo al matrimonio? Me lo han dicho muchas veces.

—No —negó con la cabeza—. Miedo a que ella diga que no —dijo sorprendiéndome.

—Si ya aceptó casarse, ¿por qué iba a decir que no?

—Hasta que no digan “Yo os declaro marido y mujer” y bese a la novia, no me quedaré tranquilo —suspiró.

—Zach, nadie se atrevería a dejarte tirado en el altar —rodé mis ojos.

—No tengo eso muy seguro. Pero ese no es el tema. ¿Qué es esto?

—Nada —le quité el folio.

—Pero quiero ver ese lugar.

—No está disponible —dije rápidamente.

—¿Ya llamaste?

Sí.

—No —¿por qué no podía mentir? Nunca había tenido esa habilidad.

—¿Entonces por qué sabes que no está disponible?

—No es un lugar que la gente elija para celebrar nada. Solo... —me callé y como él me miraba fijamente, esperando mi explicación, no tuve más remedio que dársela— Me gustó, pero no vamos a perder el tiempo en lo que me gusta a mí.

—¿Por qué no? —¿y por qué lo preguntaba extraño? ¿No era obvio?

—Porque no es mi boda, Zach.

—Entiendo...

—Pues menos mal —a ver si dejaba el tema a un lado.

—Pero es la mía.

—No lo he olvidado en ningún momento.

—Y yo no quiero dejar nada de lado, así que si a ti te gusta, seguro que es porque merece la pena.

—No, eso depende de cada novia.

—Quiero verlo, Paige —cabezota como él solo.

—No, Zach.

Se levantó lentamente y se acercó a mí. Se paró a mi lado y yo levanté la cabeza. Tragué saliva mientras se agachaba, nuestros rostros muy cerca.

—Lo veré—dijo con voz ronca y porque me cogió desprevenida, me quitó el folio de las manos.

—Joder, Zach, dámelo —dije enfadada. Me levanté y lo seguí para quitárselo.

Forcejeé con él y terminó con su brazo alrededor de mi cintura, nuestros cuerpos pegados y mi respiración atascada en la garganta. Estábamos demasiado cerca.

Fui a separarme, más enfadada aún que antes, pero él apretó el abrazo.

—Dime la verdad. Dime por qué no quieres que lo vea.

No quería, como tampoco quería estar tan cerca de él.

—Suéltame, Zach.

Olía su perfume, usaba aún el mismo. Hombre de costumbres...

Podía sentir su aliento, si me acercaba un poco más, podría quitarme la duda de si sus besos sabían igual que siempre.

—Estás preciosa... —acarició mi rostro con la mirada.

—Que me sueltes —lo que menos necesitaba es que se pusiese “romántico”.

—No lo haré. No hasta que me digas por qué te molesta que vea ese lugar.

—Porque no es para tu boda. ¡Joder! —exploté— Me gustó a mí, como me gustó el lago. Ni siquiera tenía que haberte llevado allí.

Me soltó lentamente y una torcida sonrisa se formó en su cara. Temí que mis piernas flaqueasen.

—Lo vamos a ver. Para tus clientes quieres lo mejor, ¿verdad? Y lo mejor también es lo que tú quieres para ti.

—Gilipollas —rugí—. Eres un tremendo gilipollas. ¿No tienes bastante con que tenga que organizar tu boda con otra que también vas a elegir lo que soñaría yo?

Él se encogió de hombros.

—Si me gusta, sí. No tengo culpa de que a Sam y a mí nos gusten las mismas cosas que a ti.

—Gilipollas de primera eres.

Y me jodía todo más porque tenía razón. No podía no mostrar las cosas porque yo me las quisiese guardar para mi boda imaginaria. Sobre todo porque me daba coraje que el tío que rompió mis sueños fuera a hacerlos realidad con otra.

—¿Nos vamos? —preguntó inocentemente.

—Capullo —resoplé, haciéndolo reír.

Recogí los folios, mi bolso y salimos de casa. Me esperaba un día amargante.

Y no me equivoqué, apenas estuvimos en los restaurantes y salones de celebraciones el tiempo justo.

—No me puedo creer que hayamos visto todo y aún no es ni media tarde —me estaba poniendo el cinturón de seguridad de su coche cuando salimos del último salón que habíamos visitado.

—Les faltaba algo —dijo tranquilamente.

—¿Les faltaba algo? Hay dos de esos lugares que son perfectos, te lo aseguro.

—¿Cuáles?

—Este, por ejemplo —le enseñé la foto—. Te juro que me habría quitado muchos dolores de cabeza con un lugar así en Nueva York, incluso sería perfecto celebrar la ceremonia allí.

—Demasiado pomposo, no veo a la novia allí.

No podía rebatir eso con el cliché de que seguro que le iría bien, él era un médico de prestigio y ella modelo internacional. Si no eran pomposos ellos, ¿quiénes iban a serlo?

—¿Y este? No me digas que es pomposo. Es... Jodidamente perfecto. Imagina la orquesta...

—No.

—¿Por qué no?!

—Porque no y ya.

—Pues ya hemos terminado entonces —a ver si colaba...

—Nunca fuiste buena mintiendo, Paige, menos aún conmigo.

—No sé en qué crees que te estoy mintiendo.

—Nos queda el lugar que te quieres guardar para ti.

—Zach...

—Quiero lo mejor para mi boda, Paige. ¿No lo entiendes?

—¿Y lo mejor tiene que ser precisamente ese?

—Pues no lo sé, pero al menos tendré que verlo.

—Está bien —suspiré, dejando a un lado mis tonterías de cría de quince años—. Vamos allá.

—¡Sí! —gritó, emocionado.

Yo le habría cogido la cabeza y se la habría estampado contra el cristal del coche.

Tardamos un poco en llegar, pero nada más hacerlo, supe que ese era el lugar perfecto.

Imitaba a una enorme cabaña de madera, la recepción podía hacerse al aire libre, en un hermoso jardín con fuentes. Y si era espectacular por fuera, por dentro era realmente increíble.

—Es perfecto, Paige.

—Sí que lo es. Y esto no tiene nada que ver conmigo, Zach. Puede que sea perfecto para ti, pero ¿y para la novia?

Él me miró fijamente.

—Quiero este lugar —fue lo único que dijo antes de volver al coche.

—Como quieras...

Me monté y me mantuve en silencio hasta que me dejó en casa. Me bajé del coche sin decirle nada, cerrando la puerta de su flamante Mercedes de un golpe.

Sentía que iba a explotar cual olla a presión.

—Hola, papá. Hola, mamá —los saludé al pasar por el salón.

—Hola, cariño, ¿estás...?

Muy bien, sí, estaba muy bien, pero necesitaba estar sola.

—Estúpido idiota. Maldito imbécil egocéntrico y egoísta...

—Bueno, ¿y qué te hice o para eso?

—¡Joder! —casi me dio un jodido infarto cuando escuché a Tim. Había entrado en la cocina y no me lo esperaba.

—Ya sabes lo que se siente cuando ocurre al contrario —se mofó.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

—¿Solo? ¿En la cocina?

—Te vi bajarte del coche de Zach y por cómo lo hiciste, supuse que era mejor hacerlo aquí. Es a él a quien insultas, ¿no? ¿Qué hizo esta vez?

—El imbécil, como siempre —abrí una lata de refresco y me senté frente a Tim—. Mira que le mostré lugares, pues nada.

—¿No ha elegido?

—Oh, sí que lo ha hecho. Se supone que lo han hecho los dos, que empiezo a dudarlo. Porque el muy idiota no ha tenido peor idea que elegir los lugares que no eran para él.

—Ah... No entiendo —pestañeó Tim—. Si no eran para él, ¿para quién eran? —agaché la mirada. De repente, la lata de refresco se me antojó bastante interesante. Nunca me había fijado en lo brillante que era el metal— No me jodas, Paige —soltó una carcajada.

—No es lo que imaginas.

—Eso espero. Dime que no estabas mirando lugares para ti.

—Claro que no —dije ofendida.

—Menos mal, por un momento me lo había creído y me había hasta asustado.

—Al menos no es exactamente así —carraspeé.

—Ah... ¿Y cómo es entonces?

—Solo fue un par de sitios que encontré y que quería conocer porque... Porque... —Tim esperó impacientemente— Joder, porque me gustaban para mi boda imaginaria —reconocí.

Y sonaba bastante estúpido dicho en voz alta.

—Lo peor de todo es que no me sorprende —reía Tim.

—Ha elegido todo lo que yo quería.

—Y eso te molesta.

—Claro, Tim, ¿no lo entiendes? Estaré allí sintiendo que organizo la boda que me gustaría para el hombre que me dejó tirada y que es el culpable de que nunca me case mientras él disfruta de la boda que yo había imaginado con otra. Joder, es que todo esto es surrealista.

—Para una novela, sí —se descojonaba.

—¿Crees que lo está haciendo por joderme?

—¿Por joderte? No entiendo con qué fin. Y tampoco es el culpable de que no te cases. Eso es solo cosa tuya.

—No empecemos con eso —le advertí.

—Entonces no digas tonterías porque ya hemos discutido muchas veces sobre esto. Y ahora vuelves a hacerlo con tu boda imaginaria.

—¿Hacer qué?

—Culparlo a él de algo que es culpa tuya. Si no querías que él lo viera, ¡ten más cuidado con las cosas! Pero lo estás haciendo porque querías ir allí con él.

—¿Pero de qué hablas?

—De que eres tú, como siempre, quien se aferra al pasado. Le estás mostrando, a lo mejor inconscientemente, cómo quieres tu boda con la esperanza de visitar esos sitios con él porque claro, en tu boda imaginaria, los novios sois vosotros.

—Eso que dices es de enfermos —dije asustada.

—Es lo que pienso —se encogió de hombros—. Y que conste que hasta te entiendo, pero... Después no te quejes si a los verdaderos novios les gusta lo mismo que a ti.

—A veces te odio.

—Lo sé —sonrió, se levantó y me dio un beso—. Pero seguiré siendo la voz de tu conciencia.

Lo odiaba porque siempre daba en el clavo.

Y es que todo ese asunto de la boda de Zach iba a hacerme perder la cabeza por completo.

Tenía que tomármelo de otra manera y tenía que dejar a un lado mis ensoñaciones.

Era evidente que quería que ese día fuese el más feliz de su vida. Tampoco podía ocultar que soñaba con hacer suya a esa mujer. Y que, aunque me costase creerlo, tenía miedo al rechazo.

Yo solo era la organizadora de bodas. Era la mejor en lo mío. Y si para ello tenía que mostrar mis propios deseos para ayudar a conseguir la boda de sus sueños, lo haría.

Iba a organizar esa boda, como prometí. E iba a ser perfecta, no me importaba el precio a pagar. Porque egoístamente, solo con él casado podría sacarlo, para siempre, de mi mente y de mi corazón.

Capítulo 12



—Paige, Zach está aquí.

—¿Aquí dónde? —le pregunté a mi madre.

—En la cocina desayunando —sonrió—. Llego tarde, cariño, ¿nos vemos a la hora de comer?

—No creo, mamá, seguramente para cenar.

—¿Estás bien con...?

—Sí, tranquila, todo está bien.

Me tiró un beso y yo otro, me levanté de la cama y bajé las escaleras tras ella.

—Que te vaya bien.

—¡A ti también! —exclamó antes de cerrar la puerta.

Fui hasta la cocina y allí encontré al objeto de todo mi caos.

—No sabía que había tarta de zanahoria —fruncí el ceño al verlo devorarla.

—Tu madre dice que la hizo por si venía —sonrió ampliamente.

Mi madre... Nunca olvidaba un detalle. Desde niños, era el postre favorito de Zach y yo no sabía cómo nunca había engordado cuando era capaz de comerse la tarta el solo.

Yo no sabía si me molestaba más que mi madre siguiese teniendo detalles con él o que a mí me siguiese dando un vuelco el corazón cada vez que lo miraba. Porque ese hombre estaba más guapo cada día...

—¿Quieres? —preguntó con la boca llena.

—No —puse cara de horror, no era de mis favoritas.

—Mejor para mí —y tan feliz...

—¿Hablaste con Sam? —me serví una taza de café y me senté frente a él.

—Sí.

—¿Y? —como no dijo nada más...

—Aunque no te guste, lo celebraremos allí, Paige.

—Está bien —sonreí, avergonzada.

—¿No te enfadas?

—No, actué como una cría y lo siento. Es solo que...

Bebí, mejor mantenerme callada.

—Tampoco es fácil para mí, ¿sabes?

—¿Los preparativos? No lo son para nadie.

—No, Paige. Me refiero a estar cerca de ti y fingir que todo aquello quedó atrás. Ambos sabemos que no es así.

Me gustó su sinceridad, no iba a negarlo.

—No pensé que te resultase complicado. Fuiste tú quien se fue.

—Y soy yo quien no quiere hacerte daño otra vez. Créeme, es lo último que querría en el mundo —estaba muy serio.

—Estoy bien, Zach, no te des más importancia de la que tienes para mí —enarqué las cejas.

—No me molestaría tenerla —me guiñó un ojo.

—No seas capullo —dije con los ojos en blanco—. Así que tenemos ya elegidos los lugares —tenía que cambiar el tema—. Ahora nos queda lo peor.

—¿Qué es lo siguiente?

—Voy a hacer un par de llamadas para reservar el lugar. Espero que nos den pronto fecha para probar el menú. ¿Algo que necesite saber sobre la comida?

—No, nada en especial. Ningún vegano, ningún celíaco... No que yo sepa.

—Bien. Después de eso, nos vamos de excursión.

—¿Adónde?

—Flores, música, regalos para los invitados... Será porque no tenemos trabajo para hacer —resoplé.

Volví a mi dormitorio y tras hacer un par de llamadas, me vestí y bajé de nuevo. Zach me esperaba justo a la puerta de entrada. Me dio un repaso con la mirada y carraspeó cuando llegué a su lado.

—¿Una organizadora de bodas no debe ir menos...? Menos...

—Menos qué —pregunté sin entenderlo.

—¿Menos sexy? —dijo para mi sorpresa— Joder, Paige, dime que es porque así conseguirás que nos hagan descuentos —señaló mi escote.

Bajé la mirada, no veía nada raro. Me hacía un pecho bonito.

—Yo nunca busco descuentos, Zach. Yo busco lo mejor, cueste lo que cueste —abrí la puerta y salí.

—Joder, pues a más de uno nos puede costar la virilidad —resopló a mi espalda.

Negué con la cabeza, pero no pude evitar sonreír. Cosas del ego femenino...

Y la virilidad no, pero a Zach casi le cuesta la cabeza ese día. No sabía cómo había sido capaz de soportarlo. Había terminado con un estado de nervios impresionante.

Si me agachaba para oler unas flores, me ponía un ramo justo en el escote.

—¿Quieres que se anulen bodas por tu culpa? —me había preguntado.

—¿De qué estás hablando?

—Te están comiendo con los ojos, joder —miró al cielo, como si allí fuese a encontrar la respuesta a algo.

—¿Y qué tiene de malo? Pues que miren.

—Como quieras —quitó el ramo—. Después no digas que no te lo advertí.

Dos horas más tarde, casi me pongo a chillar porque quien no despegaba la vista de mi pecho

era él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le había preguntado cuando casi lo saqué a rastras del lugar donde habíamos encargado los regalos que se les entregarían a cada invitado.

—Dijiste que mirar no tiene nada malo. Pues eso hago, mirar.

—Oh, por favor —gemí.

No porque mirase, sino porque mi mente ya había imaginado más de lo que debería. Él estaba jugando conmigo y yo se lo estaba permitiendo.

—Eres imbécil, lo sabes, ¿no?

—Y tan bien que lo sé —resopló.

Capítulo 13



Unos días más tarde, Zach seguía sacándome de mis casillas. Había tenido que recurrir a Tim como apoyo, pero la cosa empeoró. Eran dos contra mí.

Una de las veces tuve que salir a tomar aire para respirar por la ansiedad que me provocaron. Fue el día en que fuimos a elegir las alianzas. La cantidad de anillos que me probé para que el dichoso novio eligiese uno. Y a saber si le servía a la novia, porque mis dedos parecían salchichas, no los tenía precisamente delgados. A ese paso me la veía poniéndose el anillo en el dedo gordo de la mano. No podía entender cómo ni siquiera habían podido hacer eso juntos.

Iba a volverme loca...

Al final terminamos marchándonos sin anillos, ya iría él solo, como dijo. Pues mejor para mí, no quería saber ni qué le compraba a la modelo.

Y mejor marcharnos porque yo me había quedado enamorada de un precioso anillo que había visto en el escaparate, un poco más de tiempo allí y me lo compro para mi boda imaginaria.

Si es que no podía ser más tonta.

Ese día estaba en mi casa tranquilamente desquiciada organizando cómo sentar a la lista de invitados que tenía, lista en plan “padre de la novia”, “madre de la novia”, “mejor amigo de la novia”, “madre del mejor amigo de la novia”, “hijo y nuera del segundo mejor amigo del padre de la novia”... Y menos mal que no era mucha gente la que estaba invitada y la verdad es que conocía a la mayoría. Menos a todos esos que llevaban la descripción con las palabras “de la novia”.

¿Es que ese hombre no se conocía ni el nombre de quienes iban a convertirse en su familia política? Increíble.

Tim había acompañado a probarse el traje de novio a Zach y yo terminaba de ultimar detalles. La fecha estaba cada vez más cerca, ya quedaba poco para que todo eso acabase.

Pensando en cómo se vería Zach vestido de novio, tal vez con un traje gris marengo que debía de quedarle perfecto con esos increíbles ojos, no pude evitar buscar en mi móvil la foto que guardaba desde hacía años.

Era del vestido de novia del que me enamoré en su día, cuando imaginé que Zach y yo terminaríamos juntos. Tal vez estaba pasado de moda, tal vez no porque una novia siempre lucía perfecta y moderna. La verdad es que me daba igual. Si algún día me casaba, cosa que no creía, tenía que ser con ese vestido, precisamente el que guardaba en mi casa de Manhattan.

Sí, exactamente lo que estáis pensando, compré el vestido. En realidad lo pagó mi madre. Estábamos tan emocionadas que no pudimos esperar más. Y me quedé sin boda, sin novio y con un vestido que nunca había vuelto a probarme.

No se podía ser más patética que yo.

Pero bueno, no sería la única persona en el mundo que hacía ese tipo de locuras. Consuelo de tonta, quizás.

Volviendo al tema principal, para mi fortuna, ya estaban casi todos los detalles más importante preparados. Ese noche teníamos la última prueba del menú de bodas y la madre de Tim se encontraba algo enferma, así que tuvimos que ir Zach y yo solos.

Y todo estaba perfecto. Nada más que hacer allí hasta que llegase el momento de adornar el salón.

Nos habían invitado a un cóctel y paseábamos por los jardines donde se celebraría la recepción del convite.

Me senté en un pequeño banco que había frente a una de las preciosas fuentes que lo adornaban y Zach lo hizo a mi lado.

—¿Estás con alguien? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

—¿Yo? —pregunté extrañada y lo miré— No —era la verdad.

—¿Desde cuándo? Si puedo preguntar.

—Realmente, no volví a estar con nadie después de ti. No es una relación al menos.

¿Qué demonios le importaba a él? ¿El maldito ego de macho alfa o qué?

—¿Qué quieres decir con eso?

—No he querido darle la oportunidad a nadie —con eso debía de bastar.

—¿Nunca en todos estos años?

Pues parecía ser que no era suficiente explicación.

—No —dije avergonzada, pero no tenía por qué mentirle.

—¿Puedo saber por qué?

Por qué... Como si fuese fácil de explicar... ¿Cómo resumía yo lo que sentí para no entrar en demasiados detalles?

—Me hiciste daño. No he querido que nadie más lo hiciese.

—Paige, yo...

—No, tranquilo. No te estoy reprochando nada, intento dejarlo atrás —le aseguré—. Pero esa es la razón para que no haya querido nada con nadie más allá de un buen rato.

Apretó los dientes y miró al frente.

—Siempre he sido un gilipollas.

—Eso no voy a negártelo —intenté bromear—. ¿Tú tuviste muchas relaciones? —no sabía si quería escuchar la respuesta a eso.

—No. Encuentros casuales, nada más.

—¿Sam es la única?

—Podía decirse así, sí.

—Debe de estar orgullosa.

—Eso espero —suspiró.

—A veces me da la sensación de que estás muy asustado con la boda, como si temieses que ella fuera a salir corriendo o no sé...

—Hay un poco de eso —se avergonzaba por reconocerlo.

—Supongo que es un miedo normal, así que no pienses demasiado. Te casas en unos días, disfruta ese momento y sé feliz.

Es lo que le diría a cualquiera, pero decírselo a él dolía. Y mucho.

—Lo haré. O eso espero.

Algunas parejas paseaban como lo habíamos estado haciendo nosotros. El restaurante estaba abierto al público esa noche, no solo para degustar el menú de una boda.

Comenzó a sonar una romántica melodía y sin perder un segundo, Zach se levantó y me ofreció su mano.

—¿Me concedes este baile?

—No, no, no hagas eso, Zach —negué con la cabeza.

—Vamos, Paige. Solo es un baile. Además, tenemos que ensayar para la boda.

—Pero no hoy.

—Vamos... ¿Tanto me odias como para no concederme algo tan simple?

—No es eso...

Bajó aún más la mano y me cogió la mía, haciendo que me levantara.

—Pero...

—Solo es un baile —puso su mano alrededor de mi cintura y me pegó a él—. Siempre nos ha gustado bailar, hacíamos una buena pareja.

—Aja...

—Vamos, Paige —pegó nuestros cuerpos por completo—. ¿Qué daño nos puede hacer un baile? —susurró, acercando nuestros rostros.

Apenas era consciente de que me movía al ritmo de la música, al mismo ritmo de él. Intenté relajarme y levanté mis manos para apoyarlas en su pecho, me quedé mirándolas, pensando qué hacer.

—¿Me vas a empujar? —susurró.

Era lo que debía hacer, pero no lo que me apetecía. Acaricié su pecho con mis manos hasta que llegué a sus hombros y las dejé allí. Fue entonces cuando lo miré a los ojos y me quedé completamente embelesada.

Era el mismo hombre del que me enamoré años atrás y, sin embargo, era muy diferente. Sus ojos eran los mismos, pero no su mirada. Me observaba con tal intensidad que me hacía temblar. Había visto el deseo en sus ojos muchas veces, la felicidad, la ira, el miedo...

Pero no me miraba igual. Realmente él no era igual.

Como tampoco yo era la misma mujer de años atrás.

Sin embargo, entre nosotros...

O tal vez era solo cosa mía...

—¿En qué piensas? —susurró, sin dejar de mirarme a los ojos.

—En muchas cosas y en nada.

—¿Es eso posible? —sonrió.

Reí, sintiéndome tonta y en un momento de debilidad, apoyé mi frente en su pecho. Puso una de sus manos en mi cabeza y me hizo acomodarme mejor.

—Soñé muchas noches con volver a tenerte así, entre mis brazos.

Levanté la cabeza de repente y lo miré extrañada.

—¿De qué hablas, Zach?

—Te eché mucho de menos, Paige —dijo con la voz ronca.

Puso el dedo en mi mentón para levantar mi cabeza más y acarició mi mejilla con los otros dedos.

Cerré los ojos por pura agonía. Era angustia lo que sentía.

No me di cuenta de que lloraba hasta que limpió una lágrima que caía por mi mejilla.

—No llores —me rogó.

—Entonces no me hables así —abrí los ojos y lo miré—. No me toques —susurré.

Cogió mi cara entre sus manos y besó mi mejilla.

—Zach...

—Sé que es una locura. Sé que no debería de hacer esto. Pero no puedo evitarlo —su voz atormentada. Me dio un beso en la nariz, después en la otra mejilla—. Siempre lamenté haberme marchado sin un beso más para recordar.

Yo también había lamentado eso. Si hubiera sabido que se iba, lo habría besado para retener eso en mi memoria, pero no fue así. Lo que quedaba era el dolor de saber que me había dejado.

—Vas a casarte —le recordé—. No deberías...

—Olvida eso, Paige. Olvidemos eso aunque sea por un minuto.

—No es posible.

—Te aseguro que sí —dijo ferozmente.

Y entonces me besó.

Unió sus labios a los míos en un dulce beso que me dejó sin aliento. Abrí la boca para coger aire y aproveché para morder mi labio inferior. Gemí y volvió a besarme. Esa vez con la boca abierta y con nuestras lenguas acariciándose. Primero con miedo, pero la cautela dio paso, rápidamente, a la desesperación.

Sentía cómo magullaba mis labios, sentía como si quisiese llenarse de mí. O quizás era yo quien lo hacía. No sabía qué ocurría exactamente, tenía la mente enturbiada por el deseo que sentía por Zach.

Me tenía completamente pegada a él y pude notar su erección en mi vientre.

Eso despertó mis alarmas, me hizo salir de la neblina que me mantenía en ese estado de turbación.

—Zach, para —lo hizo al notar la alarma en mi voz.

—Paige, yo... —se separó de mí y se pasó las manos por el pelo.

—Ha sido el alcohol —estaba sin aliento, ¿qué demonios había pasado ahí?— El vino, el cóctel... Nos ha nublado la razón y...

—¿De verdad crees eso? —me miró incrédulo.

—No —suspiré, para qué iba a mentir. Yo no estaba borracha, ni siquiera achispada—. Pero...

—Lo hemos hecho porque lo deseamos, Paige. Y tenemos que aceptar eso.

—¿Aceptar qué? —pregunté, recelosa.

—Que aún sigue habiendo algo entre nosotros —elevó las manos, con las palmas hacia arriba, otra vez con la insinuación de que era evidente.

—¿Estás loco?

—Puede ser, sí —suspiró y se dejó caer en el pequeño y cercano banco—. Pero no voy a

mentirme a mí mismo. No voy a huir otra vez de lo que siento.

¿De qué demonios estaba hablando? Porque mi mente no estaba demasiado centrada para poder entenderlo si hablaba en código.

Me senté a su lado, pero bien separada y esperé a que a los dos se nos pasara la tontería. Más bien que se le pasara a él, porque lo mío venía durando años.

—Estás nervioso. En poco más de una semana te casas, tu novia está lejos y has tenido que hacerlo todo solo —noté que me miraba y giré la cabeza para enfrentarme a esos ojos—. Estás estresado, estoy cerca... Solo es eso, Zach. No te montes películas en la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí —dije con sinceridad.

No podía pensar otra cosa. Él ya me había abandonado años atrás. Estaba enamorado de otra mujer e iba a casarse con ella. Nunca, jamás, me había buscado, yo no era nadie para él.

Ese beso había sido producto del momento y de la tensión, nada más.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se levantó.

—Supongo que será mejor que te lleve a casa.

—Sí —me levanté—. Ha sido un día bastante largo.

—Te aseguro que la noche lo será más —resopló.

Y no se equivocaba, porque apenas pude pegar ojo en toda la noche. No podía quitarme ese beso de la mente. Cerraba los ojos y sentía sus labios junto a los míos. Sabía a pura pasión, como siempre, porque era lo que ese hombre seguía despertando en mí.

Sus labios suaves junto a los míos, dándome de beber, bebiendo de mí...

Joder, iba a tener un orgasmo con solo pensar en ello.

Bajé la mano y la metí bajo mi ropa interior.

Al menos, en mis fantasías, ese beso llegaría a ser mucho más.

Capítulo 14



—Mendrugo. Mentecato. Mequetrefe. Merluzo...

—A los bue...

—Patán, zopenco... —seguí refunfuñando.

—... malos días —la voz cantarina de Tim había desaparecido.

Yo ni siquiera había levantado la mirada, seguía con el mazo con el que mi madre majaba ajos. Solo que yo estaba golpeando una cabeza imaginaria que había sobre la mesa.

—Mamacallos, ¡zurcefrenillos! —otro golpe, esa vez más fuerte.

—¿Gilipollas no suena mejor?

—¡Gilipollas! —exclamé.

—Bien. Porque por un momento pensé que te habías quedado tonta, ni mi abuela usó nunca esas palabras —se mofó.

Levanté la cabeza y lo miré cual niña del exorcista.

—Ya veo que no has dormido —refunfuñé algo que ni yo misma podría decir qué era y seguí majando la cabeza imaginaria de Zach mientras Tim se preparaba una taza de café—. ¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Se le va la cabeza, como siempre —resoplé—. ¿Cómo está tu madre?

—Mejor, la dejé durmiendo y aproveché para un café rápido contigo.

—Me alegro.

—Sí, tu cara dice precisamente eso —rió, se sentó frente a mí—. ¿Cómo fue la prueba del menú?

—Bien, otra cosa lista.

—Perfecto, ya queda menos para que termine esta locura.

Yo no diría precisamente eso, porque cada vez me sentía más loca.

—Me ha besado —solté de sopetón. Tim tomó de su café y siguió mirándome, sin que su cara demostrase ninguna emoción—. ¿Me has escuchado?

—Sí, que te ha besado.

—¿Y no te sorprende? —yo estaba sorprendida haciendo la pregunta.

—Pues no —se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —fruncí el ceño.

—Pues no sé, porque supongo que lo esperaba.

—Se va a casar, Tim.

—Lo sé.

—Y me ha besado.

—También lo sé.

—Y te parece de lo más normal.

—No digo que sea normal. Pero ¿qué esperas? ¿Que me escandalice por un beso entre Zach y tú?

—Teniendo en cuenta que se casa en una semana, supongo que sí.

—Pues siento decepcionarte, Paige. Pero sabía que iba a pasar. Lo que me extraña es que haya tardado tanto.

—¿Tan débil me crees?

—Eso no tiene que ver, cariño —resopló—. Tenéis un pasado, sentimientos... Vamos, que esto lo ves en una película romántica de esas de serie B y dices “si es que era normal”. ¿Por qué no lo va a ser contigo? Solo ha sido un beso, no seas exagerada.

En la película romántica el novio sigue enamorado de la exnovia, no era lo mismo.

—Fue con lengua.

Time enarcó las cejas.

—Digo yo, porque si llega a ser por un pico de esos que se ven en la tele que apenas se rozan los labios y te pasas la noche sin dormir por ello, soy yo quien te maja la cabeza a ti —señaló el cacharro de madera—. Qué te gusta darles vueltas a las cosas...

—Pero...

—No le des tanta importancia a un beso, solo es un beso.

—Para él fue la prueba evidente de que entre nosotros queda algo.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Y no quiero eso, Tim. Lo que queda es el pasado.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente, Paige? ¿Que ese beso vaya a más? —enarcó las cejas.

—Lo que me preocupa es que yo quería más, Tim —reconoció, ¿para qué negarlo?— Y me he sentido una mierda por ello.

—Pues no entiendo por qué.

—Porque se va a casar, joder.

—Que ya lo sé, pesada —puso los ojos en blanco.

—¿Y si por mi culpa la deja a ella? Se sufre mucho, Tim, lo sé bien.

—¿Va a dejar plantada a la novia por un beso?

—Pues espero que no. Pero con este hombre, a saber —resoplé.

—A ver, cariño. Llevas una década sin poder quitarte a ese hombre de la cabeza. Sufriendo por lo que pasó. Culpándote. Haciéndote daño de una manera o de otra. Ahora aprovechas lo mínimo para dañarte de nuevo. No tienes la culpa de nada, Paige. No puedes ser culpable por sentir. No puedes sentirte culpable por desear más. Incluso no podrías sentirte culpable por tomar más.

—Yo nunca...

Nunca permitiría nada más.

—El único culpable es él. Así que deja de emparanoiarlo y sigue con tu vida.

—Pero a quien besó fue a mí.

—¿Y?

—Pues que me siento mal, no puedo evitarlo.

—Lo que él haga no es problema tuyo. Si él la dejase, no sería por ti, sino por él mismo. Además, te estás yendo a los extremos. Le estás poniendo el collar al perro antes de tener perro.

Aunque supiera que tenía razón, era más fácil decirlo que hacerlo.

—Solo fue producto del momento, él se sentía solo, el vino... ¿Verdad?

—Aja...

—No tiene importancia, como le dije a él.

—Pues eso, deja los dramas tontos para las telenovelas que se pueden pasar cuatro días emitiendo cómo de mal está la protagonista porque ha besado a su exnovio. Por Dios, pues lo besó y ya, qué manía con la culpa.

Me reí, no pude evitarlo. Tim era el hombre más dramático del mundo menos cuando tenía que serlo.

—¿Por qué haces que todo parezca tan fácil?

—Porque lo es, cariño, pero nos encanta dramatizar. A mí el primero —rio, leyéndome la mente—. Pero no voy a dejar que lo pases mal por tonterías.

—¿Engañar a una tercera persona es una tontería?

—Tú no has engañado a nadie, Paige.

—Pero he sido parte del engaño.

—Lo hizo él. Es él quien está comprometido, no tú. Y no me vengas ahora con valores ni pollas en vinagre.

—¡Tim! —me reí con la expresión.

—Es que es verdad —resopló—. Es un beso, olvídale. Para ti solo hay una persona a la que

no puedes engañar y a la que tienes que ser leal: a ti misma. Mientras sea así, nunca podrás recriminarte nada.

—Ahora eres tú el que habla como mi abuela.

—Mujer sabia que era, como la mía —sonrió son orgullo.

—Bueno... Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo —petulante.

—En unos días se habrá acabado todo esto.

—Y qué ganas, ¿eh? —rio.

—No lo sabes bien... Creo que va siendo hora de que vayamos comprando los billetes a algún lugar del mundo, lejos de todo. Al menos unos días tendremos libres —resoplé.

—Cuando termine lo hacemos, Paige. Vamos paso por paso que está visto que estas vacaciones nos sale todo al revés —miró al techo, haciéndome reír—. Ahora tengo que irme, pero me mantienes al tanto de todo, ¿vale? —asentí con la cabeza.

Tim se despidió y yo fui a tomar una ducha. Ese día comenzaríamos a preparar el lago para la ceremonia. Quedaba una semana por delante y aún muchas cosas por hacer.

No había tiempo que perder.

Capítulo 15



Agotada, estaba completamente exhausta.

Quedaban por delante los peores días y yo ya sentía que no podía con mi cuerpo. Organizar esa boda no solo era agotador mentalmente por mi relación pasada con Zach, también físicamente por el poco tiempo con el que había contado. Pero todo iba avanzando, lo estaba haciendo bien. Ya apenas quedaba nada.

Zach, al contrario de lo que yo esperaba, había aparecido a la mañana siguiente en casa de mis padres para recogerme y venir para ayudar en todo. Apenas nos habíamos dirigido la palabra más que para lo necesario, solo alguna mirada entre nosotros.

Los días pasaban y seguíamos igual, apenas sin hablarnos. Quizás era lo mejor. Ya solo quedaban un par de detalles para el día siguiente y dos días después, la boda

Me dejé caer en el césped, me dolía todo el cuerpo.

—Está quedando precioso —se sentó a mi lado y me ofreció una lata de refresco.

—Gracias —la cogí y bebí—. Vas a tener la boda de los sueños de cualquiera —la de los míos en realidad. Visualizaba todo, sería perfecta.

—Supongo que tengo que disculparme por lo de anoche —arrancó un poco de hierba y comenzó a jugar con ello.

—¿Supones?

—No me arrepiento, Paige. Si me disculpo es por ti.

Solté una carcajada, al menos era sincero.

—No necesito ninguna disculpa por eso, así que puedes quedarte tranquilo. Siempre y cuando no vuelva a ocurrir.

Giró la cabeza y me miró, una torcida y extraña sonrisa se formó en sus labios y a mí se me formó un nudo en el estómago.

—Zach... —no iba a volver a ocurrir ni de coña, ¿verdad?

—Es tarde, ya casi se fueron todos. ¿Me acompañarías a cenar?

—No creo que sea lo mejor.

—Nunca he entendido eso de lo mejor. Somos amigos —enarqué las cejas—. Al menos lo fuimos. Me apetece cenar contigo y no tener que hablar de la boda.

—No somos amigos, Zach —vi un destello de dolor en sus ojos—. En realidad no sé ni qué somos —resoplé.

—Una tregua, eso somos —me recordó—. Estoy cansado, Paige, todo esto es agotador. Y tú debes de estar igual. ¿Tan malo sería comer algo por ahí? ¿Juntos?

Lo medité. Tenía sus peligros. Como bien decía Tim, entre Zach y yo había algo inacabado y eso nos podía acarrear un problema. Y yo a veces era una kamikaze...

—Supongo que no —suspiré—. Pero algo rápido, estoy cansada.

Una enorme sonrisa se formó en su cara y yo sentí una alegría inmensa por verlo feliz. Lo mío era para ahostiarme, así de sencillo. Ese hombre me había destrozado el corazón y a mí me hacía feliz verlo feliz. Estúpida no, lo siguiente.

Se levantó de un salto y me ofreció la mano. La agarré y dejé que me ayudase, más que nada porque no tenía fuerzas, mis músculos estaban demasiado doloridos.

Nos quedamos unos segundos así, cerca, mirándonos a los ojos.

En momentos así pensaba en impedir esa boda. En aparecer ese día y gritar ¡No lo hagas! Pero yo no sería capaz de algo así.

Carraspeé y me separé de él, nerviosa por su mirada y más nerviosa aún por la reacción de mi cuerpo ante su cercanía.

La vida era una mierda... ¿Por qué tenían que ser las cosas así?

Me monté en su coche y paramos en un restaurante italiano al que solíamos ir cuando entre él y yo había algo. Nada más entrar, saludé al dueño con un abrazo. Era un hombre mayor al que le tenía mucho cariño. Siempre solía visitarlo, pero esa última vez se me había echado el tiempo encima.

—Bella...

—Hola —le di un enorme abrazo, emocionada por verlo.

—¿Con él? —había preguntado Flavio, mirando de muy malos modos a Zach— ¿Por fin has dejado de hacer el idiota, Allen? —Zach le mantuvo la mirada, pero no dijo nada— Si vuelve a hacerte daño, me llamas que lo dejo eunuco —me dio un beso en la mejilla y se giró para mirar a Zach—. Menos mal que dejaste de hacer el gilipollas —le dio un par de palmaditas en el hombro—. ¿Lo de siempre? —me preguntó y yo asentí con la cabeza, sonriendo— Tomad asiento, voy a prepararos lo mejor.

—Siempre pregunta por ti y siempre me mira mal —rio Zach mientras nos sentábamos.

—¿Siempre? ¿Vienes mucho?

—Pues sí.

—En todos estos años nunca hemos coincidido.

—Vengo bastante, al menos he estado viniendo regularmente los últimos tres años.

—¿Con Sam?

—No, solo.

Oh...

Me callé, parecía que no le gustaba demasiado hablar de eso. Y a mí tampoco es que debiera de interesarme mucho, así que era mejor dejar el tema, aunque me muriese de ganas por saber sobre esa relación, aunque pudiese hacerme daño.

—¿Cómo os van las cosas en Nueva York? A Tim y a ti. Sé que eres la mejor organizadora de bodas de la ciudad, pero no mucho más.

—No sé qué fuentes tienes para creer algo así, pero ya te digo yo que no es para tanto —sonreí.

—La modesta Paige —sonrió, divertido—. Lo sé de buena fuente. Reconoce que lo eres y ya —puse los ojos en blanco—. Cuéntame, cómo es vivir con ese bala perdida.

—Desquiciante —resoplé, haciéndolo reír—. Sabes que siempre fue protector conmigo.

—Lo sé bien, he probado varias veces su puño —soltó una carcajada.

—Pues yo pensaba que eso se le pasaría con el tiempo, pero no.

—Lo poco que lo he visto contigo, parece más tranquilo.

—No te creas. El otro día salimos a tomar algo y ya se metió en una pelea pensando que me habían insultado.

—Ví las marcas, pero no me quiso hablar de ello.

—Normal, porque fue una pelea sin sentido. Pero así es Tim. Me saca de mis casillas y no puedo vivir sin él. Es muy importante para mí.

—Siempre ha estado ahí para ti —parecía ser que le entristecía eso.

—Sí —sonreí con gratitud—. Es un gran amigo. Esté de acuerdo conmigo o no, que te aseguro que si no lo está no me da la razón por dármele, al contrario, me arma unos pollos impresionantes hasta hacerme cambiar de parecer... Aun así, para bien y para mal, siempre puedo contar con él.

—Me alegra que haya estado siempre para cuidarte.

—Es parte de mi fuerza —reconocí—. Como la voz de mi conciencia. Más gay que mi voz, claro —reí, dándole un poco de humor al asunto.

—¿Y él? ¿Nada de amor?

—¿Tim? Sabes que Tim es un bala perdida. Es un enamoradizo al que le duran los hombres dos telediarios como mucho —desde siempre había sido así, un picaflor—. Él tiene sus expectativas altas y como ninguno la cumple, se deshace de ellos después de divertirse un poco.

—Hace bien, no hay que estar con nadie solo por estar.

—Cuando quien lo hace es una mujer, como en mi caso, la gente no opina igual. Eso es parte de la hipocresía de este mundo.

—En eso tienes razón. Pero si te sirve de algo, yo estoy bastante contento de que seas fiel a esa forma de pensar —la palabra fiel después de ese beso...— ¿Y cómo es vivir con él? —preguntó tras un corto y tenso silencio.

—A ver cómo respondo a esa pregunta...

Lo hice, como también me harté de comer porque Flavio nos había preparado comida para un regimiento y, para colmo, no nos había dejado pagar. La casa invitaba a la bella, eso había dicho.

Salimos de allí y casi no podíamos ni caminar. Menos mal que el coche no estaba muy lejos. Pronto estaba en la puerta de mi casa, con Zach a mi lado. Ni siquiera tenía que haber bajado del coche. Pero lo hizo.

—Gracias por cenar conmigo.

—No es nada —dije nerviosa.

Seguía poniéndome tan nerviosa como siempre.

—Es más de lo que crees, Paige. Necesitaba estar cerca de ti.

Cerré los ojos, no era eso lo que tenía que decir. No quería escucharlo.

—Zach, no lo hagas —no hables de nada de eso, por favor...

—¿Qué hago si no puedo borrarle de la mente? —preguntó atormentado.

Me quedé en blanco, intentando digerir esas palabras.

—Se te está yendo la cabeza.

—¿Por no poder olvidar ese beso? —se acercó a mí, caminé hacia atrás y choqué con la puerta principal de la casa de mis padres— ¿Para ti no significó nada?

—Fue una estupidez.

Y me dejó temblorosa, queriendo mucho más. Pensando que, quizás, todavía podíamos tener una esperanza. Así de idiota me había dejado.

—No es eso lo que te estoy preguntando —me acorraló, sus manos a cada lado de mi cabeza y yo maldiciendo a la vida por ponerme en esa situación—. Te estoy preguntando si no significó nada para ti. ¿Ya no soy nada, Paige? ¿Me olvidaste?

Apreté los labios, no iba a responder a eso. No se me daba bien mentir y él lo notaría. Y no tenía pensamiento de decirle la verdad.

Porque no importaba, para nada, lo que yo sintiera por él. Él iba a casarse con otra.

—Será mejor que te vayas.

Él soltó una risa irónica.

—¿Mejor para quién? Para mí te aseguro que no.

—Para tu novia —le recordé y su expresión ni siquiera cambió.

—Me interesas tú —acercó sus labios a los míos—. Me interesa saber si ese beso no te afectó como a mí. Quiero saber si no necesitas más, mucho más... —rozó nuestros labios y no pude evitar gemir— Porque te aseguro que yo muero por tener un poco más de ti.

Con su lengua, lamió mi labio inferior. Esa fue mi perdición. Cerré los ojos porque iba a dejarme llevar por el crudo deseo que sentía.

—No lo hagas, Zach —el último vestigio de autodomínio en esas palabras.

Él se separó de mí un poco, abrí los ojos y me encontré con los suyos.

—Lo siento, Paige. Esta vez sí voy a disculparme.

—Me alegro... —*quítate ya*, pensé, ignorando que mi cuerpo estuviese ardiendo por él.

Volvió esa sonrisa torcida y yo supe lo que venía a continuación.

—Pero lo siento porque esta vez no voy a parar.

Eso era lo que me temía...

Tras esa afirmación, atacó mi boca. Y yo, débil y deseosa de sentirlo, no tardé en colocarle las manos alrededor de su cuello y en pegarlo más a mí. Él agarrándose por la cintura, excitándose con su erección.

Estaba, de nuevo, entre sus brazos.

Nuestras bocas se devoraban, sedientos el uno por el otro. Nuestras lenguas batallando, lamiendo cada recoveco de la boca del otro. Saboreándolo a conciencia años después. Recordando cada particularidad en la boca del otro. Saboreando, de nuevo, ese sabor que tanta adicción nos creó.

—Zach... —suspiré sobre sus labios.

Volvió a besarme, terminando con mi suspiro. Esa vez más posesivo, más primitivo.

Más Zach.

Sus manos bajaron hasta mi trasero y lo ahuecaron, levantándose un poco a la vez que él se agachaba para rozar mi sexo con su erección. Si no fuera por la ropa, estaría hundido por completo en mí.

Y joder, por más que me costara reconocerlo, cómo anhelaba sentir eso una vez más.

Su boca dejó libre la mía para bajar por mi cuello, nuestras caderas moviéndose mientras buscaban acoplarse a la del otro.

Un ronco gemido salió de mi garganta cuando mordió mi cuello, haciéndome temblar.

Una de sus manos abandonó mi trasero, acarició mi cadera, subió hasta que agarró mi pecho con fuerza, provocándome mil sensaciones.

—Dios... —no podía controlar lo que me estaba haciendo sentir. Con él nunca había podido controlar nada.

Desabrochó algunos botones de mi camisa y bajó el sujetador, dejando mi pecho al aire. Su boca fue directa hacia él, metiéndose el pezón en la boca y chupándolo, endureciéndolo.

Creía que iba a morir de placer allí mismo. No me importaba, en ese momento, si pasaba alguien por la calle y nos veía en la oscuridad.

Lamió el pezón y siguió por mi clavícula, mi cuello, hasta llegar de nuevo a mi boca. Mi pecho en su mano, sus labios sobre los míos.

—Sigues siendo mía, Paige. Dime que no lo haga y no me casaré.

Una frase dicha en el calor de la pasión. Una afirmación que en otro momento me hubiese excitado, pero que en ese fue como si me tiraran un balde de agua fría por encima, rompiendo el hechizo del momento.

Me envaré y él notó el cambio de actitud en mí. Se separó de mí lentamente y me miró. Me rogaba con la mirada que no terminase con eso.

—Paige, por favor...

—Fui tuya, Zach —la rabia en mi voz. Me removí entre sus brazos y lo hice separarse de mí —. Pero tú jodiste todo eso —me coloqué bien la ropa y lo miré a los ojos con todo el rencor que sentía—. No vuelvas a tocarme. Cásate y desaparece de una maldita vez de mi vida.

El dolor en sus ojos y los míos anegados en lágrimas. Había caído de nuevo, ¿cómo podía ser tan débil?

Abrí la puerta y entré rápidamente en casa. Subí las escaleras corriendo y subí, encerrándome en mi dormitorio.

Ahí, en la oscuridad de la noche, miré por la ventana mientras las lágrimas caían sin control. Estaba con las dos manos apoyadas en el coche y con la cabeza gacha. Como si me hubiese notado, levantó rápidamente la cabeza y miró hacia mi ventana.

Me mantuve ahí, cruzada de brazos mientras aún me dolía todo el cuerpo por la necesidad de él. Aún temblaba por su contacto.

Abrió la puerta del coche, se montó y se marchó y yo supe que estaba a punto de pasar otra

mala noche.

Tal vez la peor en mucho tiempo.

Capítulo 16



Estaba sentada a la mesa de la cocina al día siguiente mientras sentía dos pares de ojos sobre mí. Algún que otro carraspeo, pero poco más.

Me había levantado esa mañana y me había asegurado que todo estuviese preparado para la boda al día siguiente. Había vuelto a casa a la hora de comer y ahí seguía por la tarde, mirando esa taza de café que ya había rellenado como unas tres veces.

Ni mi madre ni Tim eran capaces de decir una sola palabra.

Y no es que ellos supieran nada, suponía que por mi cara sabían que era mejor no hablarme. Claro que también sería mejor mantenerse en silencio, pero ya era mucho pedir.

—¿Sabes qué le pasa? —susurró, si es que se le puede decir así porque se habían enterado hasta los vecinos de dos manzanas más allá, mi madre.

—No —Tim ni se preocupaba en susurrar, ¿para qué?— Pero es evidente que tampoco ha dormido.

—Esta boda la tiene así —suspiró mi madre—. Y todo por mi culpa —estuve tentada de poner los ojos en blanco, qué pesada era con eso.

—La culpa no es nada —el filosófico haciendo acto de presencia—. Mañana se acabó todo, podremos irnos por fin y seguir con nuestras vidas.

Pues sí, en eso tenía razón. Al menos en parte, porque no se terminaba al día siguiente, se iba a terminar esa misma noche.

Ya había visitado todos los lugares para saber que estaba todo preparado y perfecto. Después de eso, mi trabajo había concluido. No iba a quedarme ahí para ver cómo Zach se casaba.

Yo ya no pintaba nada más ahí, él ya tenía que estar con su novia o a punto de volver a tenerla cerca. Que fuera muy feliz y que disfrutara de la ceremonia que casi me había hecho perder la cabeza.

—Cuida de ella mientras trabajo —suspiró mi madre.

—Lo haré —le aseguró Tim.

Escuché cómo se abría la puerta de la entrada principal y cómo se cerraba. Me levanté y me acerqué a la ventana de la cocina que daba al jardín trasero. Crucé los brazos, abrazándome a mí misma.

—Paige —me llamó Tim.

—Nos iremos mañana por la mañana.

—¿Antes de la boda?

Claro que antes de la boda. Si me conocía un poco, sabría de más que yo no podría estar allí en ese momento, demasiado sacrificio emocional había sido todo eso para mí y casi pierdo la cordura en el proceso.

—No voy a quedarme a esa boda, Tim —me giré para encararlo y me llevé el susto del día al encontrarme a Zach de pie, a su lado.

Apretó la mandíbula y los puños. No parecía gustarle nada esa decisión, pero a mí me importaba más bien poco.

Después de lo que había ocurrido la noche anterior entre los dos, no iba a arriesgarme a que se repitiera. Mucho menos a que pudiera empeorar todo si yo no tenía la fuerza de voluntad para separarme de él.

No sabía qué demonios le ocurría a ese hombre, estaba a punto de casarse.

Conmigo ya había jugado una vez, no lo haría dos.

—¿Te vas mañana adónde? —preguntó enfadado.

—No creo que te importe. No es tu puto problema —exploté.

Tim me miró conmocionado por esa respuesta, pero no estaba de humor para controlar mi lengua.

—Y tanto que es mi puto problema —dijo más enfadado aún—. Contraté tus servicios hasta el mismo día de la boda. Créeme, sí que me importa.

Por su aspecto tampoco había dormido plácidamente esa noche. La rabia en su voz.

Qué cínico era. Qué maldito egoísta.

—La boda está preparada, no me necesitas. Si es por el dinero, puedes quitarme el porcentaje que sea. O —continué sin dejar que me interrumpiese— mejor aún, métete tu maldito dinero por el agujero del culo.

—Paige... —la advertencia en su voz.

Yo me pasaba la advertencia por el arco del triunfo.

—Ni quiero un solo dólar tuyo. ¡Déjame en paz! —grité.

Tim elevó las cejas y tosió para ocultar su risa. Yo echaba humo y Zach... Zach parecía que iba a matarme allí mismo.

—¿Te importa dejarnos solos, Tim? —la voz contenida de Zach.

—No —le advertí que ni se moviera—. Zach y yo no tenemos nada de lo que hablar en privado. ¿No es así? —lo reté.

—Si así es como lo quieres —elevó las manos y las dejó caer, frustrado—. A mí me importa poco que Tim esté delante —comenzó a acercarse a mí— mientras te beso como lo hice anoche para que dejes de decir estupideces de una vez.

El grito ahogado de Tim de fondo, mis ojos abiertos como platos.

¿Pero ese hombre estaba loco o qué?

—Yo creo que mejor me voy.

—No vas a ningún lado —le advertí a Tim—. Y tú —miré a Zach con rabia cuando se me pasó la sorpresa y me eché para atrás al ver que lo tenía casi encima— no volverás a tocarme.

—¿Qué te apuestas? —cogió mi cara entre sus manos y me besó.

—Pues sí, mejor me voy —escuché a Tim antes de cerrar la puerta.

Pero mi mente volvía a quedarse en un estado de vigilia y mi cuerpo encendido por el deseo que sentía por Zach.

Me estaba besando duro, como si quisiese castigarme por algo. No entendía bien qué era lo que tanto le molestaba de todo aquello. Nada tenía sentido.

Me hizo caminar hacia atrás, hasta que mi cuerpo quedó pegado en la pared.

—Déjame —me revolví entre sus brazos cuando apartó, segundos más tarde, sus labios de los míos para respirar.

—Todavía no —volvió a besarme, esa vez más duro, magullando mis labios y yo me rendí, sin poder remediarlo, al deseo.

El deseo...

El miedo a saber que solo tenía esa oportunidad en la vida para volverlo a tener así. Porque jamás volvería a ocurrir nada entre nosotros. O, simplemente, porque era débil y me rendía ante él.

Un gemido ronco salió de su garganta cuando lo notó y entonces sus besos estaban por todos lados. En mis labios, en mi rostro, en mi cuello...

—Te deseo —dijo sobre mi piel—. No tienes ni puta idea de cuánto te deseo, Paige.

Podía hacerme una idea porque, para mi desgracia, me pasaba igual.

Levantó mi camisa, mis pechos al aire y los besó. Los apretó con sus manos, los lamió, mordió mis pezones.

Era una maldita tortura que no quería que terminase nunca.

—Zach...

Mis caderas se movían, buscándolo. Anhelando sentirlo en mi interior.

Levantó la cabeza y volvió a besarme en los labios. Apenas me di cuenta de que me bajaba el pantalón hasta que noté el frío en la piel.

Desesperada, comencé a desabrochar el suyo. Lo bajé lo necesario hasta dejar su erección libre y disfruté cuando gruñó al tocarlo tan íntimamente.

Puso sus manos en mi trasero y me levantó, enrosqué las piernas en su cintura y dejé que guiara su erección adonde ambos necesitábamos.

Entró en mí con fuerza, su mano en mi espalda para que no tocara el cristal.

Se sentía mejor que nunca, no estaba preparada para eso. ¿Siempre había sido tan bueno?

—Oh, Dios —exclamé.

—Joder —gruñó él.

Salió y volvió a entrar con más fuerza. Una vez. Y otra más. Y otra más...

No podía dejar de gritar mientras sus embistes aumentaban. Más rápidos. Más fuertes. Más seguidos.

—Zach...

Dejó mi cuello y volvió a mis labios. Me besó con fuerza, magullándolos, dejándolos doloridos.

Y a mí sin aliento.

—Dame lo que quiero, mi amor.

—Zach, yo...

—Córrete, preciosa. Córrete para mí.

—Dios... —mordí su hombro cuando mi cuerpo comenzó a temblar.

Mi vagina contrayéndose alrededor de su pene, apretándolo. Un sonido gutural salió de su garganta y se derramó dentro de mí.

—Mierda —salió de mí, me dejó, poco a poco, en el suelo y me mantuvo abrazada.

Solo entonces, cuando mi cuerpo comenzó a calmarse, fue que me di cuenta de lo que habíamos hecho.

Y no me había sentido más mierda en toda mi vida.

Tenía ganas de llorar. Todo había sido demasiado intenso entre nosotros y, para colmo, el mejor sexo de mi vida.

Me sentía vulnerable. Me odiaba a mí misma por haber caído de nuevo.

Me odiaba por ser tan débil cuando se trataba de él.

Era como si no pudiera controlar mi cuerpo. Ni mi mente. Era como si el dueño de todo fuese Zach.

Y si eso no acojonaba demasiado por sí solo, además era una malísima persona, una mujer de lo peor.

Porque ese hombre se iba a casar con otra al día siguiente.

Enfadada con él y conmigo misma, lo empujé con las manos, pero no se movía. Frustrada, lo golpeé con los puños, toda la rabia saliendo de mi interior.

Resopló y se separó de mí, pero el alivio me duró poco. Se agachó, el tiempo necesario para acomodarse la ropa y para que lo hiciera yo. Y cogiéndome por debajo del trasero, me alzó hasta colocarme en su hombro.

—¿Pero qué haces, pedazo de imbécil?

Él no respondía y yo comencé a patalear.

—Bruta —me dio con la mano abierta en el trasero—. Vas a hacer que nos matemos los dos —comenzó a subir las escaleras y entró en mi dormitorio.

—Que me bajes —gruñí.

Y lo hizo, sin consideración ninguna, además. Me dejó sobre la cama y se puso encima, inmovilizándome con su cuerpo.

—¿Se puede saber qué haces?

¿No había tenido ya suficiente?

—Intentando que te calmes, pareces una fiera sin domar.

¿Y le hacía gracia? Al parecer, por esa media sonrisa, sí.

—¿Cómo esperas que me calme contigo encima? —me removí— Déjame en paz, Zach, puedo denunciarte por esto.

Él puso los ojos en blanco, movió su rodilla hasta conseguir que yo abriese las piernas y se acomodó entre ellas. Se apoyó sobre sus codos, su cara apoyada en las palmas de sus manos y me miró a los ojos.

Mi pecho subía y bajaba aceleradamente.

No sabía con quién estaba más enfadada. Si con él por haber conseguido hacerme caer o conmigo misma por lo que había hecho.

—No he podido dormir en toda la noche porque no he sido capaz de borrarle de mi mente. Y no es la primera vez que ocurre —suspiró—. Te acabo de hacer mía y solo pienso en hacerlo de nuevo. ¿Qué hago con eso, Paige? ¿Cómo controlo el deseo que siento por ti?

—¿Y qué demonios voy a saber yo? —exclamé— Busca a tu novia y la próxima vez te la follas a ella. Seguro que te olvidas de mí cuando se te pase la calentura. Por cierto, ¿ya fuiste a recogerla? —escupí, indignada.

Apretó los dientes con fuerza, un poco más y se partía la mandíbula.

—Es a ti a quien necesito, ¿tanto te cuesta entenderlo?

—Ahora me necesitas —reí con ironía— ¿Para qué, Zach? ¿Para mitigar la culpa? —resoplé
— ¿No te das cuenta de lo que hemos hecho?

—Te aseguro que lo recuerdo muy bien.

—Por Dios, la culpa me va a matar a mí.

—A la mierda la culpa, eso no puede existir cuando se trata de nosotros.

—Se te ha ido la cabeza... —no había otra explicación.

—Te deseo, Paige. Lo que siento por ti está ahí. Siempre ha estado ahí. No ha desaparecido ni un jodido día. ¿No te das cuenta? No eres la única que no ha podido olvidar al otro.

Me dolía escuchar eso, sentía como si me clavasen una daga en el corazón.

—¿Y te das cuenta de que no me olvidaste a un día de tu boda? ¿Una década después de dejarme tirada? No seas cínico, Zach.

—La que aún no se ha dado cuenta de las cosas eres tú.

Eso era evidente, porque no entendía nada.

—¿De qué hablas?

—Pero lo harás cuando consigas dejar la rabia a un lado.

—Créeme, no creo que puedes lograr que eso ocurra.

No con lo mierda que me sentía. La peor persona del mundo. Y me odiaba a mí misma por lo que había hecho.

Solo quería llorar.

Me removí, intentando quitármelo de encima porque con tanta cercanía, mi cuerpo estaba reaccionando, de nuevo, como no debía y no podía permitirlo.

No otra vez.

De nuevo esa sonrisa torcida en sus labios. Era un desafío para él.

Acarició mi labio con su pulgar, lentamente. Abrí la boca por inercia y él metió un poco el dedo, mojándolo en la humedad de mi lengua. Lo sacó y acarició mi cuello con él, provocándome un escalofrío.

—Me deseas tanto como yo a ti —susurró, mirándome a los ojos—. Sabía que iba a ser así, al menos no me he equivocado en eso. Acabo de hacerte mía y ya tu cuerpo vuelve a necesitarme.

Movió su caderas, apretando, excitándome, otra vez, con el roce de su erección.

—Zach, no estás pensando con claridad.

Por Dios, quítate.

—En eso puedes tener razón —una sexy sonrisa de regalo—. Ahora mismo no es que mi sangre esté en el cerebro —otro movimiento de caderas y me hizo gemir.

—Menos mal que ya pienso yo por los dos —al menos esa vez parecía hacerlo, aunque mi cuerpo fuese por libre.

Maldito...

—No —lamió mi labio—. No dejaré que lo hagas.

—Zach, por Dios —otra vez no.

—¿Estás mojada de nuevo, Paige? —apreté los labios con fuerza para no gemir— Seguro que sí —otro embiste de sus caderas, esa vez haciéndonos gemir a los dos—. Deseas, tanto como yo, que desaparezca la ropa y que esté hundido en tu interior otra vez. Deseas que te folle como lo hice ahí abajo.

Nadie en este mundo podía excitarme siendo malhablado como él. Y lo sabía muy bien...

—Yo no...

—No sabes mentir —me recordó—. Y tu cuerpo menos. No olvides que lo conozco bien.

Y odiaba eso, no se podía imaginar cuánto.

—¿Qué ganas con esto, Zach? ¿Qué quieres demostrar? ¿Que sigues teniendo poder sobre mí? —tenía ganas de llorar, me sentía vulnerable por no poder evitar reaccionar así ante él.

—Paige, no —dijo rápidamente, negando con la cabeza.

— Ya he caído, ¿no es suficiente prueba para ti? —y lloré, lloré porque me sentía la peor persona del mundo y en ese momento estaba odiándonos a los dos.

—Todo lo contrario, Paige. Intento demostrarte el poder que tú tienes sobre mí —suspiró—. Joder.

Mortificado, se quitó de encima y se levantó de la cama. Se pasó las manos por el pelo, frustrado y se quedó mirando por la ventana.

—Siempre he tenido miedo de eso. Y por eso hui.

Me senté en la cama y abracé mis rodillas. Seguía llorando.

—¿Miedo? —me temblaba hasta la voz.

—Pánico más bien.

—No te entiendo, Zach.

—Era joven. Solo un muchacho sin experiencia en la vida y con nada que ofrecerte. Solo alguien enamorado de ti.

—No me amabas, Zach.

Esa era la única verdad en todo aquello. No se abandona a quien amas. Por ninguna razón.

Se giró y me miró a los ojos.

—Más de lo que imaginas.

No podía creer eso.

—No. No es verdad. De haber sido así... —negué y limpié una lágrima.

—Vine a verte una noche, me iba a colar en tu habitación y te vi mirándote al espejo con ese vestido de novia puesto —¿qué?— No sé cómo no me caí del árbol ante semejante visión —sonrió—. Estabas hermosa, más de lo que siempre me pareciste. Y me asusté.

—¿Te asustó verme hermosa? —¿era un insulto? Ahora entendía aún menos.

—Me asustó verte vestida de novia, Paige.

—Yo nunca te obligué a nada.

—Lo sé, lo decidimos los dos. Pero verte con ese vestido... —se acercó a la cama y se sentó.

—Fue un impulso de mi madre y mío, nada más. Fue un sueño.

—Lo imagino —sonrió con dulzura—. Y elegiste bien, lucías perfecta.

—Tan perfecta que te asusté —dije con ironía.

—Porque era un cobarde. Llegué a mi casa y me miré al espejo, como habías hecho tú. Y vi lo poca cosa que era para ti. Tú, tan fuerte, tan bella, tan todo y yo... Yo era el hombre más afortunado del mundo por tenerte y en ese momento me acojoné. No solo por la boda que íbamos a organizar, sino porque realmente me di cuenta de lo que significabas para mí. Esa es la tonta verdad.

Abracé con más fuerza mis piernas y continué mirándolo.

—Ah...

No sabía ni qué decir, la verdad es que no me esperaba algo así.

—Podría decirte miles de excusas que sonasen mejor que esa. Pero la verdad es que fui un maldito cobarde. Tuve miedo al compromiso y a lo que conllevaba y me marché, sin ni siquiera explicarte. Cobarde, ¿verdad?

No podía cuestionar eso después de esa confesión.

—¿Te daba miedo amar o el matrimonio?

—Las dos cosas —reconoció—. Y me fui. Ya ves, no hay nada extraño, solo que fui un maldito cagueta.

No sabía qué había esperado oír, pero no eso. No me había imaginado a Zach asustado. No hasta el punto de desaparecer de esa manera.

—Siempre he pensado que no me querías o que había alguien más.

—No. Nunca, Paige. ¿Alguien más estando tú? —rio, nervioso— Como si eso fuera posible...

—Ahora lo hay —le recordé y me lo recordé a mí misma. Para no olvidarlo.

Porque no importaba por qué se marchó ni si yo seguía muriéndome por él. Había alguien más a quien le debía fidelidad. Aunque entre nosotros hubiese pasado aquello.

Él negó con la cabeza.

—Ahora solo estás tú. Todos estos días, mientras preparábamos esa boda, solo has estado tú.

¿Y después?

—Ahora es tarde, Zach —dejé que las lágrimas cayeran por mis mejillas, aliviando así un poco el dolor.

—¿Por qué?

¿No era evidente?

Levantó la mano lentamente y la posó sobre mi mejilla, limpiando mis lágrimas.

— Ni aunque me dejes abandonado el día de nuestra boda, cosa que merezco, además, voy a dejar de luchar. Seguiré insistiendo, Paige. Siempre. El Zach cobarde hace mucho que dejó de existir.

¿De nuestra qué...?

No, espera...

¿Pero qué...? ¿De qué hablaba?

¿Nuestra boda? ¿Suya y mía? ¿Había perdido la cabeza y no se acordaba de que la boda era con otra?

Me había quedado sin aire, literalmente. Ese hombre iba a volverme completamente loca.

—¿Has perdido la cabeza del todo? ¿De qué demonios estás hablando?

—Creo que es evidente.

¿Evidente para quién? Porque yo no estaba entendiendo una mierda.

—Pues debo de ser gilipollas porque no lo entiendo.

Él cogió mi cara entre sus manos y me dio un dulce beso en los labios.

—Nunca hubo ninguna otra, mi amor —fruncí el ceño—. La novia de esa boda siempre has sido tú.

Capítulo 17



Zach

Salí de esa casa con un sabor agridulce en mis labios. El dulzor de sus besos aún en mí y la agria verdad que le había dicho quemándome.

Hacía más de una década que me había marchado de su lado y de su vida. Más de diez años en los que me había odiado por ser un mierda y un cobarde.

Hacía mucho tiempo que necesitaba decirle esa verdad.

Paige siempre lo había sido todo para mí, era la persona que más me importaba en el mundo. Y la dejé sola porque fui un maldito gallina.

Todo lo que le había dicho era cierto. Había pasado tal cual y desde el momento en que había tomado la decisión de huir, no había pasado un solo día de mi vida que no me hubiese arrepentido por ello.

Podía haber vuelto antes, pero el miedo al rechazo era mayor que nada.

Mis padres no se tomaron muy bien la noticia, pero conté con su apoyo. Se sacrificaron, y no solo económicamente, para mandarme lejos. Trabajé en lo que había, estudié hasta casi perder la vista. Me esforcé y aunque al principio parecía que no daba resultados todo el esfuerzo, al final conseguí convertirme en lo que quería ser.

Por mi madre, quien mantenía una antigua amistad con la madre de Paige, pude estar, casi siempre, al tanto de su vida. Y Tim era mi otra fuente de información.

No siempre fue así, pero en los últimos años, cuando ya supe que no podía seguir así y que tenía que buscarla, trabajé duro para preparar un posible futuro a su lado.

Y cuando tuve eso, me puse en contacto con Tim.

Y gracias a él estábamos todos ahí.

Yo había visitado a mis padres casi cada año, siempre con el miedo de encontrármela. ¿Qué le diría? ¿Qué haría?

La había visto un par de veces, siempre desde la lejanía, como el cobarde que siempre había sido.

Miraba las fotos de sus triunfos, guardaba cada artículo que hablaba de ella. Era una obsesión para mí porque no había podido dejar de quererla.

Nunca había podido olvidarla.

Sexo ocasional, eso era todo lo que había tenido. Y en el último año ni eso. Cada vez me asqueaba más el terminar de estar con alguien, abrir los ojos y darme cuenta de que no era la mujer que de verdad deseaba tener entre mis brazos.

Pensaréis que soy gilipollas y es verdad.

¿Cómo no la buscó antes? ¿Cómo se puede ser tan idiota?

Creedme, se puede llegar a ese extremo cuando uno siente miedo.

Le conté a Tim que quería recuperarla, al menos intentarlo, porque tampoco sabía si ella me había olvidado. Mi amigo no se lo tomó muy bien, como era obvio. Era el gran defensor de Paige y yo el hombre que le había roto el corazón.

Pero le fui sincero, le hablé con la verdad, sin temor a que viera mis lágrimas y conseguí su apoyo.

No eran las primeras lágrimas que había derramado por Paige, como tampoco serían las últimas, estaba seguro de eso.

Pero eso no me impediría pasarme la vida entera, si era lo que hacía falta, para pedirle perdón y para demostrarle que ya no era el cobarde de antes y que estaba dispuesto a todo por tenerla, de nuevo, conmigo.

Tenía que recuperarla a como diera lugar.

El primer paso fue trabajar muy duro para conseguir la plaza que quería, en Manhattan, cerca de ella. Con eso, que me llevó varios años, ya logrado, con Tim de mi lado al final...

Se me ocurrió ese plan.

Tim se echó las manos a la cabeza cuando se lo conté. No dejaba de decirme: “si crees que ella aceptará volver contigo por algo así, es que no la conoces. Puedes empeorar aún más las cosas.”

Al contrario de lo que pensaba Tim, la conocía bien. Sabía cómo era. Sabía que todo eso no la acercaría a mí. No, al menos, al principio.

Pero ella no me conocía a mí. Y no sabía de lo que era capaz.

Y por ella sería capaz de todo. Quizás no lo entendería ahora, pero lo haría en su momento.

—Por esa cara que traes, supongo que le has dicho la verdad.

Tim estaba fuera, apoyado en mi coche, con los brazos cruzados.

—Sí.

—¿Cómo está?

—Pues en shock aún.

—Miedo me da cuando lo asimile —resopló—. No sé cómo te he apoyado en esto.

—Porque sabes que la quiero —él ya no podía dudar de eso.

Él sabía, aunque ella no lo hiciera, que hacía varios años que luchaba por estar cerca y por poder tener lo mejor para darle si conseguía que algún día me perdonase.

—No solo no te va a perdonar a ti —como si me hubiese leído la mente—, tampoco a mí.

—Quizás ahora no, pero no dejaré de intentarlo.

—Ya podías haber sido así hace diez años —resopló de nuevo.

—Me recrimino lo mismo todos los días, Tim. Fui yo quien la perdí, te aseguro que no le duele a nadie más que a mí.

—Espero que no sea tarde y porque os quiero a los dos espero veros felices. Juntos.

—No hay otra forma de felicidad para mí —dije con sinceridad.

—Tampoco para ella —suspiró—. Pero el daño ha sido muy grande.

—Lo sé. Créeme que lo sé —pero remediaría eso, aunque tuviera que luchar diez años más—
¿Tienes eso preparado?

—Sí.

—Pues es el momento de quemar otro cartucho —estaba nervioso, mucho.

Asintió con la cabeza y yo me monté en el coche, marchándome de allí.

Tim tenía un paquete que entregar y yo tenía que rezar para que ella entendiera el mensaje.

Capítulo 18



“Nunca hubo ninguna otra, Paige.”

“La novia de esa boda siempre has sido tú.”

Todavía retumbaban esas dos frases en mi cabeza. Seguía sentada en la cama mientras se repetían una y otra vez.

No podía ser cierto. No tenía ningún sentido.

—¡Paige! ¡¿Dónde estás?!

Los gritos de Tim me sacaron de mi ensimismamiento. Salí del dormitorio y bajé a la planta baja.

Tim estaba entrando en la cocina, buscándome. Salió y me vio. Se quedó parado y me miró.

—Tengo algo para ti —traía una caja enorme en las manos.

Me acerqué a él, cogí la caja y fui a sentarme en el salón. Me dejé caer en el sofá, la caja a mi lado.

—¿Estás bien? —Tim se sentó frente a mí, en uno de los sillones.

—Pues no lo sé —respondí. Fijé mi vista perdida en él y abrí los ojos exageradamente—. No te vas a creer lo que me ha dicho.

—No creo que me sorprenda nada —carraspeó.

—Que no hay ninguna novia. Que he estado organizando nuestra boda.

Tim apoyó su espalda y me miró, ¿avergonzado?

—Lo sabías —lo conocía bien, no hacía falta que me lo diera.

—Sí.

Cómo no...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Supuse que te darías cuenta antes, no pensé que ese hombre te nublase tanto el cerebro.

—No me lo puedo creer, ¿pero es verdad?

Tim asintió con la cabeza y sonrió con tristeza.

—Le dije que era una mala idea, pero ya sabes cómo es.

—No, Tim. Parece ser que no sé cómo es. Es un completo desconocido para mí.

—¿No estás enfadada conmigo? —preguntó con cautela.

—Ahora mismo ni siquiera soy capaz de reaccionar —dije con sinceridad—. Yo... Yo me estoy volviendo loca, no entiendo nada.

—Normal, cariño.

—Explícamelo, por favor, porque temo que cuando se me pase el shock, me dé un jodido ataque de ansiedad.

—No soy yo quien tiene que explicarte nada, Paige —señaló a la caja.

—¿Qué es eso?

—Una caja.

Puse los ojos en blanco.

—Hasta ahí había llegado —bufé.

—Solo ábrela.

Lo hice con cautela, después de lo vivido, podía esperarme de todo en esa caja. Lo que fuera que hubiera, estaba bien tapado. Encima un sobre rojo.

Lo abrí y saqué el papel que había dentro.

“Sueño con que algún día pueda volver a verte con él puesto y unir nuestras vidas para siempre.”

Quitó el papel y me quedé en blanco.

—Es tu vestido de novia.

Como si no lo supiese.

—¿Qué hace aquí? —pregunta estúpida, era evidente.

—Yo...

—¿Dónde está? —lo interrumpí.

—¿Zach? —joder, ¿quién más?— Dijo que tú lo sabrías.

En el lago, estaba donde se iba a celebrar la ceremonia.

—Llama a un taxi.

Corrí escaleras arriba, me cambié de ropa y salí de casa para montarme en el taxi a toda prisa.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tim antes de que cerrara la puerta.

—Preguntas, Tim. Voy a hacer preguntas. Esta vez no me quedaré con la duda de nada.

Cerré la puerta al salir y le di la dirección al taxista. Un rato después, estaba allí, delante de la carpa que había preparado para la boda.

El sol se escondía y aquello se veía realmente precioso.

De pie, unos metros más adelante, Zach.

Caminé lentamente y me paré a su lado.

—No sabía si vendrías —su voz profunda, nerviosa.

—Esta vez no nos separaremos sin respuestas, Zach.

Se giró a mirarme, el dolor en sus ojos.

—Es lo justo —dijo con tristeza.

—¿Por qué? ¿Por qué todo esto? —señalé el lugar donde pensé que se uniría a otra mujer que no existía.

—Porque era la única manera de que me permitieras estar cerca de ti.

—Me usaste.

—No, Paige —se pasó las manos por el pelo y se sentó en una de las sillas de la primera fila. Hice lo mismo, a su lado—. Al menos no fue esa mi intención.

—Así es como lo siento yo, Zach.

Cogió aire antes de comenzar a hablar.

—Hace años supe que no podía permanecer más tiempo lejos de ti. Estaba obsesionado contigo, no podía olvidarte —miraba al frente, quizás a la nada—. Te había visto varias veces por aquí cuando visitabas a tus padres y me escondía. Tenía miedo a tu reacción. Tenía miedo a ver el odio en tus ojos. Así que permanecía en las sombras, oculto. Buscando información sobre ti, recortes de revistas, intentaba que mi madre estuviese al tanto de todo.

—Y mi madre que guarda secretos —resoplé.

—Un día supe que no podía seguir así, que tenía que luchar por ti. Pero seguía sin tener nada. Un apartamento en un barrio de mala muerte y muchas horas de guardias para poder pagar el alquiler. Me sentía poca cosa.

—¿Crees que eso me importó alguna vez, Zach? ¿Crees que para mí es importante algo de eso?

—No, pero a mí sí—me miró a los ojos—. Trabajé muy duro. Hice turnos seguidos, hice lo necesario para convertirme en uno de los mejores y poder trabajar en Manhattan, más cerca de ti. Cuando lo conseguí, trabajé aún más duro. Pude comprar un apartamento, conseguí tener un nombre.

—¿Y creíste que así yo caería rendida a tus pies? —la incredulidad en mi voz.

—No, Paige. Te conozco bien, jamás pensaría eso. Pero sí aumentó mi autoestima, ya sí me sentía un poco más digno de poder buscar a la mujer de la que seguía enamorado diez años después. No me sentía con miedo a amar.

—Y después somos las mujeres las complicadas —suspiré—. ¿Qué manía tenéis todos con el complejo de macho alfa? Yo lo único que hubiera querido de ti era una explicación sincera a tiempo.

—¿Y me habrías perdonado?

—No lo sé, Zach —dije con sinceridad—. Pero ninguno de los dos habríamos perdido tantos años de nuestras vidas.

Levantó una mano y acarició mi rostro, haciéndome temblar.

—Seguiré perdiendo los que hagan falta, Paige —juró.

Me levanté y comencé a caminar. Sentía que iba a comenzar a darme la ansiedad, ¡tenía ganas de matarlo!

—¿Qué es lo que esperabas con todo esto? —me giré y lo encaré— ¿Que cayera rendida a tus pies?

—No. Demostrarte que yo estoy a los tuyos.

—No digas tonterías, Zach.

—No lo hago —cogió mi cara entre sus manos—. Te quiero, Paige y no hay mayor verdad que esa.

—Y has tardado diez años en darte cuenta —reí con ironía—. Joder, pues menudo amor.

—He tardado diez años en conseguir el valor para plantarme delante de ti, sí.

—Cuando tenías un nombre y una economía sana —escupí—. Eso no me interesa.

—Cuando ya no tenía miedo al amor.

—Increíble... Todo esto es increíble —me separé de él de nuevo, me iba a dar algo—. ¿Cómo demonios se te ocurrió lo de la boda?

Él torció el gesto.

—Pensé que sería buena idea.

—Pues es pésima, tienes ideas tan malas como las de mi madre —lo miré y él evadió mi mirada—. Fue de ella, ¿verdad? —cómo no lo había descubierto antes.

—No, pero le pareció bien.

Miré al cielo pidiendo ayuda divina.

—Lo que me faltaba es que a Tim también le pareciese bien, ya me traicionó bastante ayudándote.

—Tim nunca estuvo de acuerdo.

—Pero te ha ayudado —y ya me explicaría a mí por qué—. Te inventas una novia ficticia. Una

boda ficticia que me jode las vacaciones. Y resulta que nada es real. Y lo peor de todo esto es que ¡yo ni siquiera me di cuenta! —es que era gilipollas— Te gustan mucho las películas de serie b, ¿verdad? Porque todo esto parece una de ellas.

—En realidad la boda sí es real.

—¿Qué?

—Mañana estaré aquí, Paige. Esperando a la novia que quiero.

—Estás loco... —no me lo podía creer.

Si pensaba que ya no podía sorprenderme más, ahí que me demostraba que sí.

—Puede ser —se encogió de hombros—. Pero estaré aquí mañana. Y el mismo día dentro de un año. Y dentro de dos... Organizaré lo mismo y no me importa si me dejas plantado año tras año, seguiré intentando que un día, la novia que quiero aparezca por ahí —señaló al camino preparado.

—Te has vuelto loco, ¡completamente loco!

—No, estoy más cuerdo que nunca. Loco me volví cuando no podía dormir porque tu imagen no se me borraba de la mente. Como te ha pasado a ti —de nuevo cogió mi cara entre sus manos—. Lo nuestro no murió nunca, Paige, cuando entiendas eso, entonces podremos intentarlo.

—Todo esto es una locura.

—Lo sé.

—Me has engañado. ¿Tan difícil era intentarlo con la verdad?

—No me habrías escuchado.

—Y me obligaste a hacerlo sí o sí. ¿Me besaste también para ganar esto? ¿Para eso te has acostado conmigo?

—¿De qué hablas, Paige?

—¡Ya no sé qué creer, Zach! —exclamé y terminé llorando— Conmigo solo era necesaria la sinceridad. No todo esto. Esto solo es una farsa.

—Lo que siento por ti no lo es. Y te lo voy a demostrar.

¿Demostrar cómo? ¿Cuándo?

—No vendré mañana.

—Pero yo sí. Y te seguiré demostrando cada día que no quiero a nadie en mi vida que no seas tú.

—¿Por qué no olvidarlo todo? Estoy cansada, no puedo más con todo esto.

Limpió las lágrimas de mis mejillas con besos. Uno dulce en los labios y apoyó su frente en la mía.

—¿Es eso lo que quieres? —me miró a los ojos— Si no sintieses nada por mí, me habría ido. Pero mientras tenga una esperanza y sé que la hay, no dejaré de luchar hasta que me creas.

—Me has hecho sentir la peor persona del mundo pensando que engañabas a otra.

—Lo siento.

—Me has hecho sentirme lo peor al hacerme creer que estabas enamorado de otra.

—Paige, por favor.

—¿Qué buscabas con eso? ¿Que apareciera aquí ese día y gritara ¡No lo hagas!?! —por más que lo hubiera imaginado, no lo haría nunca— ¿Que evitara esa boda que ni siquiera se iba a celebrar?

—Solo quería estar cerca de ti —aseguró.

Lloré, me dolía el pecho. Me dolían las mentiras. Me dolía cómo había jugado conmigo.

—Por más que te quiera —y lo quería mucho, eso sí lo sabía—, ¿cómo puedo volver a confiar en ti? ¿Cómo puedo creer en ti? Has matado todo eso. ¿Es que no lo ves?

—Cariño... —susurró, emocionado.

—No puedo, Zach, aunque quisiera, no podría. ¿Cómo saber si no huirías otra vez? ¿Cómo saber si no saldrías corriendo si las cosas van mal y te sientes indigno o alguna otra mierda así?

—Jamás lo haría. Y te lo demostraré.

—Zach...

—No quise hacerte daño, solo quería estar cerca de ti e intentar enamorarte otra vez.

—No hacía falta, Zach.

—Te amo, Paige, tenía que intentar...

—No lo entiendes —le interrumpí—. Nunca dejé de amarte —reconocí, una lágrima cayó por su mejilla—. Y eso es lo único que hubiera necesitado escuchar de ti.

Cogí sus manos con las mías y las aparté de mi cara.

—Gracias por darme esta vez todas las respuestas que necesitaba —las lágrimas caían sin control.

—Paige, por favor. No lo hagas. No te vayas —rogó.

Tenía que hacerlo, con todo el dolor de mi corazón.

—Adiós, Zach.

—¡Joder! —exclamó y antes de que pudiera girarme y darle la espalda, me cogió por la cintura y me besó.

Un beso con sabor a lágrimas de despedida. Nuestros labios temblando, un sollozo mío interrumpiéndolo.

Abrí los ojos lentamente y vi cómo las lágrimas caían por su rostro. Levanté una mano y acaricié su mejilla. Él cerró los ojos, disfrutando de la caricia. Era agónico para los dos.

—Sigue con tu vida, Zach. Es lo mejor para todos.

—No si no estás en ella.

—Estoy demasiado herida para eso —susurré, él abrió los ojos.

—Por mi culpa, lo sé —tragó saliva—. Pero esta vez haré que sane.

—Zach, no.

—Te amo, Paige —sentí como si me estuvieran estrujando el corazón. Eso era lo único que hubiese necesitado escuchar y no tantas mentiras ni una falsa boda con segundas intenciones—. Y mientras siga vivo, te lo demostraré.

Le di un beso dulce en los labios y me marché de allí. Me monté en el taxi que estaba esperándome y me fui.

Era la mejor decisión que podía tomar, entre nosotros, ya todo había terminado.

Esa vez fui yo quien le había roto el corazón. Y el mío no había terminado mucho mejor.

Capítulo 19



Zach

La vi marchar y se me partió el corazón. Solo entonces pude sentir un parte de lo que le había hecho a ella.

Porque ella se fue por derecho, yo hui cobardemente.

Me dejé caer en el suelo y permití que salieran fuera todas las lágrimas que retenía. La había perdido y aunque sabía que iba a ocurrir, guardaba la tonta esperanza, aunque muy pequeña, de que se quedase conmigo.

Lo que le había dicho era verdad. No había ninguna mentira en mis palabras.

Sabía que lo había hecho mal, me arriesgué conociendo las consecuencias.

Tenía planeado decirle la verdad el mismo día de la boda, con su traje preparado mientras yo le pedía delante de todos que me diera una oportunidad.

Pero cuando la escuché esa tarde decir que se marchaba...

Supe que tenía que actuar. Y había vuelto a meter la pata. Había vuelto a joderla, como siempre.

Dolía como el infierno perderla. Sentía como si me estuviesen clavando un cuchillo en el corazón, me faltaba el aire. Sentía que ya nada podría ser lo mismo.

¿Cuánto daño le había hecho a esa mujer por ser un maldito cobarde?

Yo solo estaba recibiendo una parte y dolía como el demonio.

Estaba recibiendo, exactamente, lo que me merecía.

Capítulo 20



—Cariño...

Mi padre se levantó del sofá cuando me vio entrar y me abrazó.

—¿Cómo fue el día? —pregunté automáticamente.

—Bien, no te preocupes. Somos nosotros quienes estamos preocupados por ti.

—Paige —mi madre me dio un beso cuando me senté entre los dos—. No llores, cariño —limpió mis mejillas.

—Se terminó —susurré. Miré a Tim, frente a mí, con el rostro entristecido—. Solo quiero volver a casa.

Él asintió con la cabeza rápidamente. Se levantó y se agachó entre mis piernas para darme un abrazo. Lo agradecí, necesitaba ese contacto en un momento así.

—Mañana por la mañana volvemos a casa —me aseguró.

—Paige...

—No te preocupes, mamá —la miré y sonreí como pude—. No estoy enfadada contigo. Entiendo lo que quisiste hacer.

Ella creyó, como Zach, que todo eso podría tener un final feliz. No tenía mala intención, pero me habían hecho daño.

—Solo quería verte feliz —lo que imaginaba—. Y a él también —se le escaparon un par de lágrimas.

—El problema es que eso ya no puede ser entre nosotros —suspiré.

—¿Por qué no? Os queréis.

Yo a él sí. Parecía que él a mí también. Pero...

—Porque eso no es suficiente, mamá. Porque después de huir, después de tantas mentiras, ¿cómo voy a poder creer en él?

—Porque tu corazón lo sabe.

Miré a mi padre, asombrada por la respuesta.

—Mi corazón hace mucho que se rompió para sentir nada —le recordé—. No me fiaría de un corazón dañado.

—No, cariño, las cosas no son así. Lo que pasa que solo siente por quien ama. Pero no pienses en nada ahora. Vuelve a tu casa. Sigue con tu vida. Sana. Ya llegará el momento para todo.

—Entre Zach y yo no será posible nada, papá. Todo eso quedó atrás.

—No, Paige. Y ese es el problema. Nada quedó atrás. Tú seguiste guardándole rencor al chico joven e inexperto que era. Como lo seguiste queriendo. Él siguió viéndose como ese joven cobarde que huyó y que se excusa en que no era suficiente para ti porque es más sencillo eso que reconocer que solo fue el miedo —al parecer, Zach les había contado a todos sobre su marcha—. Y también te siguió queriendo. Pero de eso hace ya más de diez años. Ni tú eres esa chica ni él ese chico. Cuando entendáis eso, lo entenderéis todo.

—No te entiendo...

—Ya lo harás, cariño —sonrió—. Ahora vete a descansar.

—Sí, lo necesitas —insistió mi madre.

—¿Te quedas conmigo? —casi le rogué a Tim— No quiero dormir sola.

Él sonrió con tristeza.

—Siempre estoy contigo, Paige. Compro los billetes de avión y subo.

—Gracias.

Les di un beso a cada uno y subí. Mientras Tim venía, abrí el grifo de la bañera y me senté dentro, disfrutando del contacto del agua en mi piel desnuda.

Me permití llorar de nuevo porque con esa despedida ya sí que no había esperanzas para Zach y para mí.

En realidad nunca las hubo. Pero una tenía la tonta ilusión de que tal vez...

Tal vez nada.

Salí del baño con el pijama ya puesto. Tim estaba allí, ofreciéndome una taza.

—Es té, te sentará bien.

—Gracias... —me senté a su lado y tomé un poco.

—Salimos a la una de la tarde, no puede ser antes.

—Está bien —me gustaría haber podido marcharme antes de la hora fijada para esa falsa boda porque tenía miedo a que pudiese verlo otra vez.

—¿Y tú cómo estás?

—Rota —esa era la verdad.

—¿Y él?

—Destrozado. O eso creo...

—¿Crees?

—Ya no sé qué creer, Tim —suspiré—. Ya no sé qué creer de él. Siento que me va a estallar la cabeza. A veces creo que me quiere, otra que es un puto egoísta y mi cabella va a reventar.

—Porque estás agotada —me quitó la taza y se levantó—. Venga, a dormir —me tumbé y él lo hizo a mi lado, los dos mirándonos—. Todo pasará, cariño.

—Lo sé. Pero duele.

Dolía demasiado.

Tanto que apenas pude pegar ojo en toda la noche. Me despertaba sobresaltada, seguramente con pesadillas que no podía recordar. Gracias a Dios que ahí estaba Tim, abrazándome y ayudándome a dormir de nuevo.

Cuando conseguí conciliar el sueño ya era bastante tarde, así que me desperté más tardíamente de lo normal.

Tim ya estaba con la maleta preparada, ya se había despedido de su familia y había preparado hasta mi equipaje. Desayuné con mis padres y me despedí de ellos, como siempre, entre lágrimas. Con la promesa de que nos veríamos muy pronto.

Llamamos a un taxi y nos montamos en él.

—Al aeropuerto, por favor.

—Tim...

—¿Sí? —negué con la cabeza, iba a decir una tontería— Lo entiendo —sonrió, comprensivo.

El taxi siguió sus instrucciones y paró cerca del lago.

Y ahí estaba él. Ahí estaba Zach dándonos la espalda, sentado en el césped mirando hacia el lago. Había ido, como había dicho.

—Tampoco es fácil para él —susurró Tim.

Y solo en ese momento creí que estaba sufriendo de verdad.

En ese momento supe que lo que sentía por mí era real.

Tuve ganas de abrir las puertas de ese taxi y de salir corriendo. De tirarme en sus brazos y de decirle cuánto lo quería. Que era un gilipollas, que lo había hecho siempre mal, pero que podíamos tener otra oportunidad.

Pero no lo hice. Porque esa vez era yo la que tenía miedo.

Miedo a sufrir.

Miedo a creer en él y a que no fuera cierto.

Miedo a vivir con la incertidumbre de no saber si volvería a temer y a salir corriendo.

Miedo a no poder confiar en él.

Y esa era la base de una relación.

—Al aeropuerto, por favor —dije entre lágrimas.

—No lo hagas, Paige —casi suplicó Tim.

—Al aeropuerto —repetí y el taxista me hizo caso.

Cerré los ojos y suspiré.

No volví a mirar atrás.

Ahí quedaban Zach y nuestro pasado. Ahí terminaba la historia de la organizadora de bodas

enamorada, aún, del hombre que le destrozó el corazón.

Capítulo 21



Dos meses después...

—¡Joder! —gritó Tim, lo que ya parecía ser una costumbre en nuestras vidas— Te juro, Paige, que un día de estos me muero. ¿Es que no puedes tener un poco de consideración?

—Pero si solo me siento en el sofá —resoplé.

—A una hora que no es normal —se fue refunfuñando para la cocina y volvió con su taza de café—. Si sigues durmiendo tan poco, lo de las ojeras de oso panda se te va a quedar corto —me advirtió.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, me cuesta dormir.

—¿Cosas llamadas Zachary Allen? —preguntó.

¿Para qué iba a responder eso si ya lo sabía?

Estaba de vuelta en el trabajo, más estresada que nunca. Y si antes me costaba quitármelo de la mente, lo de los dos últimos meses ya no era normal.

Me sentía extraña porque mis sentimientos hacia él eran más fuertes que nunca y sentía rabia porque ni siquiera se había acordado de mí.

Tenía a veces la sensación de que ese día solo me había dicho palabras vacías. De que todo eso de “lucharé por ti” no era más que una frase sin más.

Había intentado no preguntar por él, pero necesitaba saber, al menos, que estaba bien.

—¿Sabes algo de él? —sabía que Zach y Tim se veían de vez en cuando, quedaban para tomar algo, para comer...

Pero Tim nunca me contaba nada de lo que hablaba con él.

Me había explicado por qué lo ayudó y lo entendí, tampoco podía reprocharle nada porque también era su amigo. Y sabía que le dolía mantenerlo lejos de su vida, así que yo misma lo animé

a que lo llamase.

—Sí.

Y ya no dijo nada más.

—¿Está bien?

—El trabajo le va muy bien.

—Sí, eso lo sé —había visto en las noticias que el hospital donde trabajaba había conseguido un premio desde que Zach estaba allí—. Es bueno.

—Bastante —siguió bebiendo su café.

—¿Y sobre lo demás?

—Pues bien.

—Ah... ¿Nada nuevo?

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente, Paige? —Tim, como siempre, directo al grano.

—Nada en particular —mentí.

Si se acuerda de mí, pensé.

Si habla de mí.

Si ya me olvidó.

Si ya dejó de quererme...

—Sí. Sí. No. Y obviamente no.

—¿Qué?

—Lo has dicho en voz alta —puso los ojos en blanco.

—Oh, mierda.

—Después dices que por qué eres un libro abierto para mí —rio—. Si la mayoría de las veces lo dices tú todo.

—Tampoco es para que te rías.

—Ya te digo yo que sí —seguía riendo—. ¿De verdad te preguntas esas cosas?

—Bueno... No volví a saber nada de él.

—Creía que no querías.

—También me dijo que lucharía por mí y ya ves, ni un simple mensaje —ahí estaba lo que me quemaba por dentro.

¿No que tanto me quería? ¿Tanto que iba a luchar por mí? ¿Que no se daría por vencido? ¡Pues ni un maldito “hola, ¿cómo estás?!”

Y yo que había pensado que, tal vez, era sincero.

Tim resopló, se levantó del sofá y volvió con varios sobres.

—¿Qué es eso?

—Cartas de Zach. Hay ocho, como puedes contar —las cogí, intrigada—. Me ha estado dando una a la semana, para ti, están numeradas.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Porque él me lo pidió.

—No lo entiendo...

—Me dijo que no lo hiciera mientras no preguntases por él. Que si lo habías olvidado, lo aceptaría.

—¿Y qué dicen? —susurré.

—No lo sé, Paige, no las he leído.

Abrí la primera carta y comencé a leer.

Carta 1.

Hola, Paige.

Hoy hace una semana que te perdí. Me cuesta reconocer que es así.

En realidad te perdí hace mucho tiempo, pero eso ya no puedo arreglarlo. Lo intenté y volví a hacerlo mal. Volví a dañarte.

Lo único que quiero en la vida es verte feliz. Y si eso significa que yo debo estar lejos, por más que me duela, lo haré.

Estuve ese día en nuestra boda ficticia. Pensé mucho mientras estuve ahí, mientras la esperanza de que aparecieras desaparecía con cada minuto que pasaba. No te culpo por ello, me lo merecía. Intento respetar el espacio que necesitas, pero no por ello creas que no lucho por nosotros. Lo haré siempre, aunque no lo veas.

Ese día, en el altar que creamos, pensé en nosotros. Pensé en lo que fuimos. Pensé en cómo la cagué, porque no hay una forma menos brusca de decirlo.

Pero sobre todo pensé en ese mes que compartí contigo, organizando una falsa boda.

Aprendí mucho de ti, Paige. Aprendí que no eres la misma chica de hace años. Eres muy diferente. Y si antes te admiraba, lo que descubrí en tu nuevo yo me dejó sin respiración.

Hiciste que me enamorase, también, de la mujer que eres ahora.

Ni siquiera me había detenido a pensar en eso. Estaba tan centrado en reparar el daño del pasado y en recuperar a esa mujer que eras diez años atrás, que no me di cuenta de que ninguno de los dos éramos los mismos.

Creo que ese fue mi error.

Si pudiese volver atrás, lo haría de otro modo. Pero eso ya no es posible. De todas formas, intentaré hacerlo en estas cartas que no sé si leerás algún día.

Quiero que me conozcas, quiero conocerte. Quiero enamorarme, otra vez, de quien eres ahora. Y sueño con que algún día olvides a ese chico cobarde y quieras conocer al hombre que ahora soy.

Un tonto romántico que pasa noches mirando las estrellas que se reflejan en el lago sin dejar de pensar en la mujer que ama.

Ese es el hombre que soy. Así que comenzaré desde el principio.

Hola, Paige. Soy Zachary Allen, un hombre al que ya no le da miedo amar...

Posdata: Solo hay un par de cosas del pasado que no van a cambiar. Lo que yo siempre he sentido por ti, tanto en el pasado como lo que siento ahora, como que cada año volveré a ese lugar, rezando porque algún día me des una oportunidad.

Te amo, mi amor.

Siempre tuyo. Zach.

Me limpié las lágrimas que habían mojado hasta el papel.

—Este tío es gilipollas —resoplé abriendo la segunda.

En las siguientes cartas me hablaba de su vida. Me contaba todo sobre el trabajo, cómo se sentía, me hizo reír con algunas de sus anécdotas. Todo lo que iba logrando. Lo orgulloso que estaba de mí por todo lo que le contaba Tim y...

En cada carta, al final, siempre las mismas palabras: *Te amo, cariño. Siempre tuyo. Zach.*

—Supongo que te demuestra en esas cartas que no te ha olvidado.

No podía ni hablar, me escocían los ojos de tanto llorar.

—¿Qué hago con él?

No era una pregunta que necesitase una respuesta, pero Tim se lo tomó así.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

En ese momento, volví a recordar las palabras que me había dicho mi padre la noche antes de marcharnos de Montgomery.

“Tú seguiste guardándole rencor al chico joven e inexperto que era. Como lo seguiste queriendo. Él siguió viéndose como ese joven cobarde que huyó y que se excusa en que no era suficiente para ti porque es más sencillo eso que reconocer que solo fue el miedo. Y también te siguió queriendo. Pero de eso hace ya más de diez años. Ni tú eres esa chica ni él ese chico. Cuando entendáis eso, lo entenderéis todo.”

Volví a buscar la primera carta y a releerla.

“Hiciste que me enamorase, también, de la mujer que eres ahora.”

“No me di cuenta de que ninguno de los dos éramos los mismos.”

“Quiero que me conozcas, quiero conocerte. Quiero enamorarme, otra vez, de quien eres ahora. Y sueño con que algún día olvides a ese chico cobarde y quieras conocer al hombre que ahora soy.”

Eran casi las mismas palabras que había dicho mi padre y solo entonces lo entendí.

Miré a Tim y respondí a su pregunta.

—Quiero conocerlo.

Capítulo 22



Me mantuve allí, de pie, observándolo.

Estuve como cinco minutos así, solo mirando cómo jugaba con el césped del lugar.

Había conseguido que Tim se enterase de dónde se encontraba ese lago del que Zach hablaba en sus cartas y cuándo iría, Tim era bueno sacando información sin que las personas se diesen cuenta y había decidido ir hasta allí.

En pleno Hyde Park y con esa visión frente a mí, el ambiente se sentía especial.

Casi estaba anocheciendo y comenzaba a refrescar. El verano ya se había marchado, pero las temperaturas no habían bajado, aún, demasiado.

Me apreté un poco más la chaqueta y cogí aire antes de acercarme a él. Me costó la vida dar ese paso. Había pensado en que todo eso era una locura y que tenía que marcharme, salir corriendo de allí como alma que lleva el diablo y no volver a verlo nunca más.

Pero no era lo que quería. Y estaba cansada de sufrir por no tener a quien quería a mi lado. Primero por su marcha, después por la mía.

Y la vida es demasiado corta para vivir así.

Tenía que hacerlo porque mi corazón necesitaba a Zach.

Caminando lentamente, llegué hasta su lado y me senté.

Noté cómo se sobresaltó y vi por el rabillo del ojo cómo me miraba. Yo, nerviosa, mantuve la vista al frente.

—Paige... —le sorprendía verme y no era para menos.

—Es un lugar precioso —giré la cabeza y lo miré y casi lloro allí mismo.

Estaba realmente guapo. Su pelo un poco más largo y revuelto que de costumbre y parecía

cansado.

Y yo no lo había visto más guapo en toda mi vida.

Me miraba con los ojos abiertos de par en par, sabía que lo había dejado sin palabras.

—Hola —sonreí, avergonzada.

—Dios, Paige, ¿eres tú? —levantó una mano, pero la dejó caer sin llegar a tocarme— Estás preciosa.

—Tú también estás muy guapo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste?

—Tim es bueno —sonreí y él hizo lo mismo, desatando decenas de emociones en mí.

—No me puedo creer que estés aquí. ¿Estás bien? ¿Ocurrió algo?

—No, Zach, no estoy del todo bien —reconocí. Sus ojos grises observándome atentamente, preocupado—. Echo de menos a alguien.

—Ah... —la decepción en su voz.

Lo vi tragar saliva y mirar al frente, llenando sus pulmones de aire. Qué tonto era, ¿no se daba cuenta de que hablaba de él?

—Pasé diez años echándolo de menos —rápidamente, volvió a mirarme.

—Paige...

—Pero esta vez me está costando más.

—A mí también —reconoció emocionado—. No hay día que no te piense.

Me limpié una lágrima y sonreí. Era el momento de hacerle mi proposición.

—Quiero conocer al nuevo Zach.

Me miró fijamente y reaccionó como menos lo esperaba.

—Joder —se levantó de un salto y se pasó las manos por el pelo, como desesperado.

Lentamente, me levanté también, nerviosa por esa manera de actuar. Apreté mis manos y, con miedo a que fuese demasiado tarde, esperé.

—Entiendo si te estoy pidiendo demasiado.

—Mierda —exclamó y ni tiempo me dio a expresar mi sorpresa cuando sus labios ya estaban sobre los míos. Me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo para besarme. Gemí entre sus labios, por fin volvía a tenerlo cerca—. ¿De verdad? —dejó mi boca libre, cogió mi cara entre sus manos y me miró, emocionado.

—Si no es tarde para eso...

—Nunca será tarde para nosotros —juró—. He soñado tantas veces con esto que no sé ni qué decir —rio, avergonzado.

—¿Qué tal que también me has echado de menos?

—¿Hace falta que lo diga, Paige? —asentí con la cabeza, él limpió mis mejillas mojadas por las lágrimas— No hay un maldito día desde que te dejé que no te haya echado de menos —dijo con seguridad—. Y ya no sé cómo reparar eso. No sé cómo enmendar todo el daño que te hice.

Negué con la cabeza, no me estaba entendiendo.

—No tienes que reparar nada. Yo quise y odié a ese Zach, pero ese ya no eres tú. Y es a este a quien quiero conocer de verdad —lo mismo que él me había dicho en esa primera carta que me escribió.

—Paige...

—Me enamoré del Zach que inventó una boda —reí—. ¿Crees que puedo enamorarme del doctor que mira estrellas reflejadas en un lago?

—Si me das la oportunidad, haré que te enamores cada día del hombre que soy —juró.

—¿Y tú podrías volver a enamorarte de mí? —el corazón me latía desenfrenadamente esperando su respuesta.

No era lo mismo leer algo así en una carta que decirlo mientras se mira a la persona a los ojos.

Sonrió, esa vez ampliamente.

—Siempre tuyo.

Me encerró entre sus brazos, abrazándome con fuerza, como si quisiese meterme dentro de él.

—¿Esto significa que estamos juntos?

Me separé de él y mordí mi labio.

—Esto significa que nos estamos conociendo de nuevo.

—Ah... ¿Y qué reglas tiene eso?

—Las que queramos —me encogí de hombros—. Fidelidad.

—Ni lo dudes, me daría algo si tuviera que compartirte —resopló.

—Respeto —asintió con la cabeza—. Confianza.

—Siempre.

Fruncí los labios, pensando.

—Y nada de sexo.

—Claro... No, espera, ¡¿qué?!

—Bueno, las parejas cuando empiezan a salir no se acuestan, ¿no? Esperan a la tercera cita o algo así —me tuve que reír al ver su cara de espanto.

—No voy a tenerte cerca y a no tocarte, Paige. —me advirtió—. Te tengo cerca ahora mismo y no dejo de pensar en tenerte desnuda bajo mi cuerpo —lo dijo en un tono que me excitó rápidamente, mis mejillas encendidas—. Así que aceptaré todo lo que quieras menos eso.

—¿Todo lo que quiera?

Frunció el ceño al ver la picardía en mi mirada. Estaba bromeando con él.

—No —reconoció—, pero ya irás conociendo mis límites —resopló.

—De eso se trata —sonreí, feliz—. ¿Crees que funcionará, Zach? —el miedo, de nuevo, adueñándose de mí.

Sabía que lo quería más que a nadie en este mundo. Comenzaba a creer, de verdad, que él sentía lo mismo por mí. Tenía esperanzas en que podíamos dejar el doloroso pasado atrás y comenzar desde cero y ver si la vida, esa vez, sí quería darnos una oportunidad.

Pero como bien sabíamos los dos, ya no éramos los mismos, habíamos cambiado, habíamos madurado. Éramos personas diferentes cada día. Y una cosa eran los sentimientos, otra la realidad.

Me colocó el pelo por detrás de la oreja y puso la palma de su mano en mi mejilla, una dulce sonrisa en sus labios.

—No vamos a permitir que no funcione —me dio un beso en la frente y suspiré del alivio. Me pasó una mano por los hombros, como le gustaba hacer siempre y yo lo agarré por la cintura—. Tengo muchas cosas que contarte, Paige, han sido dos meses agonizantes y te juro que en esas cartas solo te he hecho un resumen —resopló.

No tuve más remedio que sonreír por cómo había conseguido llevar ese momento a la normalidad.

Por una parte era el Zach de siempre, por otra era un hombre nuevo al que tenía que conocer.

Era todo tan emocionante como acojonante, no había mejor manera de explicarlo.

—¿Y si me lo cuentas mientras cenamos? Porque no sé tú, pero yo con los nervios de venir aquí no he sido capaz de comer en todo el día.

—¿Llevas todo el día sin comer?

—Pues sí —hice una mueca con los labios.

Zach puso los ojos en blanco.

—Joder, Paige, vamos a tener la primera discusión de pareja pronto —resopló.

—¿Somos pareja? —dicho así, sonaba... Fuerte.

—Claro que lo somos. ¿Qué esperabas ser? ¿Amiga única con derecho?

—¿Eso significa que pasaremos mucho tiempo juntos?

—Este fin de semana seguro, porque te advierto que no te vas a mover ni de mi lado ni de mi cama en los próximos días.

Solté una carcajada.

—No me quejaré por ello.

—Ya te digo que no —una sonrisa pícaro en sus labios—. Después de eso, todo se verá. Al ritmo que tú necesites —me dio un beso en la frente y seguimos caminando—. ¿Pizza? Conozco un lugar cerca que te va a encantar. Tienen tu favorita.

—Entonces sin dudarlo —apoyé la cabeza en su hombro y caminé junto a él.

Me sentía, por primera vez en muchos años, feliz.

Capítulo 23



—Me encanta este lugar —sonreí, mirando por el enorme ventanal desde donde se veía todo Manhattan.

Zach y yo habíamos cenado en la pizzería que me comentó y tenía razón, me había encantado ese lugar y la comida estaba riquísima. Entre eso y el helado, apenas me podía mover.

—Me alegra que te guste —me abrazó por detrás y me dio un beso en el cuello.

—Tiene que ser precioso ver cómo sale el sol y cómo se esconde desde aquí —me hizo girarme entre sus brazos y me miró fijamente a los ojos.

—Será perfecto cuando lo vea contigo —dijo con intensidad—. He soñado muchas veces con tenerte aquí.

—Pues con esas vistas me vas a ver muchas veces —bromeé. La intensidad de su mirada me quemaba en ese momento, pensé que lo había espantado y me puse nerviosa—. Estaba bromeando, Zach —le aclaré.

—¿Te parece lo suficientemente perfecto como para mirar por esa ventana cada día de tu vida?

Se me atascó el aire en los pulmones, no me esperaba eso.

—Yo...

—El día que lo elegí pensé en ti —su voz grave, provocándome escalofríos—. Te veía aquí, donde estás ahora, enamorada de las vistas.

—Zach...

Sonrió, parecía un poco avergonzado y a mí me resultó de lo más adorable.

—Sé que es pronto y que debemos ir paso a paso —asentí con la cabeza—. Pero eso no impide que sepas que todo lo que hago es siempre soñando en tener un futuro contigo. Sigo siendo ese mismo hombre que te esperará el próximo año en Montgomery, y el otro y el otro, con la

esperanza de que aparezcas y de que te conviertas en mi esposa —limpió una lágrima de mi cara—. Te daré todo el tiempo del mundo, Paige, pero no voy a reprimir lo que siento por ti ni voy a dejar de decírtelo nunca.

—No quiero que lo hagas —susurré y acaricié su cara.

—Te quiero. Y te deseo —me dio un beso en los labios—. Nada de eso cambió y te juro que no cambiará jamás.

Correspondí a su beso desesperado, así era como me sentía yo también. Lo había echado tanto de menos...

Me agarré con fuerza a su cuello y enrosqué mis piernas en su cintura cuando me alzó en peso para llevarme a su dormitorio. Me dejó de pie, al lado de su cama y comenzó a deshacerse de mi ropa con lentitud. Una calma agonizante que me excitaba.

—La última vez no me dio tiempo ni a admirarte —me quitó el sujetador, y se agachó para dejarme completamente desnuda—. Este fin de semana voy a remediar eso —se apartó un poco y observó mi cuerpo—. Eres perfecta, Paige.

Negué con la cabeza, era un exagerado.

—Soy tan imperfecta como cualquiera. Habrás estado con mujeres mejores...

Zach puso un dedo en los mis labios, silenciándome y regañándome con la mirada.

—¿Sigues con los complejos? —yo más bien diría inseguridad, como la que siente cualquier mujer. Se quitó la ropa y me pegó a su cuerpo, dándome tiempo a admirarlo. Estaba más musculado que años atrás, él sí era perfecto. Puse las manos alrededor de su cuello y enterré los dedos en su pelo— Para mí siempre has sido perfecta. Lo vas a ser siempre —me besó en el cuello—. Esos ojos negros... —gemí cuando me lamió— Esos labios llenos que me encantan besar —me mordió y me temblaron hasta las piernas. Me tumbó en la cama y se colocó encima de mí, entre mis piernas abiertas—. No hay nada imperfecto en ti para mí —apretó mi pecho y yo me elevé un poco, las sensaciones me estaban matando—. Te deseo tanto que duele.

Lo besé. Lo besé desesperadamente porque me había dejado sin palabras. Me había emocionado el cariño con el que me hablaba. Sentía que volvíamos a ser esos chicos de antaño.

Lo besé con desesperación porque él era lo mismo para mí, nadie fue ni sería nunca como él.

Me llevaba al límite con sus dedos, acariciando mi piel. Bajó y jugó con mis pechos. Los lamió y mordió mis pezones, chupándolos después para aliviarlos.

Siguió bajando por mi vientre, besó mis muslos y me dio un beso en el pubis.

—Zach... No lo hagas.

Era una queja, una manera de decirle que no era el momento, que solo lo necesitaba dentro. Pero Zach nunca hacía lo que le decía.

—Conocía tu cuerpo mejor que tú, Paige —me recordó—. Volveré a hacerlo. Así que no me digas que no estás deseando correrte en mi boca.

Gruñí, iba a tener un orgasmo solo con ese comentario.

Y sí, me conocía bien, era lo que deseaba. Pero lo necesitaba dentro.

Con sus dedos, abrió mi sexo y me acarició.

—Empapada —susurró.

Metió dos dedos sin previo aviso y me arqueé. Entonces su lengua comenzó a jugar conmigo mientras sus dedos entraban y salían con rapidez, sin dejarme pensar. Consiguiendo que el orgasmo llegase rápidamente. No podía ser que ese hombre siguiera sabiendo cómo hacerme estallar en mil pedazos en cuestión de segundos.

Volvió a ponerse sobre mí, su erección en la entrada de mi sexo.

—¿Estás bien? —se estaba riendo.

—Eres un capullo —suspiré y sonreí—. Te debo una.

—Nos debemos diez años, mi amor. Pero tenemos tiempo —entró en mí y me besó para tapar el grito por la sorpresa—. Joder —gruñó sobre mis labios.

Comenzó a moverse rítmicamente, clavé las uñas en su baja espalda y lo apreté más contra mí, moví mis caderas para ayudarlo a entrar más profundamente.

—No lo hagas, Paige. No te muevas así porque sabes lo que pasa —su voz ronca, entrecortada.

Por eso mismo lo hacía, yo también lo conocía a él muy bien.

—Córrete —le pedí cuando noté los espasmos de mi segundo orgasmo.

—Joder —gimió acelerando los movimientos y terminando, llenándome de él.

Cerré los ojos y sonreí. Esperaba que Zach siguiese ahí al despertar y que no hubiera sido todo un sueño.

Capítulo 24



Zach

Me desperté en la cama y fruncí el ceño al no verla.

Me levanté rápidamente, con miedo a que se hubiese marchado. Me puse el bóxer y fui a buscarla.

Suspiré de alivio al verla allí, cual diosa, con mi camisa puesta y mirando por ese ventanal que tanto le había gustado.

Sonreí y me apoyé en la pared, crucé los brazos y disfruté de esa visión.

Cuando la vi a mi lado, en el lago, sentí que tenía el corazón en la garganta. Me había quedado sin poder respirar, no sabía qué decirle. No imaginaba qué estaba haciendo allí.

Y casi muero de la tristeza al creer que había alguien más en su vida.

Desde que me marché de Montgomery, sabiendo que ella no iba a aparecer a esa boda ficticia, trabajé duro para apenas tener tiempo libre y no poder pensar.

Quedaba con Tim y le preguntaba por ella. Le entregaba mis cartas y me decepcionaba cada semana al saber que ella no preguntaba por mí, pero no por ello perdí la esperanza.

Tenía que sanar, los dos teníamos que hacerlo.

Cuando me pidió conocerme, el mundo comenzó a girar. No me podía creer que me estuviese dando otra oportunidad. La había herido más de una vez, la había hecho sufrir y no merecía nada. Solo su indiferencia.

Pero estaba ahí, dándome la oportunidad de demostrarle que ya no era el mismo cobarde de años atrás, ni el mismo hombre que inventó una boda para poder acercarse.

Era yo, sincero, sin miedo a mostrarme ante ella y aceptando sus decisiones.

Me había dado una oportunidad y no iba a desaprovecharla. Porque yo amaba a esa mujer y no iba a volver a sentirme muerto en vida.

La vi levantar una mano y tocar el cristal con los dedos. ¿En qué estaría pensando? Porque con esa sexy imagen delante de mí, mis pensamientos eran, sin lugar a dudas, sobre hacerla gritar mi nombre de nuevo.

El sexo con Paige había sido siempre bueno, pero ahora era perfecto.

Me acerqué a ella sin hacer ruido y sonreí cuando se asustó mientras la abrazaba.

—¿No podías dormir? —besé su cuello y dejé mi cabeza apoyada en su hombro, disfrutando de su reflejo en el cristal.

—Estaba un poco nerviosa —susurró.

—¿Y eso por qué?

—Supongo que porque todo esto es demasiado bueno para ser real. Y asusta.

Me encantaba lo sincera que era siempre. Aún con sus pequeñas inseguridades y sus miedos, ella no se guardaba nada. Yo aprendí de ella, de su recuerdo. Y seguiría haciéndolo, pero esa vez siendo real.

—Te aseguro que es real, mi amor —le desabroché la camisa y se la quité por los hombros, dejándola caer al suelo.

Cogí sus manos y las coloqué por encima de su cabeza, con las palmas pegadas en el cristal.

—Zach...

—Solo disfruta —le hice abrir las piernas y me pegué a ella.

Las dos manos en sus caderas, acariciándolas hasta llegar a su vientre. Mantuve una mano ahí para sujetarla y bajé la otra hasta su sexo.

Evité gemir al sentirla tan mojada. Mi erección sí que no iba a controlarse tanto...

—Te quiero follar aquí —susurré en su oído, notando cómo se excitaba con cada palabra—. Imagina que te miran mientras hago que te corras —metí dos dedos dentro de ella, apreté mi mano en su barriga cuando noté que le temblaban las piernas—. Imagina qué pensaría la gente si pudiera verte así, perfecta, mientras tus pechos se mueven por la fuerza de mis embestidas.

Los dedos aún más dentro, notando cómo el orgasmo se acercaba.

Los saqué rápidamente, la cogí por las caderas y la hice agacharse un poco, con su trasero para atrás. Me agaché y la penetré con fuerza.

Joder...

Me tuve que quedar quieto para no correrme en ese mismo momento. Salí lentamente y volví a entrar con fuerza. Comencé a moverme, primero poco a poco, después perdiendo el control. Como siempre me ocurría con ella.

Me tumbé un poco sobre su espalda, con una mano agarré uno de sus pechos y la otra sobre su sexo. Iba a follarla hasta hacerla gritar.

—Zach —su voz gutural, desesperada.

Así era como me gustaba verla.

—Te voy a follar toda la noche —le advertí.

—Sí...

—Joder, cómo me gusta —estaba sin aliento, disfrutando como nunca.

Terminé perdiendo el control por completo, penetrándola con fuerza hasta que su orgasmo llegó y sus contracciones me hicieron correrme dentro de ella.

Maldición, el sexo con esa mujer era la gloria.

Salí de ella cuando pude moverme, la cogí en brazos y volvimos a la cama.

—No vuelvas a asustarme así —suspiré, agotado.

—¿Te asusté?

—Mucho. Pensé que te habías ido.

—¿Adónde iba a ir? —sonrió— No tengo intención de ir a ningún lado.

—Me alegro, porque tampoco te dejaré hacerlo. No te he recuperado para perderte de nuevo, Paige. Así que cuando haga el idiota, me das una patada bien fuerte en la entrepierna de advertencia, pero no te vayas.

Ella soltó una carcajada y se abrazó a mí.

—No me iré a ningún lado —prometió.

Y yo, como había jurado, no permitiría que lo hiciera. La vida me estaba dando otra oportunidad para ser feliz con la mujer de mi vida y yo no era tan tonto como para desaprovecharla.

Capítulo 25



—Hasta que apareces... —Tim sonrió cuando vio a Zach aparecer detrás de mí— Vale, era lo que me imaginaba —sonrió.

—¿Y si me hubiesen secuestrado? ¿Y tú tan tranquilo aquí?

—Si alguien te secuestra, Paige, créeme, no tardaría mucho en soltarte —se mofó.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar? —resoplé mirando a Zach, quien reía.

—Sabes que hay un gran ventanal que te espera —me guiñó un ojo y yo no supe si me puso roja por la ansiedad de pensar que podíamos vivir juntos o por lo que había vivido en ese ventanal con Zach.

—Ay, no, tened un poco de consideración que aquí hay uno que anda a dos velas —se quejó Tim—. C'est moi, por si no lo habéis pillado.

—¿Tú a dos velas? —puse los ojos en blanco— Déjame dudar.

—Bonita fama tengo —resopló—. Anda, date una ducha que tienes el pelo como estropajo. Vergüenza me da verte.

—Está perfecta.

—Oh, mi Dios —la cara de Tim era un poema tras el comentario de Zach—. Y tiene que ser perfecta en la cama también para tenerte mirándola con esos ojitos de cordero degollado. Anda, tira —me separó de Zach—. Dúchate que ya le enseño yo la casa mientras.

—A sus órdenes —reí.

Pero a mitad de camino, Zach me paró, me giró para ponerme frente a él y me dio un beso de tornillo que me dejó sin aliento.

—¡Joder! ¿No podéis hacer esas cosas en privado? —refunfuñó Tim, pero cuando lo miré, me sonrió y me guiñó un ojo. Sabía que estaba feliz por nosotros.

—Veré la casa y me iré. Tengo que estar en el hospital.

Me había comentado antes de salir que tenía guardia ese domingo y que no había podido cambiarla.

—Lo sé —acaricié el rostro de Zach—. Ya nos vemos...

—De ya nos vemos nada, Paige. Pasaré por ti cuando termine. Si es que acabo hoy —puso una mueca.

—Y si no, no pasa nada.

—Claro que pasa, tengo ganas de estar contigo.

—Con calma —le recordé—. No voy a ir a ningún lado.

—Lo de la calma no es para mí —como si yo no lo supiera—. Ah, una cosa. La semana que viene tengo una cena con algunos compañeros de trabajo.

—Bien —sonreí.

De repente se puso nervioso y a mí me pareció adorable.

—Está intentando decirte, sin palabras, que lo acompañes.

—¿Pero por qué rompes el romanticismo? —miré a Tim con ganas de matarlo.

—Porque no hay ninguno —resopló este—. Que te gusta ver al pobre hombre sin saber cómo pedirte. A ver, Zach. Un consejo. No dejes que ella tome todas las decisiones. Porque entonces vais a acabar locos los dos.

—¡Oye! —reí.

—Es tu novia, ¿no? —los dos nos quedamos sin responder a esa pregunta, éramos pareja, sí, pero sonaba... ¿Extraño?— Pues hala —a Tim no le hacía falta ninguna respuesta—, irá contigo a todos lados. Ya es hora de que el mundo sepa que volvéis a estar juntos.

—Lo mato —suspiré, divertida.

—Vaya dos —rio Zach, me dio un beso en los labios—. Te veo después —un azote en el trasero y entré en la ducha.

Seguía sin poder borrar esa estúpida sonrisa de la cara que había lucido todo el fin de semana.

Cuando salí, ya Zach no estaba. Me senté en el sofá y suspiré.

—Veo que todo va bien.

—Eso parece —sonreí—. Pero me da miedo, Tim.

—¿Miedo? Ese hombre se muere por ti y tú por él, ¿qué hay que temer ahí?

—Que se asuste de nuevo. Que...

—Paige —me interrumpió—. Os estáis dando una oportunidad, el pasado debe de quedar atrás. Mira a ese hombre, no al chico de hace años, sino al hombre que ha salido por esa puerta. ¿De verdad crees que podría dejarte?

Recordé todo lo que habíamos vivido ese fin de semana. Cada beso, cada roce, cada caricia...
Negué con la cabeza, ese hombre era mío.

—No. Zach es... El amor de mi vida.

—Y tú el de la suya, no necesitas que yo te lo diga.

—Lo sé —esa vez sí lo sabía.

—Entonces disfrutad de eso, ya habéis sufrido bastante, merecéis ser felices.

—Me insinuóirme a vivir con él.

—¿Y quieres hacerlo?

—Me gustaría esperar un poco más, quiero hacer las cosas con calma.

—Lo entiendo.

—Aunque nos conozcamos, ya no somos los mismos. Y esta vez quiero hacerlo bien desde el principio.

—Normal, cariño.

—Él tiene menos paciencia que yo, pero iremos paso a paso.

—Él también tiene miedo a perderte de nuevo. Más que tú, porque la cagada mayor fue suya. Pero os conozco, sé que lograréis dejar el pasado donde corresponde.

—Enterrado.

—Sí, nena —me guiñó un ojo—. La vida no suele dar segundas oportunidades, Paige, así que

deja los miedos y disfruta del momento.

Tenía razón, como siempre.

—Sigo enamorada de él, es como si el tiempo no hubiese pasado.

—No es así.

—Sí que lo es, conoceré yo mejor mis sentimientos que tú.

—Que no es así la cosa, zopenca, no que no lo quieras.

—Ah... Joder, pues explícate mejor.

—Te has vuelto a enamorar de él. Del hombre que es ahora, ¿no era eso de lo que se trataba?

Sí, exactamente se trataba de eso. Y sonreí porque sí, Tim tenía, de nuevo, razón.

El hombre que era hoy en día volvía a ganarse mi corazón. Y ese hombre no era perfecto, nadie podía serlo.

Ese hombre tenía complejos, como todos.

Ese hombre tenía inseguridades, como las teníamos todos.

Ese nuevo Zach tenía miedos, como cualquiera.

Y me tenía a mí. Me tenía en cada una de sus facetas. En sus momentos buenos y malos.

Capítulo 26



La boda

Montgomery. Meses después.

Iba hacia el altar y no podía dejar de mirar al hombre que me esperaba allí. El hombre de mi vida.

Las cosas entre nosotros habían resultado muy fáciles, en el fondo seguíamos siendo los mismos en esencia y nos conocíamos demasiado bien.

Así que cuando una noche, delante del ventanal de la casa que ya compartía con él, se arrodilló y me pidió (para mi sorpresa, con ese anillo que yo no había dejado de mirar meses atrás soñando con que podía ser mío) que me casase con él algún día, entre lágrimas dije que sí.

Con la condición de que sería en la fecha que podía haber sido en Montgomery, sin tener que dudar de si asistiría o no, porque sabría que iba a hacerlo. Porque los dos, además, íbamos a organizar nuestra boda.

Esa vez de verdad.

Todo estaba precioso, era sencillamente perfecto. En ese lago, con ese hombre...

Llegué hasta él del brazo de mi padre. Puso mi mano sobre la de Zach después de darme un apretón cariñoso en ella. La madre de Zach llorando, al lado su hijo.

—Te llevas a la mejor mujer del mundo —la emoción en la voz de mi padre—. Sé que la vas a hacer feliz porque ya lo haces. Así que solo puedo decirte gracias.

Zach estrechó la mano de mi padre, también emocionado por esas palabras.

—Mi amor... —me acercó a él, sin importarle el protocolo a seguir. Levantó una mano y acarició mi rostro— Estás preciosa.

—Tú luces perfecto —sonreí.

—¿Estás segura? Porque después de esto no vas a poder deshacerte nunca más de mí.

—Sin la boda tampoco, creo —bromeé, haciéndolo reír—. No tengo ninguna intención de volver a separarme de ti.

—Y no la tendrás nunca —juró, era una promesa de amor eterno.

Eso era lo que Zach y yo habíamos tenido siempre, amor verdadero. Habíamos pasado muchas pruebas, muchos años alejados, pero ahí estábamos los dos.

Habíamos luchado y habíamos ganado.

Y lo que nos quedaba era la felicidad.

—Entonces —iba a concluir el sacerdote unos minutos después—, si nadie tiene ninguna objeción para que este hombre y esta mujer se unan en santo matrimonio...

Se produjo unos segundos tensos en los que ni respiré. No por ninguna tercera persona, sí por la certeza de saber que ya estábamos unidos. Porque nadie que nos conociese podía gritar un “¡No lo hagas!”.

—Yo os declaro —el sacerdote nos miró, sonriendo— marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Y lo hizo, ay si lo hizo. Sin reparo ninguno.

—Te amo —susurró sobre mis labios.

—Y yo a ti, Zach.

—¿Preparada para ser feliz el resto de tu vida?

Sonreí ante esa pregunta. Más que lista para ello.

—Contigo, siempre.

Volvimos a besarnos mientras los invitados aplaudían. Pero el mundo no existía en ese momento para nosotros.

Solo existíamos el uno para el otro.

Zach había sido siempre el amor de mi vida y esa boda era nuestro destino. No habría nadie más, nunca, para ninguno de los dos.

Habíamos cometido errores. Por miedos, por inseguridades... En ese momento no importaba, ya sí habíamos dejado el pasado atrás, solo nos quedaba un presente del que disfrutar y un futuro muy prometedor por delante.

—Te amaré siempre —dijo al separarse de mí.

—Será a los dos, ¿no?

Fruunció el ceño y abrió los ojos como platos cuando puse su mano sobre mi vientre. No dijo nada en ese momento, solo dejó que las lágrimas cayesen.

Esperé con paciencia a que el hombre de mi vida, mi marido, asimilase que iba a ser padre.

—¿De verdad? —susurró, emocionado.

Asentí con la cabeza.

—Sé que es pronto, pero... —una lágrima cayó por mi mejilla.

—No lo hagas, Paige —dijo limpiándola—. No tengas miedo mientras estemos juntos —dijo emocionándose, entendiendo muy bien cómo me sentía—. Es el mejor regalo que puede darnos la vida.

—¿Contento? —reí entre lágrimas.

—Feliz. Por fin feliz.

—Nos ha costado, ¿eh? —bromeé.

—Pero ha merecido la pena.

Se agachó y besó mi vientre, dando la noticia así a todos. Los vítores se alzaban en el ambiente, la felicidad era completa ese día.

—Cuando pensaba que no podía amarte más —me abrazó—. Gracias.

No tenía nada que agradecer, merecía toda la felicidad del mundo, como él me la daba a mí, cada día.

Ese día cambió mi vida otra vez.

Desde ese momento, la organizadora de bodas pasó a llamarse Page Allen. Y nada podía haberla hecho más feliz.

